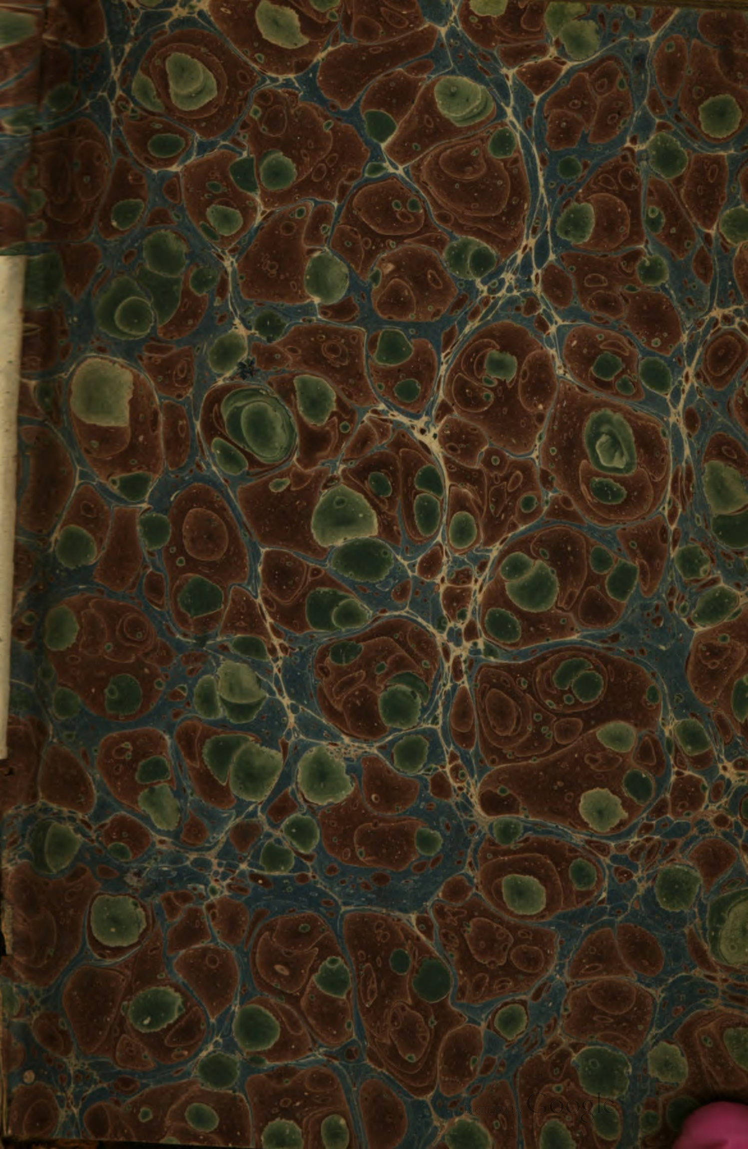

Adiciones a la historica del ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha, Continuation de la vida de ...
Juan Francisco de la Jara y Sánchez de Molina, Miguel de Cervantes Saavedra
Digitized by Google



180 Madrid .. May 16. 1859 - diez reales!

SANCHO PANZA.

ADICIONES

A LA HISTORIA DEL INGENIOSO HIDALGO

DON QUIJOTE DE LA MANCHA,

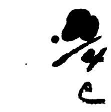
CONTINUACION DE LA VIDA

DE SANCHO PANZA.

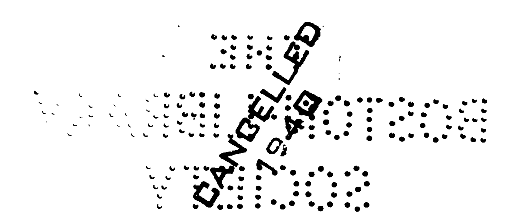


MADRID 1845.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO,
DE D. F. DE P. MELLADO.—*Editor.*




HARVARD
UNIVERSITY
LIBRARY
OCT 8 1941


CANCELLED
1940


CANCELLED
1940



SANCHO PANZA.

CAPITULO I.

De lo que el cura, el barbero y Sanson Carrasco hicieron para sacar á Sancho de la miseria en que estaba despues de la muerte de don Quijote, y como lo consiguieron por los duques.

Descolgó su bien cortada pluma el prudentísimo Cide-Hamete Benengeli, (porque le pareció no tenerla ociosa y colgada, segun la dejó en el capítulo LXXIV de su ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha) para seguir la historia de su escudero Sancho Panza, lustre y blason de su patria, y digno por sus buenos servicios y famosos hechos de que no quedase al olvido este segundo héroe; de cuyo calibre, como de el de su señor, se hallan muy pocos en el dilatado ámbito de la tierra: no quiero decir que en todas no se halle abundante número de Quijotes y Sanchos, que el pensarlo seria mucho agravio; sino que de aquel cali-

bre de valor en el uno, y entendimiento en el otro, con dificultad se hallarán.

Empezando á escribir los sucesos de este escudero, inseparable del valeroso don Quijote, dice el veracísimo Benengeli así: Fueron tantas las demostraciones de sentimiento que hizo el buen Sancho, que el cura y Maese Nicolás temieron mas de una vez le acabáran con la vida.

Quejábase amargamente de la fortuna, como si ella fuese capaz de oir sus quejas, porque habiéndole levantado de un pobre porquerizo á escudero de un caballero andante, y lo que es mas, á la alta dignidad de gobernador insulano, lo habia despojado de estos honores, redu-



ciéndole otra vez á guardar puercos y cabras, sin que hubiese dado motivo para este abatimiento. Pero como la fortuna se burla de los hombres, de sus quejas, y de sus reconvenciones cuando quiere, tambien cuando se le antoja atiende á sus clamores y suspiros. Así lo hizo con Sancho, como se verá en el discurso de esta verdadera historia: porque todo lo dispone de un modo tan raro, que á dos que igualmente caminan por una senda con pasos iguales y concertados, al uno improvisamente lo despeña, y al otro lo eleva hasta la mas alta cumbre de las felicidades humanas.

Pero como para esto se vale de algunos medios, dispuso que el mismo cura que le consolaba en sus cuitas, le dijese un dia que mas que otros le vió afligido. No hay que echar la soga tras el caldero, Sancho amigo, buen ánimo, y no desconfiar de la fortuna, escribiremos á los duques el estado infeliz en que habeis quedado; y como vos al fin les servísteis de gobernador baratario, y ellos por práctica de su grandeza, siempre atienden á sus criados, habiendo sido vos uno de los que les sirvieron tan á su satisfaccion y gusto, ¿por qué no habeis de esperar que os atiendan y amparen? A lo que Sancho, lanzando un profundísimo suspiro, dijo: señor cura, creo que si les pido, lograré mi alivio; porque son, ademas caritativos y piadosos, como se ha echado de ver, solicitando el desencanto de Altisidora, en que no tuve yo poca

parte: ¡qué de hachas de cera ardian, cuyo costo seria muy grande! ¡qué de reyes no vinieron á este desencanto! y qué de música no costeó el duque mi señor para este caso! Y en verdad que fué la misma Altisidora la que tuvo la culpa de su mal; pero en el mio, en que no la tengo, ¿con cuánta mas razon procurarán socorrer mis cuitas? Alégrome, respondió el cura, de veros tan conforme, y mas de oir vuestras bien fundadas esperanzas; y me estiendo á deciros que pienso que los duques vuestros amos, han de tener á mal el que no les aviseis para socorreros en el infeliz estado en que os veis de guardar cabras, no porque esto os deshonre, que el ser pastor á ninguno afrenta; sino porque habiendo sido gobernador insulano, y militado escuderilmente en la caballeria andante; como que de lo uno y de lo otro quedásteis hidalguizado, las gentes tendrian que decir, si viesen que sin buscar otros medios, os habeis ocupado en estos ejercicios campestres, opuestos á la hidalguía moderna; porque en la antigua, los hombres todos sin distincion de clases, guardaban los ganados y labraban la tierra; y esta consideracion tuvo presente vuestro amo cuando queria ser el pastor Quijotiz, y que yo le acompañase con el nombre de pastor Curiambro, para hacer ver con su ejemplo que no se oponia esto á la caballeria, porque si se opusiese ó pudiera empañar sus brillos, ¿cómo vuestro amo habia de incurrir en esta afrenta?

En esto estaban, cuando llegó el bachiller Sanson Carrasco, á quien el cura comunicó su pensamiento de escribir á los duques el estado de Sancho su ex-gobernador, y no solo lo aprobó sino quo se ofreció á escribir la carta, que se aceptó; y habiéndose despedido todos de Sancho muy contentos de verlo tan consolado, cada cual se fué á su casa, quedando citados para la de Sancho en el siguiente dia por la mañana, en que el bachiller ofreció llevar la carta á la censura del mismo cura y Maese Nicolás, que era practicon en cartas misivas, por estar condecorado á mas de sangrador y sacamuelas del partido, con el título de agente de curial romano, cuyo ejercicio con los otros, lo hacian habilísimo y fecundo de voces y cláusulas epistolares, segun pública voz y fama.

Al siguiente dia por la mañana se juntaron todos tres en la casa de Sancho, y sacando Sanson la carta se la dió al cura, que la leyó muy despacio, y diciendo: está como debe estár, la alargó á Maese Nicolás, quien tambien la leyó con mucha atencion, arqueando dos veces las cejas, segun afirmó despues el mismo Sancho; y habiéndola vuelto á la misma mano del cura, dijo á este, que segun su leal saber y entender, estaba en todo y por todo como en ella se contenia, y que se buscase sugeto que la llevase por no fiarla al estravío de la estafeta; á mas de que las cartas de aquella clase debian presentarse en mano propia, por las razones que da-

ria si le fuesen preguntadas. El cura, el bachiller, Sancho, Teresa (que tambien estaba con el oido alerta) y Maese Nicolás, empezaron á discurrir quien la conduciría; y despues de un maduro exámen recayó la eleccion á pluralidad de votos sobre Tomé Cecial, co-escudero andante, en el servicio del mismo bachiller, cuando fué caballero del Bosque, cuyo nombramiento se hizo saber por el mismo bachiller al Tomé Cecial, como enviado estraordinario de esta comision en beneficio de su compatriota; la que el dicho Tomé ofreció cumplir con toda legalidad; y habiéndole entregado la carta, reduciendo á ella sus credenciales, partió Cecial al castillo donde los duques se hallaban en aquel tiempo, visitando y arreglando sus pueblos.

No dice Benengeli qué hubiese acaecido en el intermedio de llevar la carta al castillo, solo sí que la recibió la misma duquesa, y que vertió algunas lágrimas cuando supo la muerte de don Quijote, y el estado miserable de Sancho; que se la dió al duque pidiéndole atendiese al pobre Panza, pues habia quedado tan desdichado con la muerte de su amo don Quijote.

El duque se informó de Tomé acerca de la enfermedad y muerte de aquel, y dijo á la duquesa quedaba á su arbitrio el disponer en cuanto á Sancho; á que la duquesa respondió, que pues lo dejaba á su voluntad, queria que á Sancho se le socorriese con alguna cantidad al pronto, y que se le mandase volver al castillo bajo

de algun pretesto y nombre especioso para que le sirviese de diversion, respecto de hallarse algo triste por falta de las que regularmente hay en las córtes y grandes ciudades. Sea asi, dijo el duque, venga Sancho luego, que quiero ocuparlo en algo en esta visita de mis pueblos, porque él en el gobierno de la Insula Barataria manifestó su discurrir acertado, y aquí podrá sucederle lo mismo.

Esto dijo el duque en voz alta, oyéndole aquel eclesiástico grave que tenian en casa, y hubo con don Quijote aquellas pasadas razones que se dijeron en su historia, no pudo reprimirse y con voz trémula, colérica y atropellada dijo:

Señor, todas las cosas tienen su tiempo, y fuera de el son como irregulares: cuando vuestras excelencias estaban en la diversion de la caza, ya como que podian pasar las sandeces de Sancho, porque aquellos dias se dedicaron puramente á la diversion; pero en estos que vuestras excelencias han destinado justamente á la inspeccion de sus pueblos, con el loable fin de quitar abusos y esterminar desórdenes por su propia obligacion, parece cosa estraña dar motivo con la venida de este simplon, á que sindiquen á vuestras excelencias de que mezclan las burlas con las veras: desde que este socarron y el loco de su amo, aquel don Quijote, entraron en el castillo, todo se mudó de suerte que parecia mas bien casa de orates que de unos duques: ¡cuántos gastos se hicieron inú-

tilmente! ¡cuánta cera se gastó en encantamientos! (que aun está por satisfacer) las doncellas y todos los sirvientes, con motivo de la libertad de las burlas, se tomaron muchas licencias en ofensa de Dios y de su estado: no se permita en tiempo de quitar desórdenes el que se hagan los que se harán precisamente, y serán del mayor tamaño. Luego vos, respondió el duque, habeis discurrido que Sancho viene para burlas; pues no es como lo discurris, viene para veras y muy veras, porque su procedimiento en el gobierno de la Insula Barataria lo tengo muy presente, y habrá pocos gobernadores en todas las ínsulas que obren tan limpiamente como obró Sancho. El viene á ser mi consultor, y así pienso yo, con su dictámen, poner en órden mis pueblos, en lo que estuviesen desarreglados.

V. E, respondió el religioso, creo que me tiene á mí por tan simple como es Sancho, pues quiere crea qué viene para aconsejarle: no soy tan tonto como se me hace, tengo dadas pruebas de lo contrario, pues en mi comunidad he sido demandante de partidos, sacristan mayor, procurador interino y administrador de casas; y unos y otros empleos en ninguna parte se dan á simples, y con licencia de V. E., si Sancho viene, me retiraré, á mi casa, porque no quiero ver este desbarato, que no puedo remediar.

Nada respondió á esto el duque, dice la

historia, sino que llamando al secretario, le mandó escribir la siguiente carta.

A SANCHO PANZA,

MI EX-GOBERNADOR INSULANO.

«Teniendo entendido, buen Sancho, vues-«tro desamparo, y condescendiendo con vues-«tra súplica, he resuelto que luego que recibais «esta, os pongais en camino para mi castillo; «en donde hallaréis mi segunda órden del modo «como habeis de entrar en él á ejercer el em-«pleo de mi consultor de Cámara, y para vues-«tro viage y socorro, os envio con el que esta os «lleva, doscientos escudos, de cuyo recibo da-«reis aviso á mi secretario.—El Duque.»

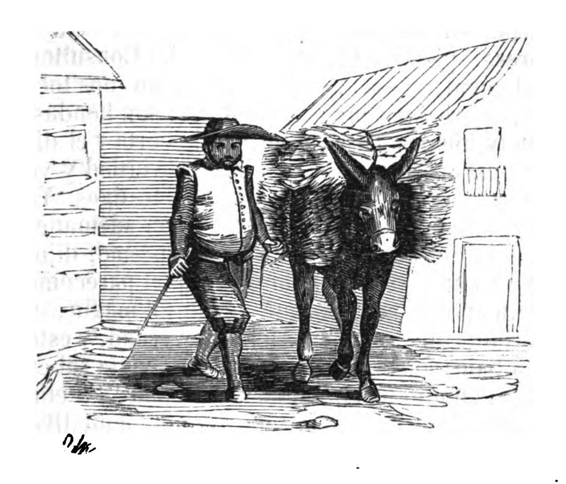
Con esta carta y los doscientos escudos, que en moneda de oro se le entregaron á Tomé Cecial, marchó á llevar á Sancho la noticia, tan contento como bien despachado; habiendo sido regalado todo el tiempo que allí permaneció, como cuerpo de rey.

Ya Sancho, no te quejarás de tu fortuna, esclama Benengeli, pues te ves consultor de un duque, cuando menos podías discurrirlo: ruégote, Sancho, que no pierdas la memoria; que no desprecies á los que antes de serlo te conocieron; y tú ó ilustre matrona Teresa Panza,

gloriate de que la suerte te dió por marido un hombre que ha merecido de la fortuna tan alta elevacion.

Caminó Tomé Cecial aceleradamente para dar á Sancho la buena nueva y los escudos; pues debiendo tardar dos dias, llegó en uno, pero tan puesto el sol, que casi puede decirse llegó de noche: fuese en casa del cura, así por estar mas á la mano, como tambien porque su comision habia sido dada por él, y era consiguiente dar al mismo la respuesta y noticia de sus resultas. Estaba el bachiller con el cura, y ambos admiraron este acontecimiento tan fuera del órden regular: miraban la carta, y la leian una y muchas veces, y contaban los escudos sin quererse persuadir que estaban despiertos, sino que soñaban lo mismo que veian. Tomé Cecial repetia con la carta la verdad del nombramiento publicado á su presencia en el castillo, y con casi duda de ser cierto que estaban despiertos, fueron todos tres con pasos acelerados y semblantes de la mayor alegria á casa de Sancho, que acababa de llegar de recoger unos sarmientos que traia sobre el rucio.

El cura habló el primero, diciendo: Ya, señores, llegó el dia de placer para esta casa; ya, señor Panza, sois consultor del duque, que esto responde á vuestra carta, y acreditan doscientos escudos que os envia por señal de su generosidad: yo he tenido en ello mucho gusto; porque del estremo de infelicidad, os



veo pasar al otro de honor y abundancia, sin tocar en los medios de este camino tan escabroso y dilatado con tan alta guisa. (1)

Teresa, antes que Sancho dijese una palabra (porque parece, segun despues se vió, que Sancho habia quedado con el gozo en uno como letargo, que no fué estraño no se notase antes por la escasa luz que daba un candil que hacia la iluminacion) dijo: Señor cura, no hay para que burlarse de nosotros, ¿Sancho Consultor? ¿Sancho Consultor? vaya señor, buena está la

(1) *Guisa*: su equivalente; elevacion alta.

burla. No soy hombre que me burlo, señora Teresa. ¡Sancho Consultor! ¡Sancho Consultor! y el cómo es esto, ni á vos ni á mí nos toca averiguarlo; porque estas materias son hondas, y muy hondas para nosotros; la carta y el dinero están aquí, y ellos dirán la verdad y yo quiero ser creido con tan buenos testigos. Ya en esto habia vuelto Sancho, y con ademanes de hombre que vuelve de un parasismo, dijo: Señor cura, yo Consultor del duque, paréceme que no puede ser, porque segun mi magin, el Consultor debe ser leal, y tratar verdad, y esto no á todos gusta. En este tiempo, y sin saber cómo, cundió en el pueblo la novedad, y á ella ocurrió Maese Nicolás, que como facultativo conoció síntomas insultorios en Sancho; y habiéndole aplicado algunos lenitivos, y entre ellos un par de tragos de vino del pais, de que hizo donacion el señor cura, mandándolo traer del tonel de su mismo uso; con este refrigerio provincial, que todos disfrutaron, quedó el nuevo Consultor libre del amago, y muy contentos los concurrentes.

Pasáronse en bullas y alegria algunas horas, y habiendo Sancho quedado solo con el cura, porque los demas se retiraron á sus casas, este con voz grave encaminó á Sancho el siguiente razonamiento:

Ya, señor Sancho, que hemos quedado solos, bueno será que salgan de mí, como vuestro párroco, algunos consejos útiles para vues-

tro gobierno, y la permanencia en la gracia de los duques, que, si los teneis en la memoria, sin duda sereis feliz en vuestro cargo. Sea el primero tener á Dios presente, que es la principal causa de obrar bien todos los hombres: el temor á Dios abre camino en las mayores dificultades, atrae amigos y conserva ágiles los entendimientos: procurad visitar todos los dias su santo templo; pues allí mejor que en otras partes, le podeis pedir su gracia para vuestro encargo, é implorar su gran misericordia.

No olvideis á los de vuestro linage; pero no los tengais para todo tan presentes que seais notado; y ni á ellos, ni á ninguno ofrezcáis lo que por vos mismo no podeis cumplir, ni dilateis el favor, de modo que se malogre el mérito de dar, que sucede así cuando se ofrece y se retarda.

Cread amigos, principal caudal del hombre; pero amigos que sean de buena inclinacion y limpio trato; tomad de ellos sus consejos, que es el modo seguro de acertar: no os fieis de ninguno, que sea adulador, ni charlatan, pero sin despreciarlos; porque si así lo haceis, criaréis en cada uno muchos enemigos.

Advertid con el mayor cuidado á los que el duque quiere y favorece, para distinguirlos en el aprecio de los demas; pero cuidado con guardar de ellos vuestros sentimientos, si alguno tuviéseis.

Nunca pretendais en la casa del duque nue-

vos puestos ni encargos; pues si teneis su gracia y la de los que quiere y favorece, los tendreis todos para disfrutarlos y ninguno para servirlo.

El ser callado es un don muy particular que dá Dios á quien quiere, y suele muchas veces consistir en esto la felicidad humana; y mucho mas debeis de ser callado en las materias que se disputan y tal vez no entendeis; pero preguntado en ellas, entendiéndolas, decid siempre la verdad.

Cuando intenteis alguna empresa, ponedla, antes que al público, á la censura de quien os la pueda contradecir; y si no fuese de su aprovacion, olvidadla luego al instante de vuestra memoria.

Sed muy comedido en vuestra persona, en vuestro gusto y en vuestro vestido; huid de la profusion y el lujo, origen de muchos males, y ruina de opulentas casas: porque es deshonor vuestro querer sobresalir á fuerza de gastos inútiles, y poco respeto á los que con este modo os quereis igualar.

Cuidad, Sancho, muy mucho de las contribuciones que se pagan al duque, y que se le recojan sin violencia: celad de sus colectores el modo de versarse en estos encargos, y si gastan mas de lo que prudentemente se regulan sus salarios y emolumentos; si así es, apartad del duque estos hombres, destinándolos á otros encargos que no sean de este manejo: poned, si está en vuestra mano, por escala estas comi-

siones, esperimentando en poco, para confiar en mucho.

En todas materias mirad por los vasallos del duque, regulándolos como unos árboles que fructifican cada año; porque si en uno se les apuran los jugos, se acaba el fruto para los siguientes, quedando seco el árbol, y su dueño pobre y precisado á no contarlo en el número de los que le contribuyen.

En todos tiempos cuidad de distinguir los buenos y estinguir los malos, y tambien de tener presente estos consejos, que os doy para vuestro encargo, y vuestra segura permanencia.

Acabó el cura su razonamiento, al que estuvo atentísimo Sancho, y teniendo aquel por conveniente dejarlo descansar hasta otro dia, se retiró á hacer lo mismo á su casa.

CAPITULO II.

En que se resuelve la duda, que tantas veces se ha tocado en esta memorable historia, acerca de discurrir Sancho, unas veces como sábio y otras como ignorante, y como la fortuna le deparó un maestro de civilizacion.

Apenas, dice el autor arábigo, habia vuelto de la iglesia á su casa el cura, la mañana del dia que se siguió al que dió los cristianos y prudentes consejos á Sancho, entró en ella el bachiller Sanson Carrasco, quien despues de los ordinarios acatamientos, dijo: Verdaderamente, señor cura, que todo cuanto oigo y veo en el caso de Sancho Panza, me parece cosa de sueño. ¿Cómo es posible que se pueda creer que el duque, no estando fuera de todo juicio, haya nombrado á Sancho para comunicarle las cosas de su confianza? Por cierto que me temo no haya aquí algun misterio, y sea este caso como el gobierno de la ínsula Barataria. A fé, á fé, señor bachiller, respondió el cura, que Sancho cuando gobernador no hizo cosa desproporcionada, y que si pensaron burlarse de él en el gobierno, él se burló de todos con sus sentencias y oportunas providencias: ¿quién podia dis-

currir fuese de Sancho la que dió en la causa de la muger forzada en el campo, y la que pronunció en el caso del viejo perjuro de la caña hueca, cuyas advertencias y discursos son de un hombre astuto, y no de un rústico, como Sancho, á no decir que un hombre puede algunas veces, siendo mentecato, discurrir como sábio, y esto á la verdad es duro de creer?

Este reparo que pone el cura (dice en nota Cide-Hamete) me hizo consultar la especie al gran físico de Tremecen Abdala Benanzel, moro instruidísimo, quien respondió con la carta siguiente, que pongo para noticia de mis lectores.

«No es estraño, ó esclarecido Benengeli, «(dice Benanzel, que un hombre pueda mudar « en un instante su entendimiento, pasando « este de sábio discurrir, al estremo contrario, « y de este á aquel, bien que no es cosa muy « comun; pero se ha visto muchas veces, y de « ello hay ejemplares, que el no estar en la « memoria general de todos, pende de omision « y descuido; y no de su imposibilidad en que « está la comun creencia.

« Estas mutaciones vienen de causas natura- « les, aunque no siempre son unas, ni su dis- « posicion de un mismo modo; yo te haré ver « en lo que pueda cómo esto puede ser.

« Las almas todas son de una misma espe- «cie, aunque haya algunas con particular esce- «lencia que les dió el Todopoderoso Criador de

«ellas; porque como absoluto é independiente «de toda otra voluntad, dispuso con la podero«sa suya esta obra: pero en todas puso las tres «potencias, memoria, entendimiento y volun«tad, que algunos dicen es la misma alma; y «todos que estas potencias son inseparables, «como que están unidas á ella con imposibilidad «de separacion.

«Distínguese el sábio del idiota, no en la «mayor escelencia de su alma, sino en la mayor «ó menor proporcion y agilidad de los conduc«tos del cuerpo, por donde pasan á ejercer sus «funciones las potencias.

«La igualdad de entendimiento, pende en «la igualdad de conductos, la desigualdad de la «diferencia desigual de ellos: lo mismo suce«de con las demas potencias; porque siendo la «máquina y fábrica del hombre igual en todas «sus partes, y desde el primero que formó la «poderosa mano del gran Dios, hasta de pre«sente, que se ha ido sucediendo de aquella «misma disposicion primera, no hay lugar para «dudar que unos tengan distinta disposicion que «otros. Lo mismo es el leon, el ave, el pez &c., «cada uno concuerda en todo con el primero (no «se habla de los mismos de dos especies, sino «del que conserva su primera, como sucede al «hombre) que crió aquella poderosa mano, en «cuya obra resplandece su sabiduría y su poder «sin término: los insectos, los árboles, los ar«bustos &c., son todas perfectas copias del pri-

«mero de su especie, así nos lo enseña la espe-
«riencia y anatomías.

«En este supuesto, nos queda que averi-
«guar, en qué esté la diferencia de entendimien-
«tos, cuando las almas son iguales y las poten-
«cias de ellas tienen en todos la misma fuerza:
«está sin duda en los órganos de la máquina por
«donde hacen sus funciones, y por donde pasan
«á ejercer sus destinos las potencias; pues los
«que se hallan entrapados con algunos sueros ó
«vapores y la fábrica no tiene todos sus conduc-
«tos libres, es preciso que impidan á la potencia
«su operacion, ó se la limite mas ó menos, se-
«gun el mas ó menos estorbo. La potencia, que
«halla corrientes sus órganos, opéra, como es-
«pirituosa, á ejercer su destino, y este es el
«entendimiento, que decimos claro, sublime,
«del primer órden, y otros nombres que tienen
«los que discurren sábiamente; (así las otras dos
«memoria y voluntad) pero si su paso por los
«órganos se impide con algun accidental estorbo,
«opéra segun la mas ó menos fuerza de él, tor-
«pe, confuso, bajo en discurrir, y de un órden
«casi como irracional: estos sueros ó vapores se
«hacen mas visibles en los sueños, en donde por
«esta causa las potencias, que nunca duermen,
«se manifiestan en la imaginacion posterior á
«ellos, con unas torpezas de discurrir tan estra-
«ñas y estravagantes, lo que no sucede despier-
«to, donde estos sueros ó vapores están quietos;
«pero si despiertos hacen su estanque como

«cuando se duerme, se piensa y se discurre «del mismo modo que dormidos. No son siempre «estos vapores fijos, ni provienen siempre de «una clase, varian mas ó menos segun causas «naturales de la masa de la máquina de que «provienen, se disipan y ahuyentan de muchos «modos y por muchas causas, de que sería «preciso para esplicarlo un crecido volúmen, «y no puedo reducirlos á esta carta.

«Vé Benengeli á Sancho con igual alma y «máquina que el hombre mas sabido; pero «nótalo en este mismo tiempo en algunas ocasio-«nes destapados los órganos del entendimiento «potencia; y en este caso, haciendo esta su «oficio sin estorbos, discurre como sábio: tá-«pale su naturaleza al órgano su conducto libre, «y entonces como entrapado, aquel discurre «como idiota y rústico, porque la potencia del «alma no encuentra el paso franco: así sucede «en el sol, no le quita nada de la fuerza de sus «rayos la nube interpuesta de él á nosotros, quí-«tale esta sola, el paso de aquellos á nosotros, y «pues del sol me acordé para ponerte ejemplo, «te digo que la poderosa mano de Dios nos de-«jó muy limitada vista para acertar á punto fijo «y seguro el porqué de sus providencias; cómo «obra nuestra naturaleza en su fábrica, de qué «partes se compone y su uso; porque nosotros «no necesitamos saber para nuestro último fin, «lo que para él nada nos interesa: él solo como «Criador de todo y de la máquina del hombre,

«sabe su composicion y sus piezas, su uso y «resortes: á nosotros solo toca usarla bien, sin «querer penetrarla; porque esto lo reservó solo «para sí, en señal de su supremo ser y poder para nosotros; porque aunque lo intentemos, no «conseguirémos otra cosa que conocer á cada «paso nuestro limitado saber en todo: igual que «nos sucedería si quisiésemos saber, por qué «el sol, que desde el principio del mundo es el «mismo, sin alteracion, no se disipa su fuego, «no teniendo pábulo que lo mantenga; ó porqué «no varía su línea y pasos siempre iguales, que «esto es mayor dificultad y de mayor consideracion, que la de que Sancho, teniendo una alma «racional con sus tres potencias, discurra unas «veces como sábio y otras como idiota. El dios «de Abraham, de Isacc y de Jacob, te guarde «Benengeli, como le pide tu amigo—Benanzel.»

Mientras pasaban en varios discursos el cura y el bachiller, sobre si Sancho, siendo idiota, podia ó no discurrir como tal, ó como sábio; dice la historia, pasaban otros bien diferentes, entre Sancho y Teresa; porque habiendo madrugado á dar recado al Rucio, que con la buena nueva habian olvidado de dársele aquella noche, hallándose solos en casa, gozando la libertad de no ser oidos (pues Sanchica, por haberse desvelado con la alegria, dormia á pierna suelta) acometió Teresa á Sancho, entre furiosa y alhagüeña, y dándole un abrazo, le dijo: Bendito seas Sancho, bendita la madre que te



parió, bendito sea el duque mi señor y la duquesa, y bendito antes que todos sea Dios, que ha hecho en este lugar un milagro tan grande, como hacerte consultor del duque, como quien no dice nada; pero temo, Sancho mio, que si vas á la córte te has de olvidar de todos nosotros, y mas de tu hija Sanchica, que está ya en punto y sazon de darla estado. ¿Pues qué, Teresa, os puedo yo olvidar? Lo que has de hacer es ir previniéndome lo que te he de enviar luego

que llegue, dijo Sancho entre grave y sacudido.

Quiero que me envies lo primero un coche, porque ya tengo grandísimas ganas de tenderme en él, y no es cosa de andar á pié, por el qué dirán: Mas dirán si te lo envio, respondió Sancho, porque te aseguro, que una persona como tú en coche, es como sacada á la verguenza en él, y hará reir y hablar á quien lo vea: mira, Teresa, si Dios nos ha criado humildes, por qué quieres que salgamos contra su voluntad, pareciendo lo que no somos? no, Teresa, no piensas bien, pregúntaselo al señor cura, y verás como digo lo mismo que le he oido muchas veces; todo menos eso, Teresa, no demos que decir á quien nos conoce. Teresa replicó: Sancho, solo quiero lo que tú quieras; pero mira, Sancho, no has oido al barbero, que cuando fué á la córte á hacerse sangrador, vió en coche que era suyo á un compadre de parir, y nadie le decia nada; ¿pues por qué habian de decirlo de mí, que al fin soy muger de un consultor, y no consultor así como quiera, sino del duque mi señor? Es verdad, respondió Sancho, pero primero es pagar lo que se debe, que traer coche. Calla Sancho, ¿no has oido al señor cura, que el deber y no pagar es de caballeros? pues si lo hacemos así, nos tendrán por tales; y si por tales nos tienen, ¿qué importa qne no lo seamos? Ademas que dijo cuando predicó la cuaresma pasada: los coches, á cuántos por traerlos los

hace no comer! y si esto es así, porque sí será cuando el señor cura lo dice, no sabemos cuál será mas barato, comer por no traer coche, ó tener coche, y por ello no comer: es menester, Sancho, mirar lo mas barato, porque los tiempos no están para desperdiciar nada: á lo que sea mas ahorro es preciso estar; piénsalo al fin, que como dice el sacristan, bueno es consultar con la almohada cuanto se haya de hacer.

Así debe ser, dijo Sancho, y vamos á almorzar que es tarde y hay que hacer muchas cosas. Así lo ejecutaron con mucho gusto, tanto por los doscientos escudos que tenian asegurados, cuanto por hallarse de un instante á otro con la consultoría que nunca pudieron pensar.

Separáronse el cura y el bachiller, despues de haber gastado inútilmente el tiempo en sus disputas, para atender este á sus quehaceres y aquel á su rezo, el cual concluido, con el cuidado del nuevo consultor Sancho Panza, iba á salir de su casa para la de este, cuando se halló con un hombre con traza de caballero en modos y en adornos, que venia de paso segun su declaracion, y le traia memorias y espresiones de Cardenio, á quien titulaba su primo; y ya se dijeron sus aventuras de Sierra Morena, muerte de su mula, locura, y demas que el tal caballero traia de memoria, como que habia leido la historia de Don Quijote, publicada aun antes de su muerte: pidíole por merced con muchos cum-

plimientos, le permitiese por pocos dias alojarse en su casa, respecto de no haber en el pueblo ninguna correspondiente á su carácter que satisfaria todos sus costos al llegar su recámara y criados, que habian salido despues de él, mediante á haberse visto precisado por un lance de honor en que mediaba una señora, á tomar la marcha tan á la ligera, y casi disfrazado con solo una maleta y aquella mula que lo conducia, y que despues le contaria los motivos, estando seguro de que aprobaria su determinacion.

Como el cura era sano de embustes, de natural caritativo, y conoció á Cardenio, sin tener presente que sus locuras andaban impresas, creyó ser su recomendado don Aniceto, que así dijo llamarse, hospedándole desde luego en su casa como primo de Cardenio.

Era el tal don Aniceto hombre de corta edad, despejado, de genio agudo y alegre, de eco afrancesado, su trage, peinado y ademanes de última moda, y al fin, de estos que llaman de aspecto recomendable; pero, segun despues se manifestó, era realmente un caballero franco, petardista, de profesion embustero, que vivia de la industria y socarronería, haciendo uso de la cual, se habia informado del carácter y bondad del cura, y tomando el pretesto de Cardenio, cuyos sucesos tenia presentes por la razon que se ha dicho; y la justicia por esta causa, y sus muchos créditos sacados con engaño, habia tomado á su cuenta el cobro de ellos, á instan-

cia de los acreedores, y el de su persona para quitar entregentes dóciles esta polilla de bolsas y de mesas, cuyo número en todos tiempos y lugares no es corto.

Como el cura le dijo se hallaba con la precision de pasar á la casa de un feligrés, llamado Sancho Panza, á quien un duque habia hecho su consultor, le fué fácil confirmar su bondad y ninguna malicia, y con este motivo recargando cortesías y espresiones de su propio oficio, se ofreció muy cumplidamente al obsequio del cura, y á servirlo en todo lo que gustase, principalmente en el particular de su feligrés.

Parecióle al cura que nunca estaria de mas, pues don Aniceto venia de la córte, que instruyese á Sancho en las urbanidades y cortesías que son anejos á ella, y de que Sancho estaba tan sin noticia; por lo que aceptó la oferta de don Aniceto, cuyo caso le ofrecia buen éxito en la instruccion que deberia llevar el consultor, y pidiéndoselo como por favor al don Aniceto, aseguró este su partido de alojamiento, bien que el cura le dijo quedaba para ello poco tiempo; porque la órden del duque no daba mucho, pues decia que muy luego se pusiese en camino, y que solo tardaria aquel preciso para hacerle vestido correspondiente, para lo que el mismo duque habia mandado dinero.

Aun para que sea correspondiente y de última moda, puedo bien desempeñar el encargo, dijo

don Aniceto, porque es lo primero de mi vigoroso instituto de caballero franco, el estar enterado de ellas, y he sido por antiguo, examinador ó definidor de las dudas que son casi diarias en nuestra profesion. Cuál es esa, dijo el cura, que á la verdad nunca hasta ahora he oido tal caballería ni instituto. Yo os diré de ella muy por menor, pues en mi equipage traigo en uno de mis baúles (que solo viene lleno de papeles curiosos) las constituciones y otros documentos que declaran quién fué su fundador, los priores y sub-priores que ha tenido, y el catálogo de los profesores y actuales novicios en el estado eclesiástico, político y militar etc., porque de todas clases se hallan profesores, y en todas partes tiene este instituto sus individuos, conocidos por caballeros francos.

CAPITULO III.

Prosigue el civilizado maestro sus embustes.

Válgate tu poder, fortuna, dice Benengeli, pues cuando tú quieres todo lo allanas: ayer estaba Sancho desvalido, y ya hoy es, cuando menos, consultor de un duque: ya lo instruye en política un cura párroco: ya lo quiere poner culto y civil un caballero franco: cuando á tí se te antoja todo lo facilitas: quién supiera de tí quien te hace fuerza! Ruégote, Sancho, que aproveches el tiempo que te sea favorable, y mira que si este se te huye, no pienses que lo hallarás despues; porque tiempo que una vez se vá, nunca vuelve, y el de la fortuna huye cuando menos se espera.

Como don Aniceto (prosigue la historia) solo pretendia agradar al cura para disfrutar su casa, parecíale luego tarde para empezar su faramalla; y creyendo que en la tardauza se arriesgaba, dijo al cura lo siguiente: Cuando señor, he de empezar á serviros, ejercitándome en obsequio de vuestro feligrés, porque si el tiempo es corto, y ese se pierde, es preciso quede sin concluir la importantísima obra de su

instruccion, que no es del todo fácil. Al instante, si vos gustais, se empezará, dijo el cura, pasaremos luego á casa de Sancho, que ya estará vestido en nuestro trage provincial, y me parece que por vuestro cuerpo se le puede tomar medida de el de córte, porque en carnes y altura os parecéis mucho. Pero señor, antes de todo, ya que venís de la córte, no me diréis ¿qué es esto de consultor de duques? Los consultores, dijo don Aniceto, son unos sugetos de la confianza de los duques, así en la capacidad como en el recto obrar, de quienes toman parecer en las cosas de importancia. Válgame Dios, dijo el cura, siendo eso así, que asi lo creo, nuestro Sancho, nada ha adelantado, segun creia yo: señor, respondió don Aniceto, siempre es mucho adelanto en casa de los duques ser consultor, tienen los tales muy buenos salarios, están siempre mirados de todos los criados con respeto, hay ciertos regalos, y suelen pasar con su proteccion á otros cargos de muy alta guisa, que de esto hay ejemplares cada dia.

En fin, sea lo que sea, y válgale lo que le valiere, dijo el cura, ya es menester no dejarlo de la mano, poniendo de nuestra parte cuanto se pueda para que no vaya tan rústico á la tal consultoría, que yo habia creido cosa de otro bulto.

En estas pláticas llegaron á la casa de Sancho, á quien hallaron muy puesto de bata, y era una que habia dado á Teresa la sobrina de don

Quijote, del uso de su tio, para que de ella hiciese alguna cosa que pudiese servirla; pero el acaso hizo que no se hubiese tocado á ella, y así como trage de mas autoridad para estar en casa se la habia vestido; aunque hay autor anónimo que tratando de este punto, dice afirmativamente: que fué á persuasion de Teresa con dictámen de maese Nicolás, que dijo ser constitutivo del nuevo cargo el uso de la bata, segun habia visto en los que visitó cuando su exámen de sangrador, para empeño en el proto-barberato.

Entró el cura y don Aniceto, y ambos al ver á Sancho de bata no pudieron contener la risa; pero Sancho, creyendo de buena fé que procedia de gozo y alegria, saltó con ella á abrazar al cura, á quien preguntó, quien era el que le acompañaba.

El cura le informó de la clase y calidad de su huésped, y del fin con que lo conducia á su casa. Enhorabuena sea, dijo Sancho, señor cura, y vd. señor, ejercite en mí su arte ú oficio, que no sé como se llama; á que respondió don Aniceto: titúlase maestro de afectos y movimientos este arte, que yo sé bien; pero no soy profesor público, lo aprendí del celebérrimo parisien Monsieur de Grañee, que vino á este fin de motu propio; porque á la verdad, señor, cura, dijo volviéndose á el, estábamos perdidos en cultura y policía, y ya con la estension de tan prodigiosa enseñanza se ha adelantado muy mucho;

de modo que él mismo dice, que puede apostárselas á movimientos y afectos el pagecillo mas mocoso.

Válgame Dios, dijo el cura, ¿qué, con efecto hay maestros de este arte, señor don Aniceto? Si señor, hay hombres que se ejercitan en sus sombras, y al espejo para no olvidarse de lo aprendido; no es cosa de mucho trabajo el aprender este nuevo modo de andar, y de presentarse en corro público: la mayor molestia está en no olvidar la media risa contínua cuando se habla, los dos balancés de parada en corro, y el paso de cuasi minuet, que dicen vulgarmente que es un redoblado de andadura, como vd. verá despues.

Es cierto, dijo el cura, que el que vive en un pueblo corto, está como en un desierto, bien podia yo porfiar con cualquiera (si tuviera vicio) que tal cosa no habia venido á España; pero ya con el seguro de vd. no lo haré, sino pediré á Dios que pare en esto nuestra estravagancia, y que no nos la saquen por impreso, en fin, vd. empezará su leccion con este caballero cuando quiera.

Ahora mismo se empezára, dijo don Aniceto, si este señor tuviera el vestido propio para enseñarla, y que es el del caso para que sea bien vista. No es tan fácil otro trage, dijo el cura, porque aunque hay con qué, no se ha dado providencia para hacerlo, á causa del escaso tiempo que para ello ha habido, y si este no puede suplir, paciencia.

Si á vd., señor cura, y á estos caballeros no desagrada mi pensamiento, todo está remediado: su señoría, dijo don Aniceto, señalando á Sancho, tiene mi estatura poco mas ó menos, y en lo grueso nos llevaremos muy poco; y pues yo traigo un vestido sin estrenar de última moda, bastante decente, hecho á la perfeccion, y que no me es del caso porque tengo otros, puede tasarse por peritos, y bajando el tercio, por obsequio de vd. y del señor don Sancho, su importe servirá para satisfacer el hospedage, en cuyo concepto hice mi súplica de alojamiento en su casa, porque con la celeridad de mi viage no pude prevenirme de dineros, y carezco de ellos hasta tanto que llegue mi equipage.

Señor don Aniceto, yo no soy hombre, respondió el cura, que hago posada mi casa, si á vd. nada dije de ello cuando me la pidió, fué por que usase de ella con libertad todo el tiempo que gustase: estimé mucho al amigo Cardenio, soy inclinado á hacer bien, y en esto cumplo con mi genio y con mi obligacion: si vd. de buena voluntad gusta de vender el vestido por lo que sea razon, lo tomará Sancho, y los cabos se buscarán en el pueblo, que aunque corto, hay en él sugeto que por herencia de un hidalgo tiene todos los menesteres del trage, y despues se comprarán otros si no fuesen del estilo del dia, que bendito Dios, hay dinero con que costearlos.

En cuanto á cabos, dijo don Aniceto, traigo

yo todos los que estaban dedicados para el vestido, que tambien están casi sin estrenar; y pues vd., señor cura, es bizarro, en su hospedage, yo lo he de ser igualmente en el vestido, el cual queda con sus cabos á disposicion del señor consultor, y así cumplo con mi genio y mi instituto, que dice que el caballero franco ha de estar tan dispuesto á ofrecer como á recibir: no quiero otra paga sino que se me admita mi buena voluntad; estamos en el mundo, y puede tal vez su señoría acordarse de mí, si me halla en otra fortuna.

Yo entro en ello, dijo Sancho, pero el cura respondió, yo no; pues solo entro en que se pague á toda tasacion de peritos; si así lo acepta el señor don Aniceto, se tomará como costo de hospedage; solo esto quiero y debe hacerse; cuya espresion dijo en tono sério, y como disgustado, á que don Aniceto se conformó por no desazonar al señor cura que queria lo justo.

Envióse por la maleta, que condujo el Rucio, y un vecino de Sancho que entró al tiempo de la disputa, y abierta que fué, sacó de ella don Aniceto un vestido primoroso (aunque la historia no dice de que era) y lo presentó á Sancho, á Teresa y al mismo cura, diciendo, ya tiene V. S. aquí vestido y cabos correspondientes, es preciso ponerlo para empezar en el ejercicio de mi comision.

Sea en buena hora, dijo Sancho, pero señor, no tiene chupa; esta es, dijo don Aniceto,

mostrándola: pues señor, respondió el cura, ¿donde es chupa esta? es jubon sin mangas, como el que traigo debajo de ella: señor cura, dijo don Aniceto, esto es hoy chupa, y vale por tal en la córte y en toda ciudad política; y su declaracion de chupa no es mia, es de hombres muy instruidos, y para ello se hicieron muchos y exactos reconocimientos de peritos; esta es chupa de última moda, á la cual debemos estar por convenir en todas sus partes, con la que trajo de Paris Monsieur de Catiná, su introductor comisionado para ello.

A la mano de Dios, dijo Sancho, paciencia y vamos adelante, me la pondré como chupa: para que entre la casaca, esperad un poco, señor, buscaré el calzador de mangas de casaca, dijo don Aniceto: qué es eso de calzador de mangas, dijo el cura, que no entiendo que pueda ser ese instrumento, ni en mi vida le he visto, ni oido nombrar, el de zapatos, si que lo tengo; aunque no lo uso. Este es, señor, dijo don Aniceto, el calzador de mangas de casaca, y mostróle una cinta angosta hecha como red, que estorba se suba la camisa. Válgame Dios, dijo el cura, qué estilos, ¿cuándo tendrán vergüenza los hombres? vamos, que deseo ver vestido á nuestro amigo: allá vamos, dijo don Aniceto, meta V. S. el brazo poco á poco: ay, ay, señor, dijo Sancho, que se me manca el brazo, que no puedo sufrirlo, y se queda el brazo como un palo forrado sin arruga. Así es, dijo el

cura: á que respondió don Aniceto, *optimé perorasti:* es terminante la voz de la constitucion que dice: «Quedarán los dos brazos como si



«fuesen de palo forrado y sin que haya arruga, «*usque ad codo inclusive*, y es á la letra.» No la hemos de innovar nosotros, pues no tenemos jurisdicion para dispensar la moda. ¡Ay! señor don Aniceto, dijo Sancho, que la casaca no me viene, que no junta el pecho, ni ojales con botones, *é for bien Monsieur*, dijo don Aniceto, pues así ha de ser, y asi se estila, y este corte lo trajo Monsieur de la Marche, que bastante dió que hacer á la sastreria de la córte, y aun

hay muchos hoy que dicen que no le dan el verdadero aire. Señor don Aniceto, preguntó el cura, ¿y para abrochar el pecho que haremos? Qué haremos, respondió don Aniceto, para este caso, que rara vez se ofrece, se dispusieron ocultos estos corchetes que aqui veis, cuyo descubrimiento costó no pequeño trabajo. (En esto dice Cide Hamete por un paréntesis) que se los abrochó Sancho con gran dificultad, de modo, que con la opresion le salieron los colores, y con su negra barba, brazos embarados y tendidos, quedó el bueno del consultor la mas ridícula figura que pueden imaginarse. Segun esto, replicó el cura (prosigue la historia) con lo que antes se hacia una chupa, se hace ahora un vestido, no ganan nada las fábricas con estas modas. No señor, dijo don Aniceto. Los calzones faltan, dijo Sancho: aquí están, replicó don Aniceto, que los presentó, y al verlos el cura, dijo: señor, qué calzones son estos, pues segun lo largo, anchos y altos, y el sin número de botoncitos, son calzones de golilla antigua: es cierto, respondió don Aniceto, y esta ha sido sábia providencia para dejarnos reliquia del trage nacional, y memoria de nuestros abuelos: aunque ya va de caida esta moda, porque la substituye otra de otros mas justos, angostos y de trampa. De trampa, dijo á este punto Sanchica, que estaba como una estátua sin hablar una palabra, mirando la buena estampa de su padre. Si señora, la respondió don Aniceto, de trampa, de

trampa, ponedlos, señor, que bien puede hacerse sin quitaros los otros: rara estravagancia, dijo el cura, vamos señor, fáltanos el sombrero. Nada falta, aquí traigo yo del órden mínimo, y del órden máximo de que todo hombre debe estar surtido para las épocas sombreriles, de que escribió ámpliamente el erudito Monsieur Pit-Lemon, en su célebre obrita intitulada; *armaduras de sombreros*, que tuvo la mayor aceptacion, y tradujo con mucha felicidad el Abate N. cuyo nombre no tengo presente; y esta alternativa es correspondiente, y bien pensada para el útil de las fábricas; y este como escrúpulo, es de la pasada, dijo don Aniceto, riéndose.

Bendito sea Dios, dijo el cura, qué ignorante estoy de lo que es mundo, creyéndome capaz de dar mi voto en todo: si yo no hubiera tenido esta instruccion de vmd., señor don Aniceto, se reirian de mí las gentes cultas: ahora bien, yo quisiera que se peinase nuestro Sancho, que gusto verlo de moda; pero en este pueblo no hay quien pueda hacerlo. Hoy, señor cura, dijo don Aniceto, casi está por demas este arte, oficio, ó como quieran decirle, el peinado natural que sale despues de dormir en pelo corto, echándole sus polvos, se llama á lo natural, y corre por muchas partes en hombres y mugeres que de esto tienen voto; pero en otros y otras de algun juicio, lo miran con desprecio, haciendo burla. Pues á mi fé, dijo Teresa, (que estaba poseida de un cierto embelesamiento) que de to-

do se dispone bien, porque echándose ese polvo harina ó cernido, que vmd. dice, está ya peinado mi Sancho, porque su pelo parece de erizo ó puerco-aspin. Espin dirás, Teresa, dijo el cura. Aspin ó espin, respondió ella, allá se vá todo. A lo que dijo Sancho con voz algo fatigosa, no hay andarse en tiquis miquis por letras mas ó menos; y don Aniceto prosiguió diciendo, si se dá á luz la obrita que un amigo mio está trabajando y titulará: *Estravagancia capital* (por darle algun título sonoro) verá vmd. en ella una coleccion completa de ciento y treinta y dos peinados diferentes, en cuya obra lucirá el autor su buen discurso, poniendo en aplicacion á los profesores de este oficio, y dándoles mas gastos á los que los usáren; con cuyo modo seremos mas felices y cultos, porque en esta estravagante variacion están creyendo consiste la policía y buen gusto. El corbatin que puedo poner á este caballero para darlo todo completo, lo traigo puesto; pero mientras hay otra providencia supla una sabana de esa cama, que así debe tener su abulte, si ha de ser de moda. Rara grandeza de corbatas ó corbatines, dijo el cura, señor mio; y pues esta es la moda en este siglo de oro, segun dicen es, vaya adelante; y ya que Sancho está vestido y capaz de recibir lecciones, señor don Aniceto, empiecen las primeras, que deseo oirlas y verlas para aprender lo que ignoro. Pláceme, señor: respondió aquel, y poniendo en pie á Panza (que se habia sentado

para tomar un poco de aliento) en medio de la pieza donde estaban, tomaron sus asientos los espectadores, y el grande y sin igual don Aniceto con ademanes de titiritero y en tono como que sabia el idioma francés, empezó en alta voz á decir lo que se refiere en el capítulo siguiente.

CAPITULO IV.

Empieza Sancho á tomar las lecciones pedeográficas, y un inaud suceso hace no quede perfectamente instruido en ellas.

Está escuela, ó novilísimos señores, es la verdadera pedeografia, que con mucho trabajo sacó á luz (para pulimento del hombre y arrojar sus movimientos que la desidia tenia sin órden, poner el jugo nutricio en circulacion metódica, y hacer la digestion con menos costo del calor natural, en cuyo caudal solo pende nuestra salud y nuestra vida) el nunca bien celebrado Señor Guillermo Charleton, conocido por ella, y otros escritos en todo el orbe, para que el cuerpo de quien la usa, consiga tan saludables efectos: conduce siempre llevar levantada la cabeza casi como mirando al cielo, el pecho sacado, ensillándose la cintura hasta lo posible; las rodillas sin doblar, las piernas derechas, las puntas de los pies como en primera postura del minuet; y asi debe caminar con paso de este que dicen tres por cuatro de compás, pero muy grave, y mirada que dicen de proteccion, cuya esplica-

cion será despues mas ámplia: cuando el caballero pedeógrafo se le ofrezca parar en algun corro, ya sea de caballeros francos, de pretendientes á este órden, ó de cualquiera clase de sugetos hábiles y de córte, lo hará de pié firme, quedando inmóvil por dos segundos minutos; pero luego hará dos balancés uno á cada lado, quedando despues en libertad para usar con ella el cuerpo estando allí con ellos; pero si en el corro donde paráse hubiese algun superior suyo ó alguna persona á quien quiera hacerle los honores de tal, hará la primera parada á dos pasos del corro; allí hará el planton, inclinará la cabeza hasta lo posible, procurando sacar sus partes traseras sin doblar las rodillas; pero despues puesto el cuerpo en libertad natural, hará los dos pasos á la distancia al corro con los de minuet, y puesto de compasillo, se introducirá en él, dirá señor al que hace los honores, y á los demas caballeros, y despues hará la cortesía como hemos dicho.

Si algun concurrente sácare caja de tabaco, supongo negro, porque otro no tiene honores, y el caballero pedeógrafo lo quisiere tomar, lo hará siempre con la mano derecha, porque la izquierda es solo usada en esto de hombres no cultos, y antes de tomarlo pondrá la mano derecha unidos los dedos en forma de piña, la llevará así hasta cerca de la boca, luego la apartará violentamente, cuya accion se dice cortesía, y encurbando el brazo entrará los dos dedos en la

caja, y ejecutando esto hará la cortesía pero sin balancés.



El tomar el tabaco ha de ser uñas arriba, y para esto se pone el cuerpo como en cortesía, para que nada caiga en el vestido, la nariz ha de recibir sin apartar la mano, no ha de volver á ella, sacudirá los dedos, sacará el pañuelo, con solo la mano derecha se limpiará, daràle vuelta al aire sobre el puño y lo entrará en el bolsillo, procurando quede fuera como por casualidad un pico de él como de una quinta parte. En este paso estaban, dice la historia, y oyeron golpes á la puerta, salió á abrirla Teresa,

y era el bachiller Sanson, á quien dijo aquella: éntre vmd., señor Carrasco, verá á mi Sancho revestido de consultor: Dios se lo pague á un señor que ha traido el cura que lo ha puesto con su ropa á las mil maravillas, y le está dando lecciones para que vaya á la córte, y le vá á enseñar á andar segun diz que se estila allá.

Entró el bachiller, y hallando á Sancho en aquel trage, preguntó al cura con voz baja quien era aquel hombre, si era criado del duque que venia á conducirlo; y el cura le enteró brevemente de quien era don Aniceto y lo que estaba enseñando, á lo que el bachiller dijo sin detenerse, ¿qué es esto, Sancho, es preparacion para dejarnos? pues por el trage infiero la cercana marcha. No se irá tan pronto este caballero, respondió don Aniceto, porque es preciso que antes se instruya en el modo de gobernar el cuerpo y de algunas otras menudencias políticas, correspondientes á este señor, que como su señoría no ha tenido para qué aprenderlas de antemano, las ignora del todo; pero á Dios sean dadas gracias, creo adelantará mucho su señoría con unas lecciones de ellas que le doy, por que es hombre de penetracion, y yo en esto le sirvo por mandado del señor cura párroco de este pueblo y su jurisdiccion, lo que estaba ejecutando; pero ya, señor, me suspendo en ello hasta obtener vuestro permiso, por si venís á negocio grave, que despues se hará esto quedando desocupado del todo su señoría.

Cierto que este señor, dijo el bachiller al cura, es la flor y la nata de la misma cortesía. Es, respondió el cura, el señor don Aniceto de... Flores de Mejorana, obsequiosísimo servidor de vmd., dijo don Aniceto; y siguió el cura diciendo, es caballero del órden de francos, maestro, aunque no público, de afectos y movimientos, que por hacerme favor y por el acaso de haber llegado á este pueblo y honrado mi casa, se ha dedicado á enseñar á nuestro amigo: es primo de aquel Cardenio, de quien muchas veces hemos hecho conversacion, y de los pasages de su historia.

¡Ha señor! dijo Sancho, si yo viera aquí á ese señor Cardenio y á aquella señora princesa de.... Micomicona, dijo don Aniceto, señora famosísima, princesa ultramarina, que nunca será tan bien alabada como corresponde á su merecimiento: en verdad, dijo Sancho, que si aquí estuviese ahora se habia de alegrar mucho, y puede ser que la señora princesa diese á Teresa algunos vestidos suyos, ya que el señor don Aniceto con el suyo, que vmd. vé ha obrado como caballero. Señor, señor dijo don Aniceto, no me avergüenze V. S. Yo nada he hecho: desearia estar en mi casa para mejorar lo dado y aun agregarle otros de mayor sustancia, y ofrecer á mi señora doña Teresa algunos que tengo allí hechos á la índica filipiquina, que están sin uso y fueron de mi madre, que era una señora americana de mucho rumbo que

tenia muchos, no obstante que mi padre ha dado bastantes: pero conserva por manía y memoria otros; habiendo repartido un crecido caudal que en ellos habia, entre *chichiguas* (1) de los *pepenaos* (2) de casa y sus *pilmamas*, (3) pero en el dia por la distancia es imposible facilitarlo; pero su señoría mi señora doña Teresa, recibirá mi buena voluntad.

Yo la recibo, dijo Teresa; y yo y todos, añadió Sancho. De dónde sois, señor, dijo el bachiller, que ese espíritu no es de estos paises. Yo, respondió don Aniceto, dando uno como suspiro, soy señor de Cebú en las Islas Filipinas, poblacion la mas hermosa y fértil de todas ellas, porque allí no es solo abundantísima la plata y el oro, sino que tambien se crian infinitas perlas, mucho coral y no es escasa la pedreria fina, como diamantes, esmeraldas, rubíes, zafiros &c., hay en casa de cosecha, perlas del tamaño de huevos pequeños de paloma; y como de gorrion y otros así, es casi el todo de las que se aprovechan, porque siendo menores se abandonan en las mismas pesquerías: he tenido de cosecha propia un diamante de treinta quilates y granos mas; pero al venir á España lo puse en un baul, porque me era estorbo en la mano para todo, y

(1) *Chichigua*: en América, ama de leche.
(2) *Pepenao*: en América, los que se ahijan ó se sacan de la pila bautismal.
(3) *Pilmama*: en América, la que entretiene el niño.

en una fuerte borrasca que padecimos, se echaron los baules al mar para aligerar la embarcacion, y á él fué, como el crecido número de alhajas, dinero y demas que saqué de mi casa, que dejé, porque mi padre me queria casar con una señora de Anchin (que ya hoy es marquesa, porqué heredó á su hermano que lo era con el título de marqués de Ibrosfal) y yo siempre fuí opuesto á las anchinesas, porque son tomadoras de tabaco en humo y gastadoras sin término, y otras cosas que no son de mi genio: mi padre es uno de los mas ricos comerciantes de coral y perlas, y segun me avisa el cajero principal de mi casa (que hay otros cuatro que no son principales sino sujetos á este) la pesca de perlas el año pasado, escedió de lo regular en mas de ochenta quintales, y la de coral estuvo muy cerca de otro tanto; bien que hay en casa en hacienda propia el peñasco de mar que llaman San Juan de Luz, que las cria casi como he dicho, y son inagotables; pero es el mas peligroso peñasco que hay en aquellos mares: hay año que fenecen en la pesca doscientos negros esclavos, bien que por lo comun un año con otro pasan de ciento, teniendo con ellos, como se tiene, mucho cuidado, por lo mucho que cada uno tiene de costo, porque la cria de negros se ha maliado mucho de poco tiempo á esta parte en aquel terreno. Ay señor, yo quisiera, dijo Teresa, que el arriero me trajera unos negritos mejor que los vestidos.

No hay allá arrieros, dijo don Aniceto, que si los hubiera mucho de esto pudiera yo daros; á lo que respondió Sancho, yo solo por las perlas me alegraria, porque Teresa tiene mucha aficion á ellas, y me temo quenolas ha de hallar tan grandes. Aunque no hay arrieros, dijo don Aniceto, no es difícil traerlas, sin embargo de que tardarán porlo distante; pero en este mundo todo llega. ¿Y cómo, padre, vmd. solo para mi madre pide? dijo Sanchica, que permanecia á todo embelesada; á que don Aniceto dijo: ¿señorita, tan desconsiderado me haceis y falto de cortesía, que habiendo de traer para mi señora doña Teresa, no habia de traer para vos, aunque no fuese mas que un par de cientos de ellas para que las viéseis, diéseis á Dios gracias por su magnitud, y despues repartiéseis entre vuestras criadas? poco os merezco, señorita doña Sancha.

¡Ah! señor don Aniceto, dijo el cura, y como se conoce los buenos paños en que os habeis criado; quien con miseria se cria, no tiene mas para dar. Aunque eso no fuese, que es así, bendito sea Dios que todo lo dá á quien quiere, solo por profesor de caballería franca estaba obligado á hacer estos ofrecimientos. ¡Ah! qué órden tan bella es esa, dijo el cura, que su mismo nombre dice lo que es.

Estando en esta conversacion volvieron á llamar á la puerta, y saliendo Sanchica á abrir vió era el monago de la iglesia que preguntaba

por el cura, á quien dijo de parte del alcalde que lo esperaba luego en el pórtico de la iglesia para cosa urgente; y habiéndole dicho al muchacho que iba inmediatamente, se despidió de todos, y le encargó á don Aniceto siguiese las lecciones á Sancho mientras volvia, con lo que se marchó en compañia del bachiller.

Pero, dice la historia tratando en este caso, que luego que el bachiller salió á la calle, dijo al cura: verdaderamente, señor, que yo os tenia por hombre de algun conocimiento del mundo y sus habitadores, pero me hallo engañado, y conozco vuestra bondad para creer cuanto os dicen y cuentan: yo he estado con bastante cuidado oyendo á vuestro huésped don Aniceto y he hallado lo que vos no habeis notado en él: hallo en él mucha infamia de veniros á engañar fingiéndose caballero franco, maestro de movimientos, pero no profesor público, sino aficionado: nada hay de esto en el mundo, hoy los caballeros francos no es religion, es solo una turba de petardistas de toda clase y estados, y que comen , visten y pasan á costa agena: nada gastan de suyo aunque lo tengan : toleran por vivir así muchos desaires de amos y aun de criados, que de estos comensales suelen pagar las costas. Esa maestría de movimientos no es profesion pública, es solo una gerigonza apreciada y que usan muchos calaveras que son la irrision de los hombres de juicio, empeñados aquellos siendo españoles, á cuyo carácter es

opuesta toda afectacion, imitar á algunos botarates estrangeros, que contra el parecer de sus compatriotas juiciosos y de seso, usan tales pataratas, de que ellos mismos se burlan: este modo pedeográfico, y este arte de movimientos ridículos, es siempre el noviciado de la caballería franca: no notais en su mismo nombre su malicia? llámase franca, porque francamente se introducen en las mesas de quienes no los llama, y tal vez admiten repugnantes, por razon de estado que llaman, á muchas cosas que es menester tolerar por otras. La profesion que hacen es de nunca decir verdad: no notais la grandeza que nos contó del comercio de su padre, las perlas, los diamantes de aquel tamaño que perdió en el mar, depósito que siempre tienen muchos para engañar á muchos mas. Todo esto es un arte de titiritero, y una parla como la de maese Pedro para engañar los bobos. Por Dios, señor cura, os pido seais mas cauto para estas gentes: él al fin se os ha metido en casa: ¿cuándo podreis desasiros de él segun sus constituciones de caballero franco? Hasta la tercera monicion con malos modos, no puede por el instituto apartarse de comeros un lado y parte del otro: mirad, señor cura, lo que haceis, que ese hombre puede dañaros en vuestra casa, haced que Sancho le vuelva su vestido, no sea el diablo que le haya hurtado y pague Sancho lo que no debe, y... Callad, callad, señor bachiller, dijo el cura, que pensais ligeramente; pues un hombre como

Cardenio habia de enviarme un dañador como vos haceis á don Aniceto. Pues señor, dijo el bachiller, ¿os trajo carta de Cardenio? y si la trajo ¿conoceis su letra y firma? No trajo carta ni yo he visto nunca la letra de Cardenio; pero trajo unas señas así de la causa de su locura, como de la vida que hizo en Sierra-Morena, muerte de la mula y demás, que en todo concuerdan con lo que yo mismo sé; y así es preciso creerlo sin necesidad para ello de carta; á lo que el bachiller, que habia conocido la tramoya de don Aniceto, replicó, pues señor cura, si en esto os fundais, todo cuanto dijo de Cardenio lo refiere muy menudamente la historia impresa de don Quijote, nuestro Alonso Quijano, por lo que cualquiera que la haya leido dará de Cardenio las mismas señas que ha dado este don Aniceto, ó don Trápalo: dáos á partido, señor cura, que ciertamente siento veros con tan buenas creederas con un hombre, cuyos maliciosos embustes son tan visibles.

En estas razones iban, cuando el alcalde que esperaba al cura en la iglesia, viéndole venir le salió al encuentro llamándolo separadamente del bachiller y le dijo: señor cura, parece habeis admitido en vuestra casa y teneis en ella un hombre llamado el caballero franco, su nombre propio se ignora, y dice la requisitoria, que aquí traigo, que nunca usa de uno solo; aquí están sus señas y la órden de aprehenderlo por sus fechurias, que concuerdan con las que me

han dado los que lo vieron parar en vuestra casa, y despues andar con vos: ya señor, sabeis mi obligacion en esta parte, disponed cómo pueda yo cumplir con esta sin que se allane vuestra casa para sacarle de ella.

Quedó suspenso el cura al oir al alcalde, llamó al bachiller que estaba apartado de ellos, contó cuanto aquel le habia dicho; y el bachiller reconvino al cura así: ¿no os lo dije yo bien poco hace, señor cura? aquí no hay mas remedio sino que el señor alcalde disimule hoy esta diligencia: en llegando la noche se puede sacar del pueblo este hombre, á quien es preciso le valga el respetable asilo de la casa del señor cura: convengo en ello, dijo el alcalde por servir á su merced y honrar su casa; y pues las requisitorias andan al contorno del pueblo, la justicia de otro podrá cumplirla. Dióle gracias el cura por su buen proceder, y dijo al bachiller: vamos á casa de Sancho, lo que así hicieron, y hallaron á Don Aniceto dando las ridículas lecciones de paso á nuestro consultor; pero habiéndolas interrumpido la llegada de ambos, dice la historia, que el cura dijo á Sancho reservadamente: amigo, bueno está lo bueno, quitáos ya el vestido y descansad, que bien lo habeis de menester. Y cómo que sí, señor cura, respondió Sancho, porque os aseguro que nunca me he visto mas fatigado que ahora, ni cuando aquellos malandrines me armaron con los paveses para defender aquella malograda ínsula, que Dios

perdone. Y vos, don Aniceto, prosiguió el cura, recogedlo para que se conduzca á mi casa, que allí se reconocerá por peritos, y se os dará su justo valor si quisiéseis venderlo; porque yo he hecho escrúpulo de que el señor Sancho tome anticipadamente regalos de ninguno. Señor, dijo don Aniceto, hágase como vd. manda, yo recibo el desaire de no admitir lo que con tan buena voluntad quiero dar á este caballero, aunque vd. escrupuliza, no es tan fuera de uso que no haya ejemplares. ¡Ah! señor, dijo el cura, no se deben buscar ejemplares de cosas mal vistas, como lo es admitir regalos los hombres constituidos en empleos, porque así con precision, de hombres libres se hacen esclavos venales; y en fin, yo debo mirar por mi oficio, por la conciencia del señor Sancho, haya ó no ejemplares, que eso no quita el que sea la accion mala. Dice bien el señor cura, dijo Sancho, cada uno su alma y su palma, porque entonces venia á verificarse aquello de no asamos y ya pringamos, y yo solo quiero lo que el señor cura determine. Pues, señor don Aniceto, vamos á casa que el señor bachiller cuidará de que se conduzca todo á ella.

Así se hizo; y habiendo el cura y Don Aniceto llegado, aquel le contó á este lo ocurrido con el alcalde, y en lo que habian convenido por su respeto. Quedó don Aniceto, dice Benengeli, turbado, lloroso y corrido ademas; y tambien que el cura dispuso que el equipage y perso-



na se condujese á la Ermita, distante muy poco del pueblo, para que lo encubriese por aquella noche y algunos dias mientras las requisitorias pasaban: que le dió víveres y una limosna en dinero; pero no pone en qué paró y adonde marchó el tal don Aniceto, de cuya persona, aunque hizo despues diligencias, nada supo.

CAPITULO V.

Cuéntase algunas cosas que deben tenerse presentes, y como Sancho marchó al castillo de los duques.

Sigue la historia de Sancho diciendo: que luego que el duque despachó con la carta y escudos á Tomé Cecial, escribió tambien al mayordomo, mandándole previniese una ridícula ceremonia para el nuevo consultor, que fuese de buen gusto, porque la duquesa estaba tristísima y queria divertirse, aunque tuviese costo, y que le hiciesen á Sancho, una como toga carmesí, para lo que libró sobre una colgadura desechada, las varas correspondientes, y de los demás trages que fuesen necesarios: dió órden asimismo para que se le surtiese de ropas, y que provisto de todo, y con decencia, le llevase al pueblo donde lo esperaba: que previniese asimismo de su órden á doña Rodriguez (que estaba en el castillo á tomar aires, por si mejoraba de mal histérico que comunmente padecen las dueñas) festejáse á Sancho y lo cuidase con el mayor esmero, porque no tenia otra persona de

quien fiar este encargo: que le avisase de todo cuanto ocurriese, y que fiaba en él para esta diversion de la duquesa.

Amaneció el siguiente dia de la huida de don Aniceto, y el cura pasó á casa de Sancho: pero como este le vió sin el huésped, le dijo: ¿y cómo no viene el señor pedrógrafo á repasarme la leccion de las cortesías, que se me olvidarán si nó? ¡Oh! Sancho amigo, dijo el cura, el caballero pedeógrafo está muy distante de nosotros; cuando ayer llegamos á casa hallé la novedad de un correo que venia en su busca, para que al instante pasase al puerto de Cádiz á entregarse de un navío que le envian cargado de perlas y coral, por lo que no tuvo mas tiempo que para tomar el mismo caballo que traia el correo; tomó la posta, y el que la trajo llevó la maleta en otro caballo que venia á prevencion para el viage: el vuestro al castillo, es menester disponerlo luego incontinenti, que es lo que conviene mas que todo.

Válame Dios, señor cura, mi gozo cayó en el pozo, y quién lo hubiera sabido, dijo Sanchica, para haberle encargado me enviase un negrito, que tambien vendrán como las perlas. Callad, niña, dijo Teresa, que no dejará de hacerlo sin que se le haya pedido, que aquel señor tenia traza de dar, y en nada era miserable. Todo puede ser, y esperad en Dios que es quien no puede faltar en lo que nos ha ofrecido, dijo el cura; y pues la diligencia es madre de la bue-

na fortuna, no hay que retardar el empezar con la vuestra á obedecer al duque, que ya sabeis espera á Sancho Panza cuanto antes: yo os supliré lo que os haga falta, y cuidaré del socorro de vuestra casa, que despues me lo pagaréis como vayais adquiriendo con qué. Á tanto beneficio, dijo Sancho, (queriéndose fincar de hinojos) os seré esclavo: No quiero tanto, respondió el cura, solo quiero seais agradecido, y que no olvideis vuestra obligacion : y vd., señora Teresa, decidle al bachiller, que vaya en casa de la nieta del hidalgo, que si mal no me acuerdo, me dijo tenia por vender los vestidos que heredó de su abuelo, que cualquiera vendrá pintado á Sancho, porque era de sus mismas carnes y altura, y serán mas propio para su empleo, que el que queria daros don Aniceto, estrecho é incómodo de todos modos; pero advertirle que no diga que yo lo he de pagar, porque no los niegue ; porque como se fué al otro mundo sin pagarme los derechos del matrimonio de la hija, no juzgue que quiero hacerme prenda de ellos por ser de su padre.

Cuanto vos, señor, dispongais es bien hecho, ahí están los doscientos escudos á disposicion de vd., sin que se haya hecho con ellos otra cosa que contarlos muchas veces, dijo Teresa, y aun cuando algo falte lo pagará Sancho despues, que á buena parte vá para ello; pero al llegar á esto dieron á la puerta otros terribles golpes, y saliendo á abrir Teresa,

vió era el mozo del correo que traia una carta para el cura, y no la habia dejado en su casa porque su ama le dijo donde habia ido, y que no queria tomarla por si traia algun disgusto, que le recibiese de otra mano.

Pero á lo que se entendió no era disgusto el que contenia la carta, porque tomada por el cura despues de pagado su porte, que traia señalado, por parte del que la enviaba, y decia: porte, medio real, y raya por debajo, estilo comun en aquel territorio, para quitar á los estafeteros el trabajo de señalarlo; el mismo cura de voluntad propia abrió la carta, miró la firma, y



viendo que era de otro cura, la leyó á media voz, y decia así:

«Amigo y compañero: por fin ha resuelto »la hermandad celebrar la funcion de Animas »el domingo 23 del que empieza, y han convi»dado los mayordomos para predicar á aquel »santo religioso que se perdió el año pasado, »para que se desempeñe en éste: para los gas»tos de comida, refresco y demas, se han saca»do de las arcas de la hermandad cien ducados, »y tienen dispuestos dos juegos de seguidillas »de pandero, nuevecitas , que llaman del Mal»bruc, y ha compuesto el hermano Paba, que »se bailarán detrás de la Ermita despues de la »rifa: quieren que se convide mucha gente pa»ra que haya broma y se junte limosna, porque »este año ha estado malo, malo. La justicia ha »convidado al cantor tuerto, de habrá dos años, »y al sargento inválido para los juegos de ma»nos. El sacristan se ha ofrecido, con el fin »de juntar limosna , á hacer la rifa vestido de »muger. Todavia no se han repartido las misas, »por el poco dinero que hay , y tener al predi»cador algunas para el prelado por la licencia, »y á quien le hace el sermon , que este año es »á prueba de bomba, porque tiene que traer en »él las tres circunstancias que ocurren en el dia, »y son: el blanqueo de la iglesia, la campana »nueva, y salir aquel dia á misa de parida la »mayordoma , que es lo que hace al predicador »cerdear, para aceptar el sermon. Por parte del »beneficiado vienen , como todos los años, la »sobrina viuda y las dos hijas , y el abogado

»Correa su primo; pero yo no traigo á nadie. »La boticaria me ha dicho dé á vd. memorias »y le diga que no le faltarán misas, que ya sa- »be vd. ect.: con que, amigo, buen ánimo y »venga vd., nos ayudará en el coro, trayendo »á quien quiera á esta su casa, que así lo su- »plica la cuba chiquita del ricon, que le ha lle- »gado su San Martin: hará vd. penitencia, y »Dios sobre todo, que guarde á vd. muchos »años.—P. D. Envíeme vd. con el primero que »venga de ahí, cuatro cuartos de seda negra »fina, y una baraja nueva, que aquí se acaba- »ron; y mandar á su amigo don Sebastian.— »Amigo y compañero *Lic. Perez.*

¿De quién es esa carta, señor cura, que á vd. hace reir tanto? dijo Sancho: á que el cura respondió, es de mi antecesor don Sebastian, que me convida á la funcion de Animas como todos los años, pero no sé que me haga, porque mi mula no está del todo buena. Si yo tuviera coche, dijo Teresa, se lo daria ahora á vd., y aun por eso, y para servir á mis amigas, le he dicho á Sancho que luego luego me envie uno en que poder tenderme ¿Y qué os dice Sancho, dijo el cura? que ha de decir, que lo dijera á vd.: á lo que el cura en tono grave respondió: Teresa, Teresa, presto empezais á pedir cosas que no debeis á vuestro marido: ¡coche! nada de eso, porque seria empezar por donde debe acabarse: ¿no veis que el coche es un gasto que debe hacerse de lo sobrante? y que

sobrantes no, nunca puede haber en cortos sueldos, mayormente teniendo que mantener familia. El coche es propio para los reyes y ciertas dignidades mayores, cuyo uso debió inventarse para solo ellos; pero en quien esto no es, parece muy mal el coche: mal haya ellos que han subido con su abundancia el precio de las mulas al pobre labrador, y han causado otros daños domésticos de empobrecer las casas, si hemos de creer á quien se queja de esto, y de haberse establecido como propio y preciso, en muchos que no pueden, y se sacrifican á escaseses caseras, por salir ostentosamente en ellos; y vos, señora Teresa, no teníais ninguno cuando pedísteis coche á vuestro marido, sin acordaros de esto.

Dice Cide-Hamete, con aquella verdad que acostumbra en cuanto ha escrito, que luego que el bachiller Sanson Carrasco ajustó y pagó el vestido íntegramente, por tasacion que hizo un perito del oficio, se le puso en la cabeza una cosa que casi parece dura de creer, á no tener el ejemplar de otras que se le pusieron, y quedan referidas en el discurso de esta grande historia; y fué solicitar con el cura, que le llevase Sancho consigo, tanto para escribirle lo que se le ofreciese, porque no lo sabia hacer, cuanto para dirigirle en muchas cosas, que precisamente le habian de ocurrir en su nuevo cargo.

Era el bachiller Sanson Carrasco, segun se ha visto, hombre de medianas luces, picaba en

historia, y no ignoraba la política moderna (todo lo cual le hacia tener mas satisfaccion de sí que la que debiera) y de consiguiente resuelto, determinado y amigo de seguir sus opiniones, y salirse con sus caprichos, lo que previsto por el cura, como así bien su inclinacion á cosas de córte, y aborrecimiento á las de la vida de la aldea, (aunque con flojedad) le disuadia de este pensamiento, aconsejándole cuidase de su corta hacienda y salud, y no se sujetase por un capricho á una vida estraña y nada duradera, segun su entender; pero como á los hombres que se precian de hábiles, es difícil hacerles creer que piensan disparates; aunque el cura le espuso lo mas acertado con razones eficaces, nada consiguió, y como por otra parte sospechaba que la tal consultoría sería casi momentánea, y que Sancho y él volverian muy pronto al pueblo, no quiso empeñarse demasiado, y así ofreció á Sanson diria á Sancho lo que pretendia. Así fué, porque habiéndole dicho lo que el bachiller se interesaba en su acierto y lucimiento, pues se queria ir con él, dejando su patria y familia por servirle de secretario, cosa en que se echaba bien de ver cuanto la fortuna lo favorecia en esto; pues le ponia á su lado un hombre tan completo como el bachiller Sanson Carrasco; y como Sancho aspiraba á su permanencia en la gracia del cura, y por otro lado conocia la imposibilidad de escribir y gobernarse sin algun consejero continuo, ofreció al cura sujetarse á lo

que sobre esto le mandase. El cura se lo agradeció, y le previno era conveniente ocultar de todos la sabiduría del bachiller, así para que sus resoluciones pasasen por de Sancho, como para que aquel estuviera menos notado si lo aconsejaba en lo oculto; y habiéndole dicho al bachiller que se previniese para acompañar á Sancho, quedaron todos muy contentos en esta parte: y cada uno por la suya haciendo las prevenciones de camino. En los cuatro dias siguientes al recibo de la carta del convite del cura, nada parece que ocurrió que fuese digno de contar, sino que Sancho se ensayaba á solas en hacer cortesías y andar como le habia enseñado su maestro, y á quien dice le oyó varios discursos que formaba interiormente, los que á veces acompañaba con manoteo y visages: que Teresa estaba llena de gozo con sus imaginarias vanidades, y que la tenian tal los doscientos escudos: que hasta el Rucio con sus jaeces íntegros tenia dispuesto, lavados los cascos, hecha la carona y peinada la cola, esperando la segunda órden del cura que era el director de la marcha: que Sanchica andaba de corro en corro, y de vecindad en vecindad contando las altercaciones de sus padres, sobre si echarian ó no coche, y si se harian dar el tratamiento de V. S. El bachiller tenia pronto cuanto necesitaba, y hasta el caballo que le sirvió siendo caballero de la Blanca Luna, estaba como un oro, limpio y aseado: aunque hay autor que afirma que el que llevó fué Roci-

nante, que se vendió por la sobrina de don Quijote, y compró para este caso en precio tan corto como su andadura; pero otro lo contradice asegurando positivamente haber muerto al mes y dos dias del fallecimiento de don Quijote, de un hartazo de cebada que se dió en el granero uno de los dias que se hacia el inventario, y no pudo digerir por mas que le ayudó Maese Nicolás. El cura tambien dispuso su caminata al lugar en que era convidado, dejando su curato á cargo del teniente, y muy prevenida la casa de Sancho con el resíduo de los doscientos escudos de que era tesorero, hecha la rebaja del costo de algunas camisas, y otros cabos que tambien vendió la hidalga; y como tenia su famosa mula, aunque indispuesta levemente de un mal de ojo arraigado, no le impidió para que la montase, como lo hizo, saliendo con Sancho, el bachiller y un mozo de á pié al quinto dia por la mañana todos juntos, y cada uno para su determinado destino.

No es posible, dice espresamente Benengeli, creer fuesen verdad las lágrimas que se dijeron haber vertido Teresa por la marcha de su marido, ni menos las que derramó Sanchica por la ausencia de su padre, porque si verdad fueran las que dicen que derramaron cuando los fueron á despedir al camino, no sé yo como hubieran podido caminar las cabalgaduras que llevaban sin atascarse en ellas con los barros, que segun la abundancia se harian precisamente; y despues de esta bien fundada duda, esclama y dice: Ya



fortuna has puesto en el tablero de las piezas con que juegas con los hombres, al gran Sancho Panza, que sacas de un rincon de él y lo pones en una de las principales casas de España con cargo honroso, distinguido y de la mayor consideracion para hacer un papel que ha determinado tu absoluto poderío: trátalo bien, no lo eleves para despeñarlo despues, porque si así

lo haces, te tendrán por loca, y te mirarán con miedo.

Iba el Rucio enjaezado conlos mismos arreos que llevó al gobierno Baratario, y le quedaron á su amo, y éste iba vestido con el comprado á la hidalga, pliegue y manga ancha, boton regular y corte muy contrario al que presentó don Aniceto : una hora habrian caminado, cuando el cura dijo : paréceme, Sancho, que estoy soñando, ó me están contando alguna novela estraña: poco tiempo ha os ví vestido con las ropas campestres, y á poco de la moda, lleno de estrecheces é incomodidades, ahora os veo con ese proporcionado, á que el cuerpo tenga sin estorbos sus movimientos, propio de un hombre de juicio y de razon, como dicen comunmente : ¿qué es esto? ¿quién no estrañará como en tan poco tiempo puede haber tanta variacion? Cuando se estableció ó se estiló este presente vestido, se reformó otro corte sin duda, y para esto los hombres que cuidan en el mundo de esta comision, harian los exámenes correspondientes á tanta y tan costosa variacion, por que ya es sabido en este y todos tiempos, que una moda que empieza, hace quedar desnudos á los que se vistieron con la reformada; pues, señor, ¿qué nuevo motivo, qué nueva causa habria en los cortesanos para invocacion tan del todo y tan de oculta comodidad, que no pudo ser penetrada por nuestros mayores? Esto miro sin saber como ha sido: por otra parte os veo de

un hombre sin mérito conocido, que llevais de secretario al que lo adquirió donde lo adquieren los grandes hombres, esto es: en una famosa universidad á costa de sudores y estudios, en que logró el título de bachiller, y que vos sin estudios ni fatigas habeis logrado el de consultor ducal; que os servís de un caballero de Bosque, y Ex-de los Espejos, cuyos actos militares y caballerescos despreció la suerte: pensemos en esta variacion de cosas que admiran y suspenden, y parecen como imposibles que sucedan sino por encantamiento. A esto saltó Sancho con viveza, ¿qué bueno seria, señor cura, que aquí hubiese algo de esto, y cuando menos me cate me halle convertido en carne momia, como le sucedió al Maestro Elisabet, á quien dicen hizo este daño el sábio Merlin, que tambien encantó á la señora Aldonza Lorenzo, mi señora Dulcinea del Toboso? No burlemos, señor Sancho, dijo el cura, y vamos hablando con verdad y pulso: ¿por dónde encantó á la señora Dulcinea el sábio Merlin, cuando vos injustamente fuísteis su encantador, convirtiendo en una tosca labradora, hediendo á ajos, segun vuestro amo dijo muchas veces, á la sin par princesa Tobosina, de la antigua alcurnia de los Corchuelos? Esta accion clama y siempre clamará pidiendo justa venganza? Vos sois verdaderamente oculto encantador, á lo que yo infiero, y plegue á Dios que como tal no hayais encantado á los duques, para que os favorezcan

y distingan. Yo tengo muy presente que vuestro amo don Quijote, dudaba haber sido el sábio Merlin, el verdadero encantador de Dulcinea, en que nunca le hizo agravio, y no era regular que sin causa le hubiese hecho este tan pesado. Esta duda fué bastante para no desafiarlo por cartel ó sin él á batalla, conociendo con su gran prudencia, que para acumular delitos á otros, es menester estar seguros de ellos, con pruebas muy completas.

Nada, señor, dijo el bachiller, se puede responder á este argumento Aquilino, innegable en todas sus partes. ¿Es clarísimo indicio la omision del señor Alonso Quijano en el desafio, siendo tan valiente y esforzado caballero? y mas que habiendo resucitado motu propio la olvidada caballería andante, no habia de dejar pasar este tuerto y desaguisado del primer órden, de los que por la caballería se deben desfacer, como hecho á una muger inocente, y asaz famosa, la sin par Dulcinea del Toboso. A esta espresion del bachiller, dijo Sancho, vaya, vaya, señor Carrasco, que ni vd. ni el señor cura están en el caso. No desafió mi señor, al sabio Merlin porque no faltó quien le dijo era impropio de un caballero andante tomar armas contra un anciano, tan viejo que casi no se podia mover; á mas de ser público estaba quebrado, y por lo mismo no podia montar á caballo, de cuyo modo habia de combatirse segun la órden caballeresca; y fuera de esta justa causa, tuvo en parte

la culpa el señor cura, pues predicó un dia en la iglesia, y oyó mi señor esta doctrina... «Es «menester perdonar al enemigo, y aun hacerle «bien, y amarlo como Dios quiere y manda que «se haga: en este caso es de mayor venganza «castigar con beneficios á quien nos agravió con «injurias, que quitarle la vida, que de todos «modos no es permitido ni Dios lo manda.»

Verdad es, dijo el cura, que asi lo dije, y siempre diré y aconsejaré: vuestro amo fué muy politicon, y era justo, y muy puesto en razon, así por lo predicado por mí, como por su caballeresco modo de pensar, no desairar, ni injuriar las largas y nevadas barbas del sábio Merlin, y estas urbanidades solo los profesores de la caballería las saben, estando los demas muy lejos de conocerlas. Quijano obró siempre bien á uso de caballero, y debió haber disimulado este encanto, por lo antes dicho; pero dejemos esta conversacion de ellos, que hemos empezado á pisar el campo Cebollar, donde es antigua tradicion, vienen los hechiceros á hacer sus operaciones, no sea que nos oigan y hagan alguna supercheria con nosotros.

Verdad es, dijo el bachiller, que se alcanzan á ver los humos de las fábricas de tinajas, del Toboso, que tienen virtud de convertir el agua en vino, como la tuvieron las de Caná en aquellas bodas que allí hubo y nos dice el Evangelio. Así es, dijo el cura, y mejor fuera se les sacára esa virtud á esos barros de la Mancha,

¿creereis, bachiller, que casi escrupulizo en el altar sobre el vino que me ponen, porque sé bien lo que hacen con él para sacarle el color que quieren? El campeche para el ojo de gallo, y el esparto para el otro, es materia usadísima en sus tinajas, y como solo el vino puro y sin mezcla es el que debe usarse, creo, creo que muchas veces hacen estas dispensas, que debieran celarse para que no tragasen las consecuencias que se producen de tales delitos: por ellos, y por el esceso conque este fruto se usa, debe tenerse presente para una rigorosa reforma, que piden á gritos los fatales ejemplares que se han esperimentado y se esperimentan cada dia.

A este tiempo alcanzaron al mozo de á pie que se habia sentado á esperarles, porque les llevaba un buen tiro de bala de ventaja, y encarándose con Sancho, le dijo con socarronería: señor consultor, la magnífica ciudad del Toboso tenemos á la vista, y es menester saludarla; y sacando la bota, despues de los ordinarios cumplimientos de beba su merced, en buena mano está: pasará á mejor, y la salutacion, de á muerte ó á vida la costura arriba, remojaron los gaznates, y prosiguiendo su conversacion, siguieron su camino alegres y amigablemente en buena paz, sin el menor desman.

CAPITULO VI.

Dáse cuenta de lo que pasó en la venta y como Sancho encontró al mayordomo que le salió al encuentro.

Tan divertidos iban nuestros caminantes, que cuando menos se cataron, se hallaron en la venta que tiene aquel camino, y habiendo querido el cura que se detuviesen á tomar algun refrigerio, lo estorbó el bachiller, queriendo se pasase adelante; y como sobre ello se porfiase en la puerta, la curiosidad movió á tres caminantes que habia dentro, á que saliesen á ver lo que era. Tomó la averiguacion un hombre de bastante decencia, que viendo la clase de sugetos los saludó con la mayor cortesía, ofreciéndoles cuanto allí habia que les pudiese agradar, y aunque el cura se resistiese á admitir la oferta, el de la venta porfió una y otra vez y consiguió se apeasen de sus cabalgaduras y les acompañasen en la mesa, que él y sus compañeros tenian puesta en su cuarto. Ya sea que el cura quisiese que el bachiller y Sancho comiesen algo y descansasen, ó ya fuese

por no ser mas porfiado en la persuasion de don Federico (que así se llamaba el de la venta) admitió el convite, y apeados, entraron al corral. El ventero que como antiguo en el territorio, conocia al cura, le preguntó quien era Sancho, asegurándole haberle visto otras veces,



aunque en distinto trage; no haciendo mencion del bachiller, porque varias veces lo habia visto en su lugar. Este, dijo el cura en voz alta, es el señor consultor Sancho Panza, que vá á tomar posesion de este encargo, en que se halla nombrado poco hace por un señor duque:

yo le vengo acompañando hasta el pueblo primero, y el señor bachiller Sanson Carrasco vá de su secretario, desde allí seguirán su camino porque yo me quedo en él por unos dias.

Luego que don Federico oyó nombrar á Sancho y el duque, como habia leido la historia de Don Quijote, se impuso en que el duque y la duquesa por seguir su humor festivo, habian dado nombramiento de consultor suyo á Sancho Panza, y avisó á sus dos compañeros llamados don Antonio y don Pedro, hombres de juicio y prudencia; pero no se dice de donde eran naturales.

Al punto que Sancho saltó del Rucio, se fué con don Federico, á quien don Pedro y don Antonio salieron á recibir, y entraron juntos en el cuarto. Iba Sancho afanadísimo con su vestido, de modo que se conocia lo poco que lo habia usado, y como llevaba un sombrero de marca mayor, le achicaba mas el cuerpo y la cara, porque á la verdad es conveniente que corresponda á ella el sombrero para no ridiculizarse, por cuya razon hacia el señor consultor la figura mas estraña.

Don Federico que habia hecho el convite, rompió la voz diciendo: señor don Sancho, aunque V. S. estará hecho á otro aparato de mesa, y á otras ceremonias de ella, distintas de las que V. S. en esta verá, su gran discrecion suplirá lo que faltase, y distinguiendo tiempos, concordará casos. Caballero mio, dijo Sancho,

como no tenga las ceremonias que usaba cierto médico que habia en una ínsula, en donde por mal de mis pecados fuí gobernador, todo estará bueno: vd. nos ha convidado con su mesa, por hacernos favor, de la manera que para sí la tiene dispuesta, nosotros la hemos admitido, con que es visto la tomaremos como esté: que tenga ó no ceremonias, no hace al caso, haya que comer, que esto y no las ceremonias sustentan al hombre. Dice bien su señoría, dijo don Antonio, y si todos los señores fueran como V. S. llanos y contentadizos á lo natural, poco fruto sacarian los muchos holgazanes que á título de hacer mil pataratas en la mesa, y colocar platos en ella, roban á sus amos, amén de los crecidos salarios que por ello tienen, de modo que por ostentar el lujo han hecho oficio el poner una mesa; pero lo peor es, que los mismos que nos roban se burlan de nuestra bondad ó sandez. ¡Qué cierto es, caballero, dijo el cura, que vivimos engañados de ellos mismos y con los ojos cerrados á la razon, y que murmuran otros nuestra estravagancia, diciendo, que nosotros respecto de ellos vivimos un siglo atrasados! pero qué hemos de remediar si así está el mundo, y en él se oye hoy con agrado lo que antes se tendria por agravio y desvergüenza: no ha mucho que el señor Panza tuvo un maestro de movimientos, que le enseñó la Pedeografia que actualmente se estila. ¿Qué le enseñó, señor cura? preguntó don Pedro. La Pedeografia de última

moda, respondió el cura. Háganos vd. el gusto, por Dios, de esplicarnos que cosa es, porque yo á lo menos no he oido tal en mi vida. Yo señor lo diré, dijo Sancho: es andar con pies derechos, rodillas iguales y sacar bien las posaderas, como dicen, al hacer la cortesía; tener la cabeza erguida y otras muchas cosas, que sin verlas no pueden esplicarse. Yo las hago, porque no se me han olvidado las lecciones que me dió el maestro. Pues, señor, replicó don Federico, aunque es demasiada llaneza, suplico á V. S. por mí y por estos caballeros, se sirva hacernos el honor de ejecutar un par de evoluciones pedeográficas, lo que espero conseguir por su gran bondad, y porque el campo todo lo dispensa. Si haré, dijo Sancho, que basta que se me pida con tan buen modo, y no solo esto haré, sino hasta rodar por esos suelos, porque á mí la cortesía siempre me ha obligado. ¡Oh! invicto señor, dijo don Antonio, llano, sencillo y amable, como deben ser todos los señores: viva la urbanidad del señor don Sancho: viva, repitieron todos á una, y animándose Sancho, como hacen todos con las aclamaciones ó adulaciones, entró gustoso en hacer un ridículo espectáculo para el auditorio: empezó por el paso puntil, esto es, andando de puntillas, levantando la cabeza, sacando el pecho, y derechas las rodillas, con las puntas de los pies tan horizontales (así se llama esta violenta postura) que á pocos pasos al querer hacer la cortesía de pa-

rada delante de don Federico, sacó tan violentamente su trasero que cayó, de modo, que si no le detiene, cae sobre un banco que allí estaba inmediato y se rompe la cabeza su señoría.

Basta, dijo don Pedro, que ya está entendido el pensamiento de la obra, ella es un paso de minuet veloz, y un sacar de trasero precipitado al parar y hacer la cortesía. Mas tiene, dijo el bachiller, tiene dos balancés antes de hacerla, y despues del último paso de parada.

Dos escopetazos habia yo de dar, si fuera lícito, dijo don Federico, á cada monigote español, que se hace ridículo con esos ademanes propios de un mono ó de un arlequin: ¡que se consienta esta infamia, y no haya quien tome un palo para perseguir á esos monicongos, deshonor de nuestra nacion, cuyo carácter es grave, pero sin fastidio! ¿Y qué, señor cura, hay con efecto maestro de estas piruetas? Si señor, dijo el cura. Yo lo creo, porque vd. lo dice, respondió don Federico: vamos, vamos señores á comer, que me ha irritado semejante disolucion: Dios nos conserve en juicio para no caer en tan ruines pensamientos, que afrentan y desacreditan nuestra circunspeccion nacional.

Sentáronse todos á la mesa, y no paró en ella la conversacion de la nueva maestria y escuela pedeográfica. Concluida que fué la comida, dándose gracias unos á otros, nuestros caminantes mandaron disponer sus cabalgaduras para seguir su camino, y los de la venta hicie-

ron lo mismo. El cura les ofreció su casa, por pasar precisamente por su pueblo, que no admitieron; y volviéndose á despedir el bachiller y Sancho, salieron delante, quedándose el cura ocupado en componer una espuela que se le habia roto.

En este tiempo pidió don Federico la cuenta del gasto al ventero, que segun despues se supo era el famoso Patricio, conocido en toda la comarca por su aseo y limpieza de todos modos; pero no conviniendo en el cuanto con sus huéspedes, empezaron las voces y porfias. El cura, como tan inmediato, entró en la venta para saber la causa de las voces de don Federico y don Antonio, que alternaban con los votos y por vidas de Patricio. Informóle aquel procedian del esceso de pedirles el ventero un despropósito, cuando no se le habia hecho mas gasto que el de los piensos de caballerias en que no habia disputa, sino en lo que llaman ruido y asistencia; que el queria darle lo mismo que el año antecedente le habia dado en igual caso por los mismos compañeros, y que el Patricio no se conformaba, alegando para doblar la partida, haberle subido la venta el ayuntamiento del pueblo, su dueño, otro tanto mas por aquel año, haberle llevado el escribano por la escritura triplicados derechos, y recargado este y los alcaldes, las que dicen adealas de pluma, que eran cuatro pavos para cada alcalde, y dos con seis gallinas para el escribano. No sabia

el cura, conociendo la formalidad, de Patricio y la razon de don Federico, á quien se inclinaria, y confesando el perjuicio que recibian los caminantes en estas alteraciones, opuestas á la conciencia, declaró por Patricio la disputa, llamándole á parte, y sin que don Federico lo notase, le pagó la diferencia que era de dos tercios mas de lo que le daban, con cuyo medio cesaron las disputas, y todos salieron de la venta ponderando este perjuicio público, que impide el comercio de comestibles de unos pueblos á otros, por digno de enmienda y de castigo á los causadores de semejantes daños, cuyas operaciones en esta parte no están en residencia; y picando el cura su mula hasta alcanzar al bachiller y Sancho, lo consiguió en breve, y contó el motivo que fué origen de su detencion y tardanza; á lo que Sancho dijo, que si en su encargo le caia causa de semejante clase, procuraria inclinar al duque á que pusiese precio fijo en estos arrendamientos por lo respectivo á las ventas y mesones de sus estados, prohibiendo las adealas, que suelen por aumentarlas los que administran bajar el principal al dueño; en lo que quedaron acordes, y caminaron gustosos hasta una aldea donde hicieron noche, y madrugando la mañana siguiente continuaron juntos hasta que se dividió en dos el camino que llevaban, y vueltos á hacerse recíprocos encargos de escribirse, se despidieron, tomando Sancho y el bachiller un camino, y el cura otro.

Gran rato caminaron Sancho y el bachiller sin hablarse palabra; porque uno y otro iban enfrascados con diferentes imaginaciones: el bachiller se arguia de fácil en su determinacion, no teniéndolas todas consigo, y temiendo que la tal consultoría de Sancho podia parar en burlas, porque se le venian á la memoria las que á él y á don Quijote se le habian hecho en el castillo; pero el buen Panza pensaba distintamente; y pareciendo á este mucho el silencio, dijo: señor bachiller, mi amigo y secretario, ¿qué tristeza es esa que os noto? voy yo alegre dejándome mi muger y hija, y vos que no teneis hijos ni muger que dejar estais tan melancólico. Bueno es eso para quien espera en vos el alivio de sus infortunios, si es que los puede haber en este mi nuevo estado.

En esto iban de su conversacion familiar, cuando se oyo muy cercano á ellos unos tiros de escopeta, y habiendo subido una cuestecita, vieron un cazador que se iba acercando á ellos, y era el mayordomo del duque que venia divirtiéndose matando pajarillos; quien, ó ya fuese porque conoció al Rucio, ó por otra casualidad, que no dijo, aunque se le preguntó muchas veces, comprendió que era Sancho el que iba hácia él, y acabólo de confirmar porque el asno aclaró la duda que de esto podia tener, no tanto con la vista de sus arreos, cuanto porque rebuznó de falsete, que así hacen todos cuando conocen el terreno donde antes han estado, en cuya inteli-

gencia parece que el mayordomo estaba instruido, como se vió: pues dijo al criado que traia; estos que vienen son los que espero, y es el consultor del amo, si no me mienten las señas; adelántate y mírale pues lo conoces: hízolo así, siguiendo el mayordomo que casi allí llegó al mismo tiempo.

Muchas fueron las espresiones de gozo y alegria que manifestó al ver á Sancho, á quien dijo con palabras muy claras cuanto debia á sus altezas sus amos, por el cuidado con que le habian mandado su buen acogimiento y hospedage en el castillo, y las grandes prevenciones que se le hacian para que recibiese la investidura de su oficio, &c. Sancho respondió agradecido, no solo al mayordomo por el gozo que manifestaba, sino por anticiparle aquella noticia (que á la verdad consoló mucho al bachilller Carrasco) y que viviria siempre el mas reconocido á sus Altezas, á quienes deseaba servir y agradar, aunque conocia en su pequeñez el desempeño de su oferta; pero que fiaba en Dios le ayudaria, y tambien en el mayordomo, que le advertiria las faltas á que están sujetos los hombres todos. El mayordomo despachó al mozo que traia para conducirle los arreos de caza al castillo, con la noticia de estar ya en la jurisdicion de él el famoso Sancho Panza; y á mas separadamente recado á doña Rodriguez, para que se previniese á obedecer el mandato de los duques en todo, como habian quedado convenidos, y por menor le habia instruido de ceremonias en el recibimiento

CAPITULO VII.

En que se cuenta la llegada de Sancho, al castillo, el ridículo recibimiento que se le hizo, los admirables blasones que allí vió y tierna despedida de la dueña doña Rodriguez.

Sigue la historia el exactísimo Cide-Hamete con mejor puntualidad que ha tenido en lo que de ella nos dejó escrito: porque desde aquí manifiesta exactamente un pormenor de cosas sucedidas; que deben perpetuarse en la memoria manchega. Dice, que luego que llegó al castillo el criado despachado por el mayordomo, con la con la noticia de estar cerca de él Sancho Panza, dió punto toda la familia en sus encargos domésticos, y solo se pensó en fiesta y regocijo. Entró casi á media tarde en el castillo acompañado del mayordomo, del bachiller Sanson Carrasco, y seguido de muchas gentes que casualmente supieron la venida. No obstante de que habia suficiente luz para que subiesen la escalera, dispuso doña Rodriguez, encargada del cortejo de Sancho, de órden de los duques, que cuatro mozos en trage de pages saliesen con hachas hasta el portalon á conducirlo; iban for-

mados de dos en dos: y presidia esta comunidad la dueña doña Rodriguez, que como tal traía su vestido negro, tocas blancas, y calados los anteojos perdurables, que siempre usaba por la mucha cortedad de vista que tenia: el silencio y gravedad con que se caminaba en esta ceremonia, casi hiciera creer al bachiller, empezaban allí las burlas que él temia, si no se le divirtiera la imaginacion con otras cosas. La dueña con una desdentada risa dijo á Sancho haciéndole tres profundas reverencias: entregad señor, á doña Rodriguez vuestro asno, de que responderá siempre; pues le pertenece su depósito como guarda alcaidesa de este castillo, y no debeis ser menos en esto que el famoso Lanzarote cuando de Bretaña vino, que damas cuidaban de él, y dueñas del su rocino, segun nos lo canta la historia.

Yo os lo entrego, dueña y señora mia, respondió Sancho, y habiendo pasado de mano en mano, llegó hasta la de un palafrenero, que ya de oficio se habia entregado en los caballos del bachiller y mayordomo, á quien el criado se lo condujo para que entrase con toda autoridad, acompañando al nuevo consultor. Con esto el bachiller vió que nada tenia que temer, asegurado en aquellas ceremonias tan serviles, autorizadas y lucientes.

Subieron el mayordomo, el bachiller, los cuatro pages y doña Rodriguez, dando el brazo en la escalera á Sancho, cuya vista y paso cere-



monioso es digno de dibujarse en papel de marca, y conduciéndose todos por unas galerías á un salon bien adornado de espejos, arañas y primorosos reposteros con armas y blasones, dejaron allí al consultor, retirándose todos, menos el mayordomo, que preguntó á Sancho quien era aquel criado que con él venia, cuya cercanía continua á su persona, le hacia dudar del carácter con que le servia.

Sancho respondió: es mi secretario, hombre de toda confianza, hijo de mi pueblo, y muy servidor vuestro, cuyas espresiones repitió el mismo bachiller, haciendo una profunda cortesía al mayordomo, y ofreciendo su persona para cuanto quisiese mandarle. Yo, señor, os lo estimo muy mucho, dijo el mayordomo; y á la verdad no sabiendo yo tanta prevencion como el señor consultor trae, le habia elegido para este encargo un hijo de nuestro famosísimo médico doctor don Pedro Recio de Tirteafuera, que sirvió á su señoría tan á su satisfaccion en el gobierno de la ínsula Barataria. Quedó como suspenso Sancho cuando tal oyó; pero recobrado volvió al mayordomo del duque, y le dijo: no quiero quitar una de las mejores costumbres que hay en el mundo, y es que recaigan en útil de los hijos los méritos de los padres, porque con esta seguridad sirven bien; y así no es justo que el hijo del doctor don Pedro Recio quede sin acomodo en mi familia: mirad vos, señor, el que quereis darle, que yo desde luego lo confirmo; pero este que he nombrado mi secretario y traigo conocido, no puede dejar de serlo: mas, si como los méritos de los padres suelen tambien heredar los hijos sus inclinaciones y costumbres, la que tenia el doctor Pedro Recio de Tirteafuera, de contradecirme cuanto hablaba, no era buena, y si ha recaido en su hijo, en verdad que es opuesta á buena crianza: tengo muy presente la porfia que tuvo de ser pési

mas las perdices, atestiguando con el maldito aforismo de Hipócrates, siendo una cosa que ellos mismos usan, en desprecio del norte y luz de la medicina; pero dígame vd. ¿porqué el doctor Pedro Recio no ha aplicado á su hijo á su profesion, cuyo estilo debia observarse, porque ninguno enseñará mejor á los hijos que el padre, y los secretos que cada uno en su oficio ó arte adquiere, á quién mejor los puede fiar que á su propio hijo, con cuyo estilo no se enterrarían con muchos, como se esperimenta, que no fian á los discípulos temerosos de que se valgan de ellos en perjuicio de quien se lo fió? No dice la historia que respondiese nada el mayordomo, y sí que pasada esta conversacionse retiró, dejándolos solos en el cuarto, y previniendo le quedaba un page de guardia, para que le pidiese lo que necesitase hasta el siguiente dia, que de todo sería provisto, porque así el duque su señor lo habia mandado, y que cuando gustase pidiese la cena, que el mismo page le conduciría al cuarto donde tenia su cama y la de su secretario, que iba á mandar se pusiese en el retrete inmediato de aquel mismo salon, y Sancho dió gracias al mayordomo por su cuidado.

En esto entró, sigue Benengeli, el page de guardia con dos luces que puso sobre un bufete, y haciéndole cortesía, dijo: señor consultor del duque mi señor, yo estoy de guardia para asistir á V.S., con llamarme Juan Suelto, que así es mi nombre, hallará V. S. en mí un criado fiel y

puntual en todo. Yo os lo estimo, Juanico, dijo Sancho, dándole dos golpecitos en el hombro, y pues estais aquí para lo que se me ofrezca, ofréceseme que quedeis aquí para que os mande lo que pueda ofrecerse. Obedezco, respondió el page, pero si viene el mayordomo y no me halla en la antecámara, que es mi sitio, he de deber á V. S. le diga que así me lo ha mandado: está bien, dijo Sancho; mas quiero preguntaros, Juanico, pues sois de la casa, ¿qué significan estos figurones que están aquí bordados en estos paños encarnados y azules? Estos, señor, son los escudos de las armas de mis señores los duques, que están segun el órden de estados: los azules corresponden á la baronía de mi señor; y los encarnados á mi señora duquesa, en quien ha recaido la casa, Y ¿vos sabeis qué quiere decir cada cosa de estas, preguntó Sancho: señor, respondió el page, algo entiendo, porque he oido hablar mucho de estas pinturas á un rey de armas, que viene algunas veces á verlas, y suele copiar estas figuras que dice vá á poner á otros, que parece han de ser de esta familía. Pues si es así, decid, replicó Sancho, ¿este árbol con este perrazo atado, qué es? Si mal no me acuerdo, dijo el page, el árbol significa fortaleza, y el perro lealtad, y se lo dieron á esta casa por cierta hazaña que hizo un ascendiente de ella en tiempo del rey Recaredo I, segun dijo el otro rey que los miraba.

Bachiller, dijo Sancho, ¿os acordais donde habeis visto lo mismo pintado, el perro atado al árbol? No por cierto, no me acuerdo, respondió el bachiller. ¿No os acordais, dijo Sancho, de aquel cuadro del hidalgo Cerra, que llevan á una capilla de la iglesia el dia de finados y le encienden luces? Si, si señor, que ahora caigo en ello, y que el beneficiado se oponia á esta cosa como ridícula, respondió el bachiller. A lo que dijo el page, seguro es que el apellido Cerra no es de esta casa, y si aquella tiene perro, es menester ver si tiene como este su rabo entero; porque si le falta ya varía el blason, y no es todo uno. Es preciso saber mucho para distinguir esto, y poner la escudería como debe ser; pocos saben en este particular, sino los reyes de armas, quienes por su oficio deben tener en él un pleno conocimiento.

Decid, hijo mio, dijo Sancho, ¿quereis esesplicarme uno por uno estos, para que yo me imponga? Lo haré, señor, con mucho gusto hasta donde alcance; pero mañana entra de guardia un compañero mio, que entiende esas cosas á fondo; porque es hijo de uno que vive de escribir los certificados que dan los reyes de armas, y está impuesto como él solo. Sin embargo, tomó el page una caña de encender, y el bachiller una vela, y fueron mirando lo que se señalaba por el page, que empezó su esplicacion así.

Estos trofeos que contiene este escudo, son

blasones de la casa de Alvar Garro de Vicuña, su fundador, señor que fué de Pañades, Fuente la Mora, y otros territorios: es su cuartel en gefe, las cinco ojas de higuera, primera cubierta de Adán, de quien desciende por baronía, que aunque hay otros que las usan tambien, no es por esta causa, sino por haber hecho al pié de algun árbol de esta especie una ú otra hazaña, ó por habérselas dado por haber plantado alguno en sitio donde ejecutó algun hecho de armas, muerto algun valiente moro, ó por otras causas que no es posible su averiguacion en ningun tiempo.

Aquel segundo cuartel que tiene un monte y en su falda se mira aquella yerva como marchita, es del blason bien conocido del valeroso campeon Rui Ex-treñor, primer vizconde de santa Engracia y Pozo-Oscuro, que sirvió á don Sancho el I, y espuso su vida al pié de aquel monte por coger aquella yerva para forrage de sus caballos: diéronle por armas el mismo monte, y las yervas en campo rojo, por la sangre que pudo derramar en esta empresa.

Este otro que tiene este leon con el rabo sobre el lomo, es escudo sobresaliente de la casa de Ex-treñor, que usaba como su apellido, que era Ex-treñor Leonides, ó leon en donde hay Lides, como dicen algunos que de esa casa escribieron: él usó tambien de un leon en el pequeño escudo de bata'la, por ser conocido por Leonides; y aunque otros usan tambien del leon, es con la diferencia de no tener tan empinado el

rabo, ni tampoco tanta lengua de fuera, respecto de haber sido esto concedido á solo la casa de Ex-treñor Leonides.

Juanico, dijo Sancho, ¿qué historia es la que trae cuanto dices? que quisiera oirla, porque me tira la inclinacion de estas fechorías, por haberme hallado en batallas, y al lado de uno de los mas famosos y esforzados caballeros que las sustentaban, Señor, respondió el page, estas historias solo las tienen los reyes de armas, no están impresas, por que no habia imprenta cuando se hicieron, y ellos las guardan en su archivo de memoria, y las sacan, cuando las necesitan.

Está bien, dijo Sancho, dejemos esto y decid á fuera que quiero cenar y dormir, porque he madrugado estos dias, y en el presente he comido poco. Salió el page con el recado, é inmediatamente entraron cuatro sirvientes con lo necesario, y pusieron una mesa redonda con cuatro cubiertos, y á poco entraron doña Rodriguez y el mayordomo, quien lo habia así dispuesto: pusiéronse á cenar, y Sancho se halló mas que embarazado con el tenedor, instrumento maldito (como dice Benengeli) que manifiesta en su uso la crianza que ha tenido quien lo maneja: el bachiller parece se daba mejor maña, y todo lo notaba el mayordomo; sin duda, dice Benengeli, que el estudio en artes ó facultades debe ser útil para este manejo; pero no tiene Cide presente, que hay escritor estrangero que pu-

so su nombre en cifra en una obra utilísima que tituló en su idioma: «Uso del tenedor, con cuchillo «y sin él, para el lucimiento de todo hombre de «córte,» y que se halla traducida, aunque andan muy pocos ejemplares de la una y de la otra impresion, por haber sido escasa, y sacádose del reino para los de Africa, donde es apreciable por la mucha manía que tienen los mahometanos de comer con él.

El mayordomo lo reia todo interiormente, á lo cual dan lugar los que se sientan á comer en mesas cortesanas, como si lo hiciesen en las pastoriles; y como llevaba la voz, pidió á un criado un vaso de vino, que inmediatamente le presentó con su salvilla pequeña, tohalla al hombro, y demas que manda la ordenanza en este caso, y levantándose y volviéndose á sentar dijo: señores, por la salud de los duques nuestros amos. Sancho y el bachiller no impuestos en las ceremonias, ó porque el mayordomo estaba sentado, no dejaron de comer, y se estuvieron quietos; pero la dueña doña Rodriguez, al parecer mas culta en este rito, se levantó, dejó de comer, inclinó la cabeza, y estuvo así hasta que el mayordomo depositó la víctima en su cuerpo, en lo que tardó algo por haber sido crecida porcion, y ser ceremonia precisa consumirla íntegra, y aun en muchas mesas acostumbran tirar el vaso, com en señal de que no debe servir mas quien tuvo el honor de ser depósito de una cosa que sirvió á tanta ceremonia.

Aquí Benengeli, hombre ingénuo y nada instruido en estos ceremoniales, dice: ¡oh borracheras con pretestos de saludes! ¿qué obsequio ó que sacrificio es para quien se brinda el que otro beba vino ó agua? ¿de donde provendrá este tan raro estilo? Yo creo que la tal ceremonia tiene origen de los primeros israelitas, que por ceremonia de la ley se juntaban en determinados tiempos del año, siendo el primero en la luna menguante del mes en que brotan los árboles, y puestos en un campo que de un tiempo á otro se señalaba, se pasaba revista de la familia y descendencia de su baron principal: allí renovaban la alianza, que por ley debia haber, y el que hacía cabeza notaba el aumento ó disminucion de la familia; y si acaso alguno no concurria por enfermo, lo advertia al presidente de la asamblea, el que en señal de aprecio y de que vivia, brindaba y correspondia el inmediato, como dando las gracias por su buena voluntad y memoria; pero esto á la verdad nada tiene que ver con las mesas diarias donde hay este estilo tan sin fundamento.

Tristísimo estaba Sancho en la mesa, tal vez confuso de ver en ella tanta magnificencia, cuando la que dejaba no tenia sino escaseces, ó acaso seria por acordarse de su casa y familia; pero el mayordomo que lo advirtió, hizo señas á doña Rodriguez, que estaba prevenida, para segun ellas, mover conversaciones que sirviesen despues para diversion de sus amos; y co-

mo las dueñas entienden este alfabeto en todas partes, habló á Sancho diciendo: creo, señor Sancho, segun veo, que la tristeza que V. S. tiene y nos manifiesta su silencio, es sin duda porque echa menos la compañia de mi señora *Madama Panza* su esposa, que podrá ser se halle á esta hora durmiendo á pierna suelta. Señora mia, dijo Sancho ¿por qué vd. trata á Teresa mi muger como si fuera francesa, cuando es manchega, muger de tomo y lomo, y muy hacendosa en su casa? Si ella lo oyéra, yo aseguro á vd. que ya la tendríamos buena, porque sé que tendria á ofensa el que se la tratase de *Madama.*

Haria muy mal su Señoría, dijo doña Rodriguez, porque es estilo *Madamear* con el nombre del marido á todas las mugeres, no digo yo de la clase y estado presente de mi señora doña Teresa, sino aun de muy distintas circunstancias: basta solo estar destinado en cualquier empleo público, para que se les *Madamee* sin reparo: el cocinero de casa por esta causa, oye sin que se ofenda, que se llame á su muger, que casi es sexagenaria, *Madama Pringót*, porque él se dice *Monsieur Pringót de la Rua*, y fué hostelero, que como empleo público tiene estos gages.

Mal estoy, dijo Sancho, con estas distinciones y estilos, la madamería caeria bien en las mugeres de superior clase; pero en una batera, cocinera y otras así, me parece impropio y mal estilo: ya veo que en esto de tratar las gentes hay tambien modas: á mí me dán por moda se-

ñoría, y yo la recibo porque es moda admitirla quien no la tiene, como he oido decír muchas veces, y que es preciso seguir la moda, para no ser despreciado por los que se llaman hombres de córte.

V. S. es V. S., dijo doña Rodriguez, y quien á V. S. no dijese V. S., no sabrá cual es su V. S. derecha, á mas que los amos nuestros, los señores duques lo tienen mandado así en su casa, y cada uno en ella manda lo que quiere, estilo comun en todas partes.

En estas pláticas se concluyó la cena, segun el diario que el mayordomo llevaba para los duques de lo que ocurria, y habiéndose retirado todos para que pasase Sancho, y su convecino y secretario Sanson Carrasco á descansar y dormir, fué alumbrado por un page, que condujo á su dormitorio las dos luces que llevaba, donde parece durmió tan bellamente el electo consultor Sancho Panza.

A la mañana del siguiente dia, puso el mayordomo personalmente sobre uno de los bufetes que habia en el dormitorio de Sancho, un decente surtido de ropa blanca, y otras cosas para su adorno, que en nombre de los duques le presentó, y despues de haberle preguntado si habia descansado, le leyó la siguiente carta, que acaba de recibir de los duques, respuesta de la del aviso de su llegada al castillo.

«A vos nuestro secretario de cámara y ma-



«yordomo del gobierno de nuestra casa y de ese «castillo: Los graves negocios que han ocurrido «con motivo de la residencia y visita de mis pue- «blos, no permite mas descanso á nuestro con- «sultor Sancho, y así dispondréis que luego, lue- «go, se ponga en camino para este nuestro pala- «cio, á fin de que tomando en él, con las debi- «das ceremonias, la investidura correspondiente «pueda empezar á servirnos; y me dareis aviso «de la hora en que sale.—El Duque.

Leida la carta, dijo Sancho: señor secretario mayordomo, yo no tengo otra voluntad que la de SS. AA. á quienes tanto debo: en vos está el

disponer la marcha cuando gustáseis, porque ya deseo verme á los pies de sus grandezas, y desde ellos oir lo que me mandan para obedecerlos. Así se hará, respondió el mayordomo, y esta tarde, despues de comer, pues está tan cerca, haremos todo el camino.

Con efecto, habiendo comido Sancho con los mismos que cenó, en cuya mesa nada parece que hubo que se notase (sino que distraido Sancho se levantó de ella con la servilleta puesta, y estuvo con ella un gran rato, hasta que doña Rodriguez se la quitó, diciendo: ya está demas este babero, señor consultor) se dispuso la cabalgata mas ostentosa y lucida que vieron los campos manchegos, segun lo dicen sus anales.

Iba Sancho sobre el Rucio aderezado y compuesto por mano de doña Rodriguez, que lo llenó de cintas y borlones, y á mas le puso en la frente una punta que dicen es contra el mal de ojo. Seguíase el mayordomo del duque en un famoso caballo, con rico aderezo, y otro de mano que conducia un palafrenero. El bachiller oprimia los lomos del suyo, pero sin otro adorno que el que habia traido de su pueblo. Detras iba el comboy, compuesto de cuatro acémilas, que conducian algunas cosas desde el castillo al palacio, y tal vez llevarian algunas prevenciones para la funcion de la jura, y posesion de la plaza, porque como iban tapados con reposteros, y bajo de ellos baules y grandes lios, no era facil

averiguar su contenido; y para el cuidado de estas y demas cabalgaduras, iban cuatro mozos de cuadra con sus libreas, de modo, que hacian una vistosa marcha, y mas que autorizada comitiva.

No pudo contener las lágrimas doña Rodriguez, cuando al pié de la escalera entregó á Sancho su jumento, y en cuyo sitio lo recibió á su llegada, y despidiéndose de él con mas que evidentes señales de cariño, sacó de su seno unos hermosos y cristalinos anteojos que usaba en los dias de lucimiento público, y poniéndolos en las manos de Sancho, dijo: admitid, señor, esta señal de mi memoria, que pues ya con la vuestra, cuanto mis ojos mirasen serán fantasmas y vestiglos, ¿para qué quiero yo ya estos cristales? tomadlos, y mirad con ellos sin sospecha alguna, que como han sido de una desgraciada dueña, solo os manifestarán desengaños, y nunca os harán ver otra cosa: usádlos, porque en vuestro oficio se necesitan, porque suelen perturbarse las vistas muchas veces: acordáos de mí para mandarme, y tener presente no mi edad, ni mis achaques, sino que tambien las dueñas aman á quien quieren; id con Dios, y pedidle sosiegue mi corazon de tanta pena: y si oyéseis decir que doña Rodriguez murió; no pregunteis la causa; y apartándose sin poder decir mas, porque el mayordomo lo llamaba viendo su tardanza, llegó ayudado el asno de un aguijon con que lo animaba un mozo de los cuatro, y se incorporó con los

demas caminantes que marchaban al palacio-castillo de los duques, adonde en una mula de paso, habia despachado un mozo el secretario con aviso de que habia de dormir en él aquella noche, el consultor Sancho.

CAPITULO VIII.

Pasa Sancho al palacio de la residencia de los duques, y toma posesion de la consultoria, con el mas estraño y rigoroso ceremonial que se ha visto.

Luego que llegó el aviso al castillo-palacio, se puso toda la familia en movimiento, y aun hay antor que dice, que hasta el mismo duque y la duquesa entraban en ciertas piezas donde disponian las cosas de la toma de posesion, para que estuviese todo prevenido, y se ensayasen los respectivos papeles, de modo, que se hiciese con todo lucimiento. No parece que durante el corto camino hubiese ocurrido cosa digna de contar, porque Benengeli sigue diciendo: inmediatamente que avistaron desde el palacio la comitiva de Sancho, se coronaron de gentes las almenas y balcones, á ver llegar tan lucido acompañamiento, y atropelladamente se pusieron despues en las galerias ó corredores por donde habia de pasar. Apeóse en la principal escalera, donde estaban cuatro pages esperándolo, y al notar Sancho tanto ruido y tan crecido número

de gentes, dijo al bachiller en voz baja: ¿no veis qué alegria hay en esta casa? Ya la noto, respondió el bachiller, y no sé por qué algunos gustan poco de pisarlas: el mundo todo está lleno de aprensiones, y así nos lo dice la esperiencia.

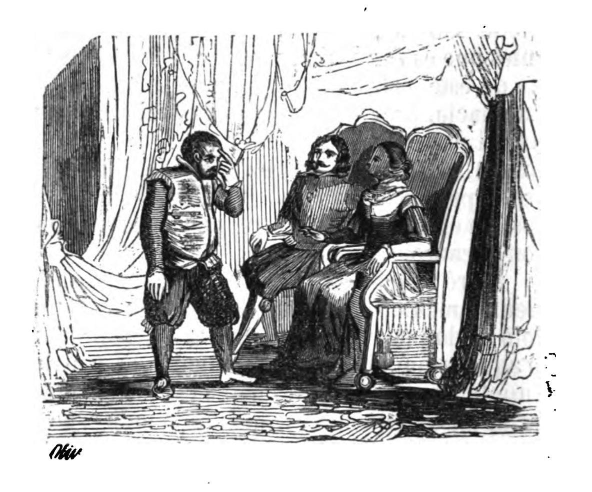
No pudo mas la duquesa esperar á ver á Sancho: salió al encuentro á todos ellos, siguiola el duque viendo que caminaba tan veloz á la escalera, y habiendo subido esta Sancho, y hallado á los duques que estaban al primer tránsito, se hincó de hinojos ante la duquesa, y asiéndola la mano, la dijo: señora, aquí está Sancho criado de VV. AA., que solo viene á serviros: seais bien venido, respondió la duquesa: levantad Sancho, dijo el duque, y besad la mano á la duquesa, á quien debeis el volvernos á ver. ¿Qué no deberé yo á tan alta señora, respondió Sancho, besándola la mano, si es entre las duquesas la mayor del mundo? ¡dichoso yo que puedo llamarme su criado! Ola Sancho, ¿qué tambien vos sabeis espresiones de córte? mas en vuestra boca ya veo no tienen recelo de adulacion, ni de mentira. Señor, no la acostumbro, dijo Sancho, y V. A. mire bien que desde mi poca fortuna he pasado á dichoso, solo porque VV. AA. me han nombrado por su criado, que es mi dicha presente. Decis bien, Sancho, dijo el duque, id al cuarto que se os tiene prevenido, y quitáos esas botas, que ya os dirán cual es esos pages, y entrad despues al cuarto


OLIBEROS

de la duquesa, que tiene mucho deseo de hablaros. Así lo haré, respondió Sancho; y retirados los duques, se entró Sancho en un cuarto, donde se quitó las botas, botines, ó polainas que llevaba puestas, cuya especie de cual era no puede saberse, porque Benengeli dice borceguíes que es voz árabe, y comprende toda especie de este calzado de camino; pero mientras esto hacia, preguntó Sancho al bachiller si usaria del paso que le enseñó don Aniceto, ó del comun, y parece que el bachiller le dijo: siempre el paso sentado en un personage como sois vos, es el mas propio, otro cualquiera no dice con el cargo.

Entró Sancho en el cuarto de la duquesa inmediatamente, donde tambien estaba esperándolo el duque, y la primera cosa que le preguntó aquella fué, de qué habia muerto su amo don Quijote, cuya muerte les habia cogido sin esperarla, ¿A quién coge esa maldita que la espere? respondió Sancho; ella es la mas mala y fea persona que hay en el mundo: señora, no quisiera decirlo, que al fin lo serví, y comí su pan, y mas vale callar que mal hablar, y mas de los muertos. No obstante, Sancho, aquí estamos solos, dijo el duque, la duquesa os lo pregunta y no es justo paguéis así á quien tanto debeis. Señor, yo haré lo que S. A. me manda; y mirando á uno y otro lado, por si alguno mas lo oia, con una voz como medrosa prosiguió. Mi amo y señor don Quijote se murió porque quiso;

y murió loco, aunque alguno afirma lo contrario. ¿Qué dices, Sancho, dijo la duquesa, esplícame eso que no entiendo? Digo, pues, señora



de mi alma, que murió loco, y porque quiso, repitió Sancho, porque murió diciendo, que no era don Quijote, sino Alonso Quijano, que estaba arrepentido de sus locuras, y de haber gastado el tiempo, dando que reir á las gentes; y el señor cura (Dios se lo pague) iba con la corriente, y todo esto era (pero en boca cerrada no entran moscas: mal haya la codicia, y mas

en gente de iglesia) porque no lo lleváran á curar á Toledo, como decian debió hacerse, porque si allí moria perdia los derechos del entierro, por eso se murió; ya veo qne el pobre señor vive con los muertos, y con los recien nacidos; pero bastábale ser su amigo, y mas valia que el señor cura mirase otras cosas, y no que el sacristan, el dia que hay muerto, entra y sale tan risueño en la iglesia y casa del finado, que parece que se lo han de quitar, y llevarlo á enterrar á otra parte; y el señor cura lo mira y calla, porque lo que la loba hace al lobo le place. Sancho, dijo el duque: ¿y porque dices que murió porque quiso? Señor porque así fué, ¿quién le metió á mi amo en querer sustentar en campo de batalla, que la belleza de la señora Aldonza Lorenzo (para él Dulcinea del Toboso) era la única y con quien ninguna otra fermosura compararse podia? Una muger tal como ella, que ni le habló, ni lo quiso, y Dios es Dios, que habia de hacer por que lo quisiera, venciendo gigantes, con otras cosas, y aun hasta mi pobre cuerpo queria pagase la tontería de su desencanto; y para que mas claro lo vean vuestras grandezas, sepan que esta muger sin ningun agradecimiento, ni un mal recado de cortesía, envió á la sobrina, ni á el ama euando murió mi señor. ¿Yo me habia de morir por quien por mí no se mata? patarata: no señor, harto tonto seria yo si tal hiciese, Y mas que si el sábio Merlin la tenia encantada, ¿qué sabemos por qué causa se-

ria? No dejaria de tener alguna, porque si nó ¿cómo un señor mayor lleno de canas, y casi con un pié en la sepultura, era posible hiciese sin causa este desaguisado? El buen francés tendría motivo para ello, pues lo hizo, y á esto debemos de estar, y su alma en su palma, si no la tuvo.

Decid, Sancho, dijo el duque, ¿y vos venis contento á ser mi consultor? Si señor, respondió Sancho, ¿por qué no he de venir contento á servir á un señor que tanta merced me hace. Podías, dijo el duque, venir sin gana, y como por el qué dirán, porque ello es un encargo peligroso; pues vos habeis de responder á Dios sobre vuestra alma si me aconsejais mal: yo os traigo para que me aconsejeis bien, y por esto os doy mi salario, y así será siempre vuestra la responsabilidad á Dios, y al mundo, porque habeis de proceder sin pasion aunque sea contra mí: mirad á lo que venis, y cual es vuestro encargo: mirad lo que ofreceis, y que para mas cargo habeis de jurar lo dicho. Y la duquesa prosiguió: en esa conformidad, prevenios para el juramento y posesion; pero miradlo bien primero, porque despues no hay arbitrio para no cumplir lo jurado: hasta mañana teneis de término, pensadlo bien é idos á descansar.

Así lo hicieron todos, durmiendo muy á placer (despues de haber tomado una buena refraccion entre graciosas y gustosas pláticas) hasta que la siguiente aurora se mostró mas her-

mosa y apacible que nunca, entre una confusion de trinados y gorgeos, con que los inquietos é inocentes pajarillos parece anunciaban el júbilo que habia de reinar en el palacio ducal.

Luego que fué hora competente, mandaron llamar los duques ante su presencia á Sancho, el cual acudió puntualmente, y habiéndole preguntado el duqne si estaba en jurar su nuevo empleo, respondió: señor, yo lo ofrezco como todos lo ofrecen. Pues duque, dijo la duquesa, ya Sancho ha jurado su plaza; mandad que le den la posesion y el trage, que deseo verlo con él, si vos gustais de ello. Llamó el duque á su mayordomo secretario (dice la historia) y le dijo: ¿está todo dispuesto para dar la posesion á Sancho? Si señor, todo está prevenido, respondió. Pues conducidle al salon de la audiencia, para que en el tome la posesion. Con esta órden del duque acompañaron en ceremonia el mayordomo, y dos pages á Sancho al prevenido salon, en donde hallaron un crecido número de concurrentes que esperaban ver tan lucido y ostentoso acto, entre los cuales estaba en distinguido lugar el bachiller Sanson Carrasco, admirando tanto aparato. Aquí hace punto Cide-Hamete, y dice por una llamada al márgen; que el bachiller tenia en su imaginacion varias ideas, porque unas veces todas aquellas cosas le parecian burla y pasatiempo de los duques, y otras las confirmaba reales y verdaderas, por los crecidos gastos, y formalidad con

que se hacian. Que tal vez se le vino á la memoria, ¿cómo era posible que aquellos señores habiendo tan poco tiempo que habia estado en su castillo, y contándoles la batalla en que rindió, y sujetó á cumplir las condiciones de ella al valeroso don Quijote, no se le diesen por entendidos? Pero todas estas dudas, dice, las absolvia con la poca atencion con que los señores pasan la vista por los que no lo son; ademas que la mudanza de trage, y alguna otra circunstancia que él no penetraba, podia ser causa para el olvido ó disimulo, que esto no difine cual fuese; y sigue su puntualísima historia diciendo.

Estaba el salon cubierto de una rica colgadura de colorcarmesí con galon finísimo, y resplandeciente de oro: habia en medio una hermosa araña de cristal, con bastante número de velas, hácia el frente se elevaba un alto tarimon donde se divisaba una silla de brazos forrada en carmesí, segun la colgadura de la sala, y junto á esta con mas elevacion, habia un régio dosel de damasco verde y galon de plata, en que estaban dos sillones magníficos iguales al dosel, para asiento de los duques, en medio del salon habia un circo de barandillas con unos escaños cubiertos de unos tapetes, que eran asientos de la justicia del pueblo, como las barandillas, sitio para ver y oir la familia ducal, y convidados.

Entraron los duques primero, ocupando sus sillones, y el secretario mayordomo detuvo á Sancho al entrar en el salon, hasta que se

sentasen, y habiéndose hecho, y luego por el duque la seña de empezar, el mayordomo tomó á Sancho de la mano, y puesto en medio, dijo: *Evad Consultor del Duque mi Señor*, y le puso en sus manos un pliego, y se retiró, detras de las sillas de los duques. Y habiéndose este llegado tocó una campanilla de plata, y al oirla entraron cuatro pages, y uno como maestro de ceremonias, el cual traia vestido un ropon amarillo cubierto de galones, una muy crecida y blanca barba, y ceñida la cabeza con un cendal al estilo africano. Llegóse á Sancho, y lo miró despacio de arriba á bajo, y aun lo desabrochó unos botones de la ropa talar con que venia vestido, tomóle el papel de la mano, y lo leyó, miró al cielo, hizo sobre sí la señal de la cruz dos veces, volvió á mirar al cielo, pero mesándose su luenga y hermosa barba, con lo que hacia el personage mas magestuoso y serio que habian visto los nacidos.

A todo esto estaba Sancho tan atento como confuso sin saber lo que le sucedia; pero no esperando ningun daño, sino creyendo firmemente eran precisas ceremonias de aquel caso. Los pages estaban puestos al rededor del tal personage como en señal de sus sirvientes, vestidos con los trages de la casa, y como decir se suele en trage de gala.

Acabada esta ceremonia, entró otro personage vestido de ropa talar blanca, y una mas dilatada barba; pero negra, que con el crecido y

negro pelo le hacia respetoso, igual que temido y venerable: este miró á Sancho mas despacio y le levantó algo la cabeza, porque la confusion y el silencio se la tenia como caida, subió al dosel de los duques, y antes de llegar hizo una profunda reverencia, y acercándose como para preguntar, así lo hizo, y bajando y repitiendo la reverencia á ellos, se llegó á Sancho, y dijo en voz alta: ¿quién es Sancho? y el maestro de ceremonias respondió: este es Sancho.

Sancho, dijo el de la negra barba, ¿habeis jurado la plaza? El maestro de ceremonias dijo: decid que sí, y asi lo respondió Sancho, que ya tenia cara de estar medroso. ¿Ofreceis, Sancho, á la justicia á quien yo represento ser buen consultor, limpio, desinteresado, y leal al rey nuestro, suprema justicia de la tierra? Si ofrezco, respondió Sancho, porque así se lo previno el maestro de ceremonias; pero como Sancho respondiese esto como trémulo, y en voz baja, el que hacia la justicia con voz grave y alta, dijo, hombre sin espíritu, tiemblas de ofrecer lo que debes cumplir, si así lo has de cumplir, como lo ofreces, dílo, y si no dí la verdad, que menos malo es que tú lo digas que el que otro despues advierta que no cumples lo que ofreces; responde, Sancho, á la justicia que te pregunta. El maestro de ceremonias dijo, Sancho, en todo caso dí, yo conozco mi flaqueza: así lo respondió Sancho, y entonces el que hacia de justicia, dijo: pues dijiste la verdad *accipe vestem*; y tomando un ropon carme-

sí con una gorra azul de borla verde se la vistió á Sancho. Sonaron al acto de ponerle el ropon y la gorra (que uno y otro tenian cubierto los pages con un tafetan sobre una muy grande bandeja) un crecido número de instrumentos músicos, porque el duque traia junto á sí su bien pagada orquesta, que siempre fué distinguida en aquel tiempo de otras muchas; cuya sonata recordó á nuestro gran Sancho Panza, el asalto de la ínsula Barataria, en que se oyó igual á esta otra.

Acabóse esto, y entraron otros dos personages, no tan bien ataviados, ni tan barbados, pues sus ropas talares eran menos lucidas y mas usadas, y de un color como leonado; traian sendos incensarios, en los que poniendo buena porcion de incienso, incensaron á Sancho, y para que recibiese el sahumerio con mas comodidad le tenian asidas ambas manos, cada uno la suya, el maestro de ceremonias, y el que representaba la justicia; pero Sancho sofocado del humo, y de la investidura tan ceremoniosa, dijo: señores, no puedo tolerar este incienso, y el maestro de ceremonias respondió: esto es propio de este trage, pero ya se retirarán; y asi lo hicieron, quedando el salon de modo, que el duque mandó se abriesen unas ventanas como se hizo: inmediatamente despues de los incensarios, entraron dos doncellas de la duquesa con una concha de plata con agua la una y la otra con una tohalla que traia sobre una bandeja, y asiendo

las manos al bueno de Sancho, se las labaron, y despues limpiaron; y antes que esto se concluye se entraron dos dueñas á quienes alumbraban dos pages con dos hachas, y tomándole cada una de ellas una mano, le cortaron las uñas, alumbrando con todo cuidado los pages, prevencion estraña, y ceremonia rara (dice Benengeli), digna por cierto de que se usase en los climas mas remotos.

Acabadas estas exactas y dilatadas ceremonias, el maestro de ellas llevó de la mano, y mandó sentar en el sillon al recien posesionado, y saliendo todos los personages por el órden que habian entrado, dió fin la posesion de la consultoría del gran Sancho Panza, que pudo bien haberle dado de su vida, segun lo atosigado que se vió por el mucho humo, y ostentoso aparato con que se celebró.

CAPITULO IX.

Cuéntase el grave y magestuoso razonamiento que la academia de la Argamasilla dijo en loor de Sancho, y otras cosas dignas de tenerse en memoria.

Los duques con el mayordomo, enviaron la enhorabuena á Sancho, y que le preguntasen si queria tomar algunos bizcochos y vino, ó que le trajesen chocolate, porque era preciso é indispensable, siguiese la audiencia para un pleito en apelacion que se habia de ver, y tambien por que habia llegado casi en posta un enviado académico de la Argamasilla, á darle la enhorabuena, y era preciso resolver lo uno y oir lo otro, sin salir de la sala, ni desbaratar la ceremonia, particularmente para la academia que era muy resentida de todo, y que el personage parece venia indispuesto, y no era cosa de detenerlo, y mas no habiendo alojamiento decente que darle; y así que dijese lo que queria.

Sancho envió á decir al duque estaba el mas agradecido á sus finezas; que pues lo permitian, que tomaría un poco de vino y pan ó biz-

cochos, porque se hallaba del todo desfallecido, y casi atolondrado con el humo de los incensarios.

Oida esta respuesta, se mandó despejar la sala, en la que solo quedaron los duques, Sancho, el mayordomo y un page: le entraron vino y bizcochos con bastante abundancia, y Sancho sin cortedad y con llaneza hizo su deber, y despues de finalizado este acto, se volvió á su sillon, las ventanas se cerraron como disipado el humo, entró toda la familia que quiso, y con ella el bachiller Sanson Carrasco, que admiraba todo el ceremonial ; ocupó la justicia del pueblo su banco prevenido y siguió la audiencia, empezando por la enhorabuena de la academia.



Entró representando esta un anciano personage, cubierto de un manto y sotana negra, senda melena blanca, anteojos con su cordon á las orejas, sombrero grande, y una muleta de sostenerse, bien que para conducirlo venian dos gentiles-hombres, uno á cada lado. Hizo en medio de la sala una reverencia á los duques, y al nuevo consultor un besamanos muy cumplido; y tomando un banquillo que se le tenia dispuesto, empezó así la oracion de su embajada, en nombre de la insigne academia argamasillesca.

«Señor: La academia de la Argamasilla, conocida en las partes mas distantes de la Europa y de la América, por el elogio que hizo de V. S., del incomparable don Quijote de la Mancha, y de la sin par Dulcinea del Toboso, que es el fin del escrito del esclarecido moro Cide-Hamete Benengeli: es la misma que con admiracion y gozo se acerca por mí llena de respeto y amor á los pies de la alta silla que á la vista ocupa V. S. por su gran merecimiento.

«Permita V. S. á esta junta de patriotas suyos, y alumnos del dios de la alegria, que refieran aquí por mí los hechos con que V. S. ha lucido en estos horizontes, no para aplaudirlos solamente, sino para ponerlos, no en mármoles ni bronces como debian, y no hacen por sus cortos medios, sino en papel batido y cortado, que tambien en él se ponen las hazañas grandes, que como las de V. S. han de dar ejemplo á los futuros siglos.

«No tendrá la academia aquel digno estilo de pintar los héroes que celebra, como debian ser, solo los pinta y los traslada con la pluma al papel como ellos fueron, sin usar de las tintas de la lisonja, ni de la adulacion, porque las plumas que con ella corren, mas ofenden que alaban.

«La academia de la Argamasilla ha usado siempre de la verdad desnuda, procurando no vestirla con ropages que la desfiguren: de este modo piensa (y piensa bien) la academia: con este, para ella tan plausible motivo, de ver á V. S. elevado, y revestido del pomposo trage que le adorna, y dice bien con la decoracion suya, atrae á la memoria el como se han premiado los que fueron útiles al estado y á la patria.

«Honró V. S. á la suya y territorio nuestro con su nombre, y en todas partes donde se halla la singular historia de nuestro académico honorario y patriota el *Caballero de los Leones*, se halla mas repetido que el de Alejandro de Macedonia, el de Sancho Panza.

»Honróla V. S. tambien como sus hazañas y con sus discursos: cuando nos pinta V. S. el moro Benengeli (á cuya sola pluma destinó la fortuna tanta gloria) defendiendo la ínsula Barataria en el asalto de sus contrarios: ¿no nos pinta un retrato del valeroso Aquiles, fiando á la punta de su lanza como V. S. fió á la suya el castigo de sus enemigos?

«Si la academia, señor, le compara con aquel, lo hace con bastante diferencia, por que mira á

V. S. para la defensa, solo cubierto de la endeblez de un pavés de dos simples tablas, al tiempo que registra á Aquiles en sus lides, asido á su fuerte escudo, cubierta de hierro la cabeza, y forrado de acero todo el cuerpo.

«No menos honró V. S. á su patria con sus discursos, que con hazañas: píntanos á V. S. el mismo Benengeli, gobernando la ínsula Barataria, de modo, que no se podria pintar mejor á Solon griego, dando leyes y sábias providencias para desterrar la ignorancia de los hombres, y acercar mas y mas el conocimiento para el trato humano: díganlo las que V. S. dió para la fingida muger forzada, las del perjuro de la caña hueca, y otras que hicieron temible su penetracion. Pero así como la academia halló en V. S. ventaja al valeroso Aquiles, la halla tambien mayor al sábio griego.

«A este le pagaban los pueblos la enseñanza; pero á V. S., como la fama dice, que todo lo pregona, ¿quién pagó estipendio ni ofreció salario en pago de sus desvelos y enseñanza, como á los demas gobernadores? Nádie pagó á V. S. ni tampoco tuvo como el sábio Solon otros doctos griegos que le ayudasen en la empresa: con que la academia sin el recelo de que la titulen lisongera, dice que V. S. fué mas esforzado que Aquiles, y mas distinguido en el mandar que el sábio griego. Así dice, y celebra la academia.»

Calló el anciano académico; y como Sancho nada decia, prosiguió: señor, ¿qué responderé

á la academia que me envia? Sancho callaba (dice la historia) en cuya vista, dijo el mismo académico: hablad, *Solon manchego*. Levantóse Sancho, y haciendo una profunda reverencia á los duques, dijo, decid buen hombre á la academia que os cuide mucho, que estais muy viejo, que estimo lo que en su nombre me habeis mentido, y que le pida á Dios que sea como decis que soy.

Retiróse el académico sostenido de su muleta y los gentiles hombres, con la misma torpeza que entró, haciendo antes á los duques una reverencia, y un besamanos á Sancho; pero al salir el académico de la sala, tocó el duque una campanilla, por medio de un cordon que tenia pendiente junto á su asiento, y al instante se oyeron unas voces fuera de ella que decian: *Audiencia pública de apelacion*, que repitió tres veces el portero que las daba.

Entró por la puerta un hombre mozo, decentemente vestido, y con mucho desenfado, dijo: señor, aquí estoy en grado de apelacion, de la sentencia dada contra mí por la justicia que está presente, y levantándose uno de los alcaldes dijo: señor, esta es la causa de don Lázaro Tramoyas, á quien se le ha mandado salir del pueblo, desterrado, la causa es esta, y alargó un escrito al secretario, que leido decia: señor, don Lorenzo Tramoyas por cuyo nombre se conoce en este pueblo, y es forastero, tiene una renta limitadísima, cuyo importe se halla averiguado

no puede mantenerlo un mes, del modo que mantiene la casa sin incluir los gastos de adorno de su muger, funciones, bailes, etc. Debe á las tiendas y artesanos algo de lo que gasta; pero se ignora de donde sale el resto: su mal ejemplo en esto, ha viciado muchos vecinos, que por emulacion y no parecer menos, se hallan empeñados: dice que lo hace con su industria, ¿pero se sabe cual sea? Ni la justicia puede saberla; por esta causa, y para que no estienda este oculto modo de adquirirlo, se le manda salga de este pueblo. Vos, señor, como justicia principal de él, determinareis esta causa.

El duque preguntó: ¿don Lázaro, es verdad lo que la justicia dice de vuestra renta y gasto? Es así, señor, respondió Tramoyas, pero ninguno se queja de mí, y no haciéndolo, la justicia no es parte para quitarme mi industria. Visto, dijo el duque: ¿Sancho, qué debe resolverse? Levantóse Sancho, y haciendo á los duques el debido acatamiento, dijo: la justicia, señor, es siempre parte por su oficio para quitar perjuicios al pueblo, este lo es por el mal ejemplo que otros han empezado á imitar, y el daño del mal ejemplo es superior á todo daño. Don Lázaro debe ser arrestado, obligándole á que manifieste esa industria en el término de cuatro dias (por escrito) á cuyo fin la justicia le dará en la cárcel papel y tinta á costa de los propios; y si pasados no lo hiciese, sea remitido á uno de los presidios de S. M, donde esté hasta que lo ejecute,

y la justicia en la primera audiencia presente el escrito de la industria ó testimonio de haberse cumplido la segunda providencia, que así lo juzgo se debe mandar por S. A. *Confírmolo*, dijo el duque, y despejad. Con lo que se concluyó la audiencia, porque los duques conocieron que Sancho estaría cansado, pues elloslo estaban de tan larga funcion.

Sigue la historia diciendo: que retirados los duques á su cuarto, y Sancho con el bachiller al suyo, donde les esperaba la mesa, le dijo Sancho al bachiller: ¿quéos parece, Carrasco, de lo que habeis visto? señor, respondió Sanson, como que no lo creyera, si me lo hubiesen contado. Paréceme bachiller, dijo Sancho, que hubo algunas ceremonias que podian haberse escusado. Señor, respondió el bachiller, ¿quién sabe el rito propio de estas funciones? Lo que á V. S. pareció de mas, seria tal vez muy preciso. ¡Ola! señor bachiller! ¿que eseso de señoría estando solos, no os he dicho que me habeis de tratar en secreto como amigo, porque aunque me veo en este estado, me acuerdo del consejo del señor cura, de nunca olvidar el que tuve, para no ser soberbio? El incienso me atolondró la cabeza, y el personage que junto á mí estaba, me dijo que era propio del trage; pero yo no sé que tenga que ver lo uno con lo otro. Ello es seguro, dijo el bachiller, que muchos gustan del incienso, particularmente los que tienen las cabezas endebles. Yo estuve con mucho gusto oyendo al

académico; ¡pero qué bien le respondísteis! Bachiller, dijo Sancho, la verdad le dije, porque en público y en secreto debe decirse siempre; ¿cómo que me queria hacer creer que era valiente y sábio? ¡Cómo se pintan las cosas, bachiller, cuando se quiere! Estas enhorabuenas, las dedicatorias y elogios, que suelen hacer y darse, está al arte de la composicion en que la mentira parezca verdad; pero siempre se distingue esta dela mentira. Respondió el bachiller prosiguiendo: lo que me pareció mejor fuélo de aquel Tramoyas. De eso, bachiller, hay que darle gracias al señor cura, quepredicando un dia decia, que la justicia debia perseguir á esos industriosos, que suelen ser tahures, ladrones ú otras cosas; yo me acordé de ello, y me vino de perlas para el caso, pero no creo que pueda él cumplir lo que se le ha mandado.

Mientras estas cosas pasaban con Sancho, entre los duques, hubo otras iguales, ó casi parecidas: porque le dijo la duquesa al duque: señor, he estado divertidísima en la posesion de Sancho, y sus ceremonias, que todo parecia verdad: no hay duda que el mayordomo tiene idea para estas composiciones; pero estuvo algo picante el lavado de manos, y cortadura de las uñas. Fué muy del caso, respondió el duque, porque don Roque, juez de apelaciones, consultor nuestro, que ha dado en llamarse consejero, es algo puerquecillo de manos, él tomó el papel de maestro de ceremonias, y el mayordo-

mo vió la suya para decírselo claramente, porque está mal con él, á causa de recibir regalos por las sentencias; yo supe la especie, y no me dí por entendido de ello; y á la verdad que si él y su padre no fuesen criados tan antiguos, ya me hubiera deshecho de él; pero es menester disimular algunos defectos, porque es honor nuestro tener criados antiguos. Duque, ¿quién era aquel viejo académico, que no conocí porque tenia tan desfigurada voz y persona? don Roque, respondió el duque, tenia primero este papel, y se lo dió á don Anselmo, porque tiene vanidad de hacer esas composiciones, que es orígen de los disgustos con el mayordomo, que le titula palabrotas, y como él habla tan mal de la academia de la Argamasilla, dispuso que de ella tambien hubiese este paso de su parte, y enhorabuena á Sancho, quien le respondió como yo no esperaba; pero él lisamente dijo la verdad; es cierto que la adulacion y la lisonja, la conoce el mas apasionado de sí, solo que suelen no hallar voces para darse por entendidos de las mentiras que oyen en sus alabanzas, esta es flaqueza humana, que no tuvo Sancho, porque la verdad se suele manifestar cuando menos se piensa, y por la boca, al parecer mas distante de decirla.

Es menester, dijo la duquesa, que siga con Sancho el hacerle creer que es consultor nuestro, porque me divierto con él mucho, y yo no tengo duda en que él se lo ha creido, segun se presenta y habla, y sin mas ni menos su secreta

rio el caballero de la Blanca luna: con quien es menester un tanto mas de disimulo, porque parece algo socarron, y sintiera que tropezase con él ó con Sancho, nuestro eclesiástico su contrario, y le dijese que lo engañan. Yo os daré gusto en ello, dijo el duque, le advertiré me le dará, en no introducirse en el asunto; pero ahora, segun me ha dicho el mayordomo, está ocupado haciendo un sermon de encargo para un su amigo, que lo ha de predicar en la funcion de Animas, del pueblo donde os traen las flores; y por lo que me han informado creo se ha de volver loco con él, porque quieren traer y poner por circunstancia del dia de la fiesta de Animas, una campana nueva que se ha estrenado, y el salir á misa de parida la muger del mayordomo, que hace la fiesta, y no halla modo de introducir esta verdaderamente ridiculez, y si no lo hace, parece no le pagan el trabajo, motivo porque solo piensa en buscar y hojear libros, y no en las cosas de Sancho, bien que sériamente le diré que gusto de ello, y que no os dé que sentir, introduciéndose en el caso.

En este tiempo los pueblos del duque, viéndolo de visita en ellos, y oyendo habia nombrado un consultor nuevo, á quien habian hecho una funcion de recibo, muy magnífica, se animaron á representar algunas cosas que debian remediar por su residencia. Y aunque Benengeli no pone por menor las que eran, ni si fué por escrito, ó legacía la súplica, no obstante, por lo

que se estableció en ellos, se viene en conocimiento de lo que se pedia; y para ello fueron enviados con plenos poderes el mayordomo secretario, el consultor Sancho Panza, y el acompañado bachiller Sanson Carrasco, llevando repuesto de todo lo necesario. En el intermedio no sucedió otra cosa particular, que una que pudo turbar el gusto que reinaba en el palacio ducal, y fué, que como la ociosidad es madre y productora de todos vicios, subió tanto de punto el del Rucio con el regalo y buen trato, que queriendo holgarse (como lo solia hacer por las florestas con su compañero Rocinante) con uno de los potros que se adiestraban para el servicio del duque, le volvió en torno de sus caricias tantos pares de coces, que á no acudir los mozos de caballos, allí mismo hubiera dado fin á sus rebuznos. Causó á Sancho gran pena el aporreamiento de su asno, porque lo queria sobre las niñas de sus ojos; pero informado de la sandez que le habia ocasionado el coceo, dijo á los duques, habiéndole preguntado por la salud del Rucio, le estaban bien empleados los golpes, porque juzgaba que era grande atrevimiento el subirse á mayores, un borrico, y que no estaba tal que no pudiese hacer el viage á los pueblos; con lo que solo se trató de ponerlo en ejecucion.

CAPITULO X.

En que se cuenta como salió Sancho á inspeccionar los pueblos del duque: las maravillas que vió en la casa de un beneficiado: las acertadas próvidencias que dió, con otras cosas que deben saberse.

A la hora determinada salieron los tres comisionados, llevando dos criados, y un repuesto tal cómo quien le costeaba sin escaseces: caminaban divertidos, ya viendo campos eriales, ya advirtiendo tierras mal aprovechadas por la desidia ó pobreza de los pueblos; que todo esto y mas se halla cuando se camina si se observa y mira con cuidado. En esto descubrieron que por una vereda que daba vuelta á un repecho, les salia al encuentro un clérigo de edad madura, el cual venia en una poderosa mula castaña, con su quitasol y alforjas, aparatos propios de caminantes acomodados.

Este á lo que se vió despues, era un clérigo de juicio volante, que gozaba un beneficio simple, que así suelen llamar algunos á las rentas de iglesia que no tienen cuidado ni residencia; mas no dice Benengeli de que pueblo ni iglesia

era, solo si dice que conoció al secretario del duque, por cuya causa se deja conocer seria del territorio inmediato al castillo, y que llegándose á él parando su famosa mula, dijo, que pues tenia la fortuna de haberlos encontrado tan cerca de su casa, le habian de hacer el favor de descansar en ella, donde comerian con él, y tendria la satisfaccion de manifestarles su primoroso museo, que tal vez habrian oido celebrar, por las muchas y raras alhajas antiguas que en él tenia; seguro de que no habria en la Europa ni fuera de ella quien tuviese sus semejantes: que tenia dispuesto hacer de él una coleccion arreglada, y dejarlo por su muerte á un convento de religiosas descalzas, donde tenia una sobrina siendo prelada, para que allí se guardase, y siempre se custodiase con el cuidado y decencia que merecia un cúmulo tal de preciosidades, que le habian costado tanto dinero y trabajo su adquisicion.

El mayordomo le dió gracias por su oferta, y ya por descansar ó por ver tan raras cosas como le decia, aceptó el convite, y siguieron juntos el camino, porque era el mismo para todos, pues segun el itinerario de nuestros caminantes, habian de pasar por el pueblo y casa del que los convidaba.

Al fin llegaron á ella, y vieron una casa llena de comodidad, con buenos muebles, surtida de aves, y con bastante número de sirvientes y mozos de campo, en lo que conocieron ser nues-

tro beneficiado hombre rico. Empezóse la conversacion comun de cortas cosechas, muchos pobres, el ningun cuidado de poner arboledas, construir puentes, allanar caminos, el abuso de beber vino, y otras cosas que siempre y en todas partes hacen la primera conversacion, despues de hablar del tiempo segun su estacion. Siguióse la hora de comer, y fué en una abundante mesa, que á no haber sido tan inmediato á su llegada, podria discurrirse se habian dispuesto tantos y tan distintos platos para cortejar los huéspedes; pero el mismo beneficiado les aseguró era su comida ordinaria la que veian, y que aun faltaban algunas añadiduras de pescado fresco y frutas, por haber caido malo un criado que solo tenia para esto con una buena mula andadora; pero que su genio poco aficionado á profusion ni escesos, lo tenia reducido á solo aquello que les ofrecia con voluntad, siempre que quisiesen y pasasen por el pueblo.

Comieron todos abundantemente, y en el intermedio hubo vino comun manchego, en que el señor beneficiado hizo su deber; pero al finalizar la comida se presentaron al eco de un silbo que dió, dos mozas rollizas, iguales en edad y traje, conduciendo un salvillon con vinos generosos, un azafate lleno de tiernos y blancos bizcochos, y un formidable pipon de tabaco de hoja, para el señor beneficiado, quien hizo la salva con un vaso del primer órden, á que corres-

pondieron con otros mas pequeños nuestros caminantes; pero el beneficiado, como creyéndole cortedad de buena crianza, dijo: señores, señores, la cortedad de vds. es igual en el comer y beber: en mi casa no deben vds. tener ninguna, respecto de mi voluntad, y llaneza con que los he tratado, repetiré al favor que de vds. recibo, y pasemos á ver mi museo; y tomando otro de los vasos de á folio, entero lo depositó en su vientre que era capaz de contener otros muchos, porque era grueso de cuerpo, aunque pequeño; pero el vientre aun era mayor de lo que correspondia á él.

Tomó la pipa, ya llena de tabaco por una de las dos doncellas, y conduciendo la otra en unas tenacillas pequeñas, un ascuon grande, empezó el humo, las toses, y salibones, y entre ellas teniendo el señor beneficiado encendido el rostro, dijo: aunque vds. no se admirarán de las muy particulares cosas que hay en mi museo, tengo por cierto les dará mucho gusto el registrarlas, advirtiendo á vds. ha tenido las mayores laudatorias mi buen gusto, por varios sugetos que lo han visto.

Yo no he querido gastar mi dinero en pinturas, aunque son propias de estas piezas, museos y gabinetes, porque en empezándome á mí con Ticiano, Rafael de Urbino, Micael Angelo, Murillo, Rivera, y otros célebres pintores, me parece que me engañan, y quieren valerse de su nombre para llevarme mi dinero, que solo

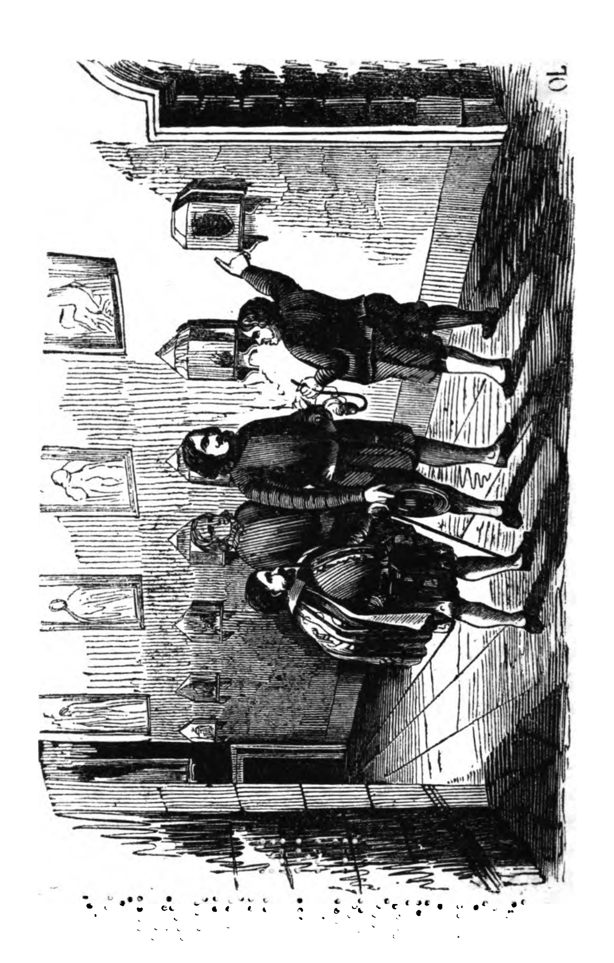
guardo para cosas seguras y ciertas, y no para dudosas, como se nota en las obras de estos pintores, que siempre hay disputas sobre su verdadero autor: así lo hago, y así lo juzgo, *salvo meliori* &c. Y para evidencia de lo dicho: *Operibus credite & non verbis*, y sacando de una gaveta que tenia en una papelera en su cuarto mismo, una llavezuela de bolsillo, dijo: esta es hecha de una herradura del famoso caballo Babieca, que sirvió en sus campañas al señor Rodrigo de Vivar, con quien yo tengo algun entronque por el apellido Cid que me viene de una abuela, pues ya saben vds. que fué llamado el Cid Campeador; y aunque hay quien dice que el Cid es equivalente á capitan, y aquello de campeador como que dice capitan de campo, en realidad fué héroe grande en el campo y en poblado mi pariente, por cuya causa estimo hasta las herraduras de su caballo: esta me la dió un predicador valenciano, oriundo de la capital, que tuvimos aquí hace tres cuaresmas, hombre grande, predicador sin segundo, quien habiéndole dicho mi parentesco con el Cid, me hizo este regalo, porque siempre se muestran agradecidos á los curas, y beneficiados que les hacen favor; pues deben saber vds. que si cuando predican no hacemos admiraciones, nos miramos unos á otros, y como que nos reimos, creen estas gentes que no lo entienden, que el predicador no dice cosa de provecho, y no juntan limosna en el lugar, yo hice lo que pude, y

me dió lo que estimo mas que cuanto tengo.

Abrió la puerta nuestro beneficiado, y se dejó ver una sala bastante capaz, y en ella no con mal órden, y sobre repisas colocadas varias urnas de todos tamaños y formas, con sus coberturas de lienzo como gasa, por razon de las moscas, y manifestando la primera, dijo: esta urna que vds. ven contiene un pequeño pedazo de la tinaja en que estuvo metido Diógenes, que ademas de no tener en ello duda por habérmelo dado persona segura, se conoce ser suyo, porque tiene en aquel estremo, como vds. pueden reconocer con este cristal de aumento, (y les presentó uno) un como escupido de sangre, porque segun autores, murió de mal de pecho echando sangre por la boca.

En aquesta ven vds., y señaló otra, una raspa del pez Rémora que detuvo la nave de Alejandro, junto á sí tiene un palillito de limpiar dientes, que fué del uso del emperador Motezuma, y tambien es suya aquella correa que está con él, y le acompaña aquel manojo de plumas que son de los pollos de Marta, á quien la polilla va consumiendo, no obstante mi mucho cuidado.

En esta otra está un pedazo de la redoma en que dicen se hizo picar aquel célebre májico-químico, que dijeron era marqués de Villena, cuyo caso manifiesta la antigüedad de este marquesado, pero no sé si dirá verdad: dicen que hay historia de ello, y yo lo tengo por no segu-



ro, aunque en cuanto á la parte de redoma no hay duda, pues si no sirvió para aquello, pudo servirle para otra cosa, y está á vista de vds., yo es cierto que hasta ahora nada de esto he visto escrito, ni impreso, ni de mano; pero dicen que hay historia muy estensa de como fué el caso.

Aquí en esta tengo, dijo, señalando á otra, un pedazo de la bolsa en que tenia Judas Iscariote los peines, y aquel zapato que está junto á él, es del arzobispo don Opas, que tenia puesto el dia que se perdió la última batalla, que ganó el prudente y esforzado general Tarif, segun nos dicen, y á la verdad que el tal arzobispo usaba de remiendos en los zapatos, señal de que aunque fué malo, como dice la historia, en la parte de no ser desperdiciado ni vano, cumplió bien.

En esta cajeta están cinco agujas que fueron de las hijas de Dario, vencido por Alejandro; un manojo ó madeja de hilo de calcetas deshechas, de las que usaba Alejandro, á quien componian la ropa, á cuyo estado vinieron, como dicen que lo afirman varios autores antiguos.

Todo esto lo hube de un espolio de un monseñor italiano, que vivia en Roma, curiosísimo, vendiómelas un milanés amigo del padre predicador valenciano, que con carta suya llegó aquí, hospedéle en casa, y él mas necesitado de dinero que de preciosidades, me las dió en muy poco; pero no tanto que no pasase de mil ducados,

con lo que él pudo mantenerse algun tiempo en la córte, á donde pasaba á solicitar su acomodo: era un hombre muy sabido, habia viajado mucho, y tenia gran propension á la ciencia anticuaria que profesaba. Quedó en escribirme y no lo hizo, sin duda hubo de morir á poco de haber llegado á la córte; porque si nó no hubiera dejado de hacerlo, segun lo agradecido que fué. Tambien me dió gratis dos cabos de vela de las que sirvieron en el sacrificio de Ifigenia; que están en esta, y asi mismo hay en ella un pedazo de la lanza de Aquiles, que metida en agua, lavando con ella la picadura de la Tarántula, la cura instantáneamente.

Y en esta última tengo una manga de camisa que tenia puesta Lucrecia, cuando Tarquino la hizo aquella superchería. A mi fé, dijo á este punto Sancho, (que habia estado con la boca abierta, y como fuera de sí, oyendo la maravillosa esplicacion del beneficiado) que si nuestro don Quijote viviera en aquel tiempo, que no se hubiera reido el señor Tarquino de semejante fechoría, porque uno de los principales institutos de la órden de caballería, era acorrer á las cuitadas doncellas: así es verdad, respondio el bachiller Sanson; y el beneficiado prosiguió: y de ser de ella da testimonio una sonadura de mocos que ahí se manifiesta, pues con la pena de caso tan estraño, no se acordó, sin duda, que tenia pañuelo. Esto lo compré á buen precio á un caballero, que supo, segun me dijo,

por el padre predicador mi aficion á las antigue-dades, venia de paso, y aunque se lo rogué, no pude conseguir se detuviese, porque llevaba la máquina de la cuadratura del círculo, que habia de servir para un plan de navegacion aerostática, que decia estaba haciendo otro caballero francés, y corria prisa su llegada para hacer el cómputo.

¿Quién son estos señores retratados, señor beneficiado? preguntó el mayordomo. Este es, dijo, aquel Guillelmo Rutimbau, que fué el primer conde de Peruc en Francia, cuya dignidad le dieron por haber ideado las pelucas, de que ha resultado el aumento de un nuevo gremio que no habia, que tienen habilidad para hacerlas y peinarlas, y otras correspondientes á esta utilidad estendida á hombres y mugeres; y este otro es el famoso Juan Bautista Mailde, inventor de la máquina de amolar tijeras y cuchillos, que ha producido á sus patricios mucho dinero, porque los nuestros no quieren aplicarse á esto que tienen, como á cosa de poca estima, y se están en esta creencia, y los otros se alegran mucho de que lo estén, y de que no despierten de su sueño.

Concluyóse por entonces la visita del especialísimo museo, por parecerle al mayordomo era ya hora de seguir su camino; y dando al señor beneficiado muchas gracias, le celebraron su buen gusto, y utilidad que recibia la nacion en tener dentro de sus dominios tan importantes

alhajas, despidiéronse de él, ofreciéndole Sancho, cuanto valiese, y siguieron su camino al pueblo á que se dirigian, sin que en todo él hubiese sucedido cosa digna de contar, sino lo que á Sancho, y al bachiller se les ocurrió de la locura del señor beneficiado, que aunque el moro lo apunta, no lo dice, solo sí, que llegaron al pueblo, que fueron bien recibidos de la justicia, con buen alojamiento en sus casas: que el mayordomo se informó de todo, y oyó á los alcaldes, y que despues de esto se determinó se hiciesen y fijasen como por residencia y nuevo gobierno los edictos siguientes.

Que todo vecino pudiese labrar cualquiera tierra erial, dando á su dueño la sesta parte de cosecha en especie, y no en dinero, despues de pagado el diezmo á la iglesia: que no pudiesen ellos, sus hijos y nietos, por línea recta, ser despojados de estos terrazgos, pagando su tributo al dueño: que pudiesen poner en los zarbes, veredas y pedazos útiles de la misma tierra erial, árboles de toda especie, cuya propiedad fuese de quién los puso, y en caso de dejar la tierra, se le pagasen á justa tasacion.

Que todas las tierras que estaban á dinero fijo, se redujesen á frutos por la misma sesta parte de cosecha, y que no pudiesen pedir en juicio, arrendamientos en dineros, con privacion de empleo al juez que admitiese la instancia.

Que los padres de familias recogiesen de las

calles los muchachos y muchachas, destinándolos á las casas de misericordia ú hospicio inmediato, los que se hallasen, donde se les aplicaria á algun trabajo proporcionado á su edad y sexo; y en caso de que los padres reincidiesen en permitirles la libertad que hasta de presente habian tenido, de donde se producian muchas culpas, malas voces y otros daños, se les multase ó impusiese otra pena corporal á beneficio de los alguaciles encargados de esto; para cuyo fin se nombrarán hombres de buena conducta y acreditadas costumbres; pero que bajo ningun pretesto fuesen artesanos, para escusar de este modo el mismo daño que quiere remediarse, pues algunos dejan sus oficios sin causa legítima, y solo por sus fines particulares.

Se mandó que todos los artesanos señalasen con cintas sus respectivos ejercicios, y se multó á los que sin tenerlo usasen la divisa, con cuyo modo de gobernarse serán conocidos los vagos, y su persecucion se encargó á dichos alguaciles.

Se nombró un juez que solo entendiese en el procedimiento de estos, y se le dió facultad para castigarlos segun su delito, haciendo por sí y ante sí las sumarias, sin condenacion de costas, cuyo salario y gastos se librasen de penas de cámara, y gastos de justicia.

Estas ordenanzas se estendieron á los demas pueblos de la jurisdiccion, en el breve término de seis dias que tardaron en inspeccionarlos, y dirigidas al duque las devolvió aprobadas, he-

chas aquellas diligencias y pasos que para ello eran precisas, y quedó gustoso de que sus pueblos hubiesen quedado contentos con estas providencias, que no dice Benengeli si fueron dadas por el consultor Sancho, por el mayordomo ó por el bachiller, pues el tal moro á la mejor ocasion calla, y no dice lo que se desea saber; solo afirma que se llenó de gozo el castillo, sabiendo lo bien que Sancho habia desempeñado su comision, y lo cercana que estaba su llegada, que en efecto se verificó con general regocijo de todos en el término de tres dias; pero quien le tuvo mayor fué la duquesa, porque al propio tiempo recibió una carta de Teresa Panza, respuesta á otra que le escribió Sancho por medio del bachiller el dia de la posesion, cuya carta-respuesta dice así:

«Sancho: llegó tu carta tan lindamente: tu «hija está buena, y el señor cura que recibas me-«morias de todos, y que no te olvides de lo que «te pedí, que me hace falta, y si mi señora la «duquesa tuviese alguna ropa vieja que no le «sirva, que me la envie; pídesela porque San-«chica está que es una mala verguenza el verla.

«Maese Nicolás ha vendido el potrillo fiado, y «ahora ha tenido quesentir con la sobrina del «amo, la Antonia Quijano sobre una bacía que «dice se llevó de su casa, y la piden para no «sé quien, y ha venido de no sé donde, y está «que toma el cielo con las manos, y no quiere

«que se diga, llora como una Magdalena por la «tal bacía, y se ha puesto mala.

«Me ha dicho que á las monjas donde tiene «sirviendo su hija, les ha caido heredado un «marquesado que era de una religiosa, y lo ha «dejado para que se venda, y se componga el «convento, que se cae sin remedio: lo queria el «señor Francisco el albañil, que como sabes, «segun dicen, se halló un tesoro en el cerrillo y «ya quiere marquesear; pero no quieren ven«dérselo, porque lo quiere á cuenta de obra, y «las monjas quieren dinero: dicen que lo darán «por muy poco, bien pudieras tú comprarlo, y «hacerte marqués, que eso no es como el coche, «que come: por amor de Dios, Sancho, que lo «compres, que no te pediré mas en mi vida si «lo compras; porque quiero ser marquesa: San«cho, respóndeme, y que no te se olvide esto, «ni lo otro de la ropa, y si has de comprar la «marquesía, avísamelo para mi consuelo y el «de tu hija, que hipa por señoría. Recibe memo«rias de Julian que escribe esta, que el señor «cura lo ha hecho monaguillo, porque el otro «se fué con los soldados.

«Sanchica dice que cuidado con la ropa, y «que el señor de las perlas no ha parecido, ni ha «escrito al señor cura: que te envia memorias, «y dáselas al bachiller; y á Dios, que hubiera «querido verte vestido de consultor; pero Dios «querrá, que todavia hay sol en el peral, dándo«te Dios vida; y á sus altezas que Dios se lo pa-

«gue, y cuidado con el marquesado, Sancho «mio.— *Tu muger la consultora doña Teresa.*»

Leida una y dos veces la carta, mandaron los duques se entregase á Sancho, como si tal cosa se hubiese hecho, y dieron nuevas disposiciones para seguir las burlas, empezando la duquesa por la de esperanzarlo en la compra del marquesado, y que Teresa seria socorrida con ropa para ella y Sanchica. Así lo hizo; pero esto se lo dijo en parte donde nadie lo oyese, advirtiéndole lo callase, y que el duque estaba muy empeñado, y para comprárselo era menester mucho dinero, que veria como podia juntarlo, y que cuando no fuese marqués, no faltaria que ser, que todas las cosas no pendian en el ser marqueses, pero que disimulase, porque así convenia.

Sancho lo ofreció, aunque sentia ciertos impulsos de no poder hacerlo por su natural flaqueza, y hallándose con el bachiller que lo esperaba entretenido en una antesala mirando unos cuadros, en que bajo de diferentes figuras se veia el mundo al reves, porque en unos servian los hombres de bestias, y las bestias de hombres, y en otros las mugeres parecian hombres, y los hombres mugeres, se retiraron, y haciendo varios discursos sobre ellos, les vino el sueño, y se recogieron. El duque y la duquesa por otra parte hablaban en el modo como habian de divertirse, tomando el pretesto del envanecimiento de Sancho y Teresa en querer ser mar-



queses, por lo que acordó el duque era preciso seguir á Sancho su humor marquesil; pero ocultándose su consentimiento, porque era cosa séria y no queria ser sindicado en este caso, aun que era preciso conociesen todos era como una comedia, bajo la cual se reprenden los vicios.

CAPITULO XI.

Donde se cuentan las discordias ocurridas sobre la adquisicion del Yelmo de Mambrino, y como se colocaron en la academia de la Argamasilla las armas de su individuo don Quijote, con gran pompa y regocijo.

Mientras estas cosas divertidas y alegres pasaban en el palacio-castillo de los duques, dice Benengeli, pasaban otras tristes y melancólicas en la famosa célebre poblacion de Argamasilla, depósito de la sin igual academia, archivo de los anales manchegos, y célebre museo-biblioteca, conocido y aplaudido por las naciones mas remotas. Fué el caso, que reconocida la sobrina y heredera de don Quijote, al nombramiento que la academia le habia enviado de su individuo honorario, cuyo título ó patente se halló entre sus papeles, le pareció como justo y correspondiente á ella, hacerle una graciosa donacion de las famosas armas que á su tio habian servido, y dado tanto lustre á toda la Mancha, y aun hay quien dice fué instancia que sobre esto le hizo la misma academia: tambien hay

quien asegure fué donacion de motu propio, y en calidad de inter vivos irrevocable, y este asegurador que así lo espresa, es el celebérrimo manchego, el reverendísimo Cildra, conocido por su Florilogio Manchego que dió á luz con tanta utilidad pública, y lo pone mas estenso en el segundo tomo, hablando de la flor Dulcinea Tobosiana, su virtud y propiedades, fol. 432.

Como quiera que esto fuese, y por las causas que lo motivaron; lo cierto es que la señora Antonia Quijano se desprendió de las armas, y las envió á la academia, nombrándolas, á saber: «Un peto y espaldar de acero sin colar, con «algunas abolladuras, al parecer de golpes de «lanza. Un morrion liso, y sin babera, ni encaje; «pero plumado con tres plumas, dos encarnadas «y una verde. Un lanzon con lengueta de hoja «de oliva algo despuntada. Una espada de gine- «ta tambien despuntada, con vaina de pellejo de «culebra.» Las mismas que dijo ser, y haber servido á su tio el hidalgo Alonso Quijano, y que no enviaba el famoso yelmo de Mambrino que usaba su tio, y ponia sobre su cabeza, á causa de haberlo sacado clandestinamente de su casa, maese Nicolás, actual sangrador y barbero de Montiel, á quien aunque se lo habia pedido muchas veces, se desentendia de su entrega con riquezas y pretestos; pero que queria que la academia lo recogiese tambien, y demandase al dicho maese Nicolás, para que unido todo fuese de dicha academia, á quien repetia la dicha do-

nacion, en que se afirmaba, del espresado yelmo y armas.

Con cuyas preseas apreciables, la misma academia dispuso se aumentase su museo de cosas particulares, y se colocasen en la misma biblioteca argamasillesca; para cuya solemnidad y colocacion dispusieron despues de una junta general de académicos, el como y cuando habian de ponerse y colocarse, para perpétua memoria de héroe tan valiente, que se le diese poder y comision en forma al licenciado Cachidiablo, académico de la Argamasilla, para que demandase, y pusiese en cobro del dicho maese Nicolás el espresado yelmo; para lo que le dieron su poder en forma, que se sentó en el acta de aquella junta (que segun parece es la 23 del tercer tomo de ellas) y se le librase el costo que dijese tener y haber gastado en ello; y la colocacion que de las armas se habia de hacer públicamente, para que constase á todo el orbe el paradero de las armas del ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha, caballero de los Leones, y Ex de la Triste figura. Parece, segun el original de esta puntual y verdadera historia, que con efecto se requirió á maese Nicolás para la entrega del famoso yelmo, despachando para ello requisitoria judicial á instancia y pedimento del licenciado Cachidiablo, que hizo ver la donacion de la señora Antonia Quijano, y el poder particular y comision que tenia del Plañidor ex-Presidente, y de los señores Paniaguado y Ca-

prichoso, académicos de honor de la propia academia argamasillesca, para el cumplimiento de entrega de esta donacion; y hecho el requerimiento á maese Nicolás, y tomado el juramento del contenido en dicho requisitorio; dijo que era cierto que habia tomado de la casa mortuoria del hidalgo Alonso Quijano, el espresado yelmo, no como tal, sino como bacía barberil, que habia adquirido con el justo título de ser perteneciente á él, como práctico en su oficio: la bacía, paños y navajas, que son propias de un hidalgo muerto, recaigan en posesion y propiedad del barbero que lo sirvió vivo, aun cuando sean de oro ú fina plata, de que pudiera producir muchos ejemplares, y ninguno de que en contra de dicha práctica haya ley que lo desdiga; y mas cuando el dicho hidalgo Quijano le debia tres años de iguala concegil, que eran seis ducados, como constaba por el libro de sus asientos, sin incluir algunas asistencias de su persona y familia, y varias curas de contusiones de palo ó piedra que habia curado á su caballo llamado Rocinante; cuya deuda ascendia en mucho al valor del dicho baci-yelmo que se le pedia; y que el estar en su poder causaba un beneficio público, que fuera de él y en manos de la academia no causaria; porque el espresado hidalgo en varias conversaciones que con él habia tenido, le habia sigilosamente declarado, que segun afirmaban varios libros, y particularmente el *Despertadorcillo* y otros, cuyos nombres

no tenia presentes, que el dicho yelmo-bacía tenia entre otras muchas una virtud igual á la que para ahuyentar nubes tormentosas tenian las campanillas que traen de Italia, y llaman de Caloto, que tocan y tañen en los dias tempestuosos, cuya virtud tambien se comunicaba á todas las cópias y semejantes al dicho bací-yelmo, cuya codicia le habia movido á cobrarle de aquel cobarde follon, que sin duda lo llevaba robado: y que todo el tiempo que estaba en su poder se habia ejercitado en tocarle, lo que seria estraño, y tal vez mal visto, que una academia compuesta de varones sábios y empleados en cosas de otra sustancia y literatura se entretuviesen, dejando las utilísimas ocupaciones de su instituto, tocándolas para que se hiciese comun la tal virtud de los tales bací-yelmos. Que era público y notorio los que habia tocado no solo en la provincia de la Mancha, sino en otras, y se habian verificado al parecer tan saludables efectos, mediante á que se veian por esta causa en casas de muchos vecinos colgadas al aire en las puertas y ventanas de ellas; por cuya detencion é impedimento que al dicho útil público se le hacia, en toda forma se oponia á la entrega del dicho yelmo, y estaba pronto á pedir mas ámpliamente en juicio, cuya declaracion hizo y firmó, devolviéndose con ella el dicho requisitorio al espresado licenciado Cachidiablo, quien habiendo dado parte de todo á la academia, y tener dispuesta la colocacion de

las armas como estaba resuelto, le parecia que esta se hiciese sin el espresado yelmo, mediante á que *suadente diabolo*, se habiá opuesto á su entrega, el espresado maese Nicolás, y que en la decision y sentencia del recurso se gastaria mucho tiempo por ser punto controvertible, y cuasi interminable, en lo que la academia podia resolver lo conveniente.

Esta, habiendo oido al licenciado Cachidiablo, y visto y leido por dos veces la repulsa y alegatos de maese Nicolás, y la espresion y práctica que decia haber de adquirir en posesion los barberos, los instrumentos barberiles de un hidalgo muerto, habiéndolo servido, el adeudo de igualas y curas de Rocinante, &c. resolvió que se hiciese la colocacion de las armas, que en él tenian para el dia domingo primero por la tarde, sacándolas de la casa del dicho Cachidiablo, donde se hallaban depositadas, y que se dispusiese con toda solemnidad y decoro la colocacion en el museo-biblioteca, así por el carácter de dicha comunidad, como por las mismas armas que debian ponerse en forma de trofeo.

Dispúsose como lo mandó la academia, y con el siguiente modo se hizo tan plausible funcion, á que con la noticia de ella concurrieron muchos de los pueblos vecinos, y otros distantes.

Iba primeramente la gayta gallega, requisito preciso en toda funcion mancheguil, con un crecido número de muchachos bailando en con-

fusion al toque de ella; seguíanse los dos académicos Monicongo y Porfiado, coronados de pámpanos, con varas en las manos apartando los muchachos, y otros que impedian el paso: se seguian como unas ocho ó diez mugeres con sus panderos y castañuelas, bailando al son de la gayta, que alternaba de uno en otro: venia despues la academia como en el número de cuarenta, todos con sendas melenas y corbatas, capas del mejor paño de Chinchon, y unas monteras que se hicieron para este dia del mismo paño y vuelta de felpa, parecidas en todo á un morrion alzada la visera, cuya moda acordó se estableciese, y despues se siguiese en remembranza de el de don Quijote su patricio y héroe manchego; traian en bandejas los mismos académicos el peto y espaldar; y el Moscardon, actual presidente, traia puesto el morrion, ceñida la espada que colgaba de un tahalí de cuero, y la lanza en la mano; pero este no traia capa, sino una sotana negra ligada al cuerpo, con un ceñidor encarnado con flecos que caian á la parte izquierda. Este lucido acompañamiento y esta formacion, llevaron para su colocacion las armas Quijotinas, dignas solo de guardarse por tan distinguida academia.

Colocáronse con gran pausa encima de la segunda puerta del museo-biblioteca, y se suspendieron con un cordon grueso de filos de seda que afianzaban unos fuertes clavos que ya estaban prevenidos, y se pusieron por la mano del

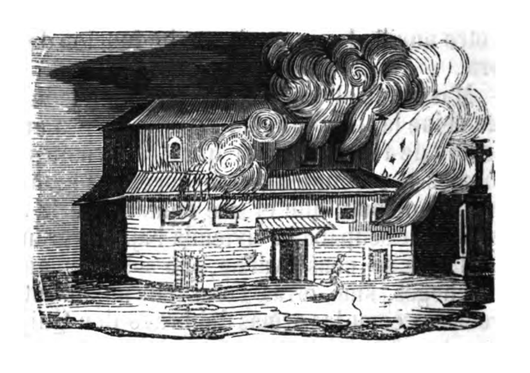
propio Moscardon, presidente, quien simétricamente colocó en el estremo superior del cordon un pergamino con unos caracteres góticos que escribió el donoso académico, poeta entreverado, y decian... «Estas son las armas de nues«tro académico honorario el señor Alonso Qui«jano, conocido en todo el mundo por don Qui«jote de la Mancha, caballero de los Leones. Hi«zo con ellas muchas hazañas y enderezó mu«chos tuertos que habia en perjuicio de pupilos «y doncellas: fué honor de esta provincia, y en«vidia de todas las demas.»

Concluido este acto, y tomado el correspondiente testimonio de depósito, que dió en toda forma el secretario de la academia, se retiraron con la propia ceremonia á la casa del licenciado Cachidiablo, donde se sirvió á los académicos un espléndido y esquisito refresco, y á los demas se agasajó con un cucurucho de tostones y vino del pais: el dia siguiente hubo baile público, y al otro novillada, y por la noche funcion de pólvora.

Mas como el enemigo comun no puede ver que reine la tranquilidad, y solo piensa en los medios de turbarla, para que los vivientes racionales se precipiten, y no gocen las humanas glorias, dispuso que el que cuidaba de la academia, que ocupaba la vivienda baja del gran salon donde se conservaban, no solo los anales manchegos, sino otras cosas tan importantes y preciosas como las armas del bravo don Quijote,

diese alojamiento á unos manchegos estraños que conducian la yerva y palode tinte para fortalecer y dar color á los vinos, cuya operacion consiste en cierto cocimiento y mistura de aquellos ingredientes; y como la antigüedad de la casa, lo reseco de las maderas, y mucho fuego conque se hacia esto, dispusiesen la materia para arder con pocallama; en una noche que se hacia unos de estos cocimientos, quedándose dormido el que cuidaba del fuego, se comunicó á la leña inmediatamente, tomando tal fuerza, que dispertando al dormido manchego, solo tuvo tiempo para hallar la puerta, pero no para evitar la ruina que desde luego fué irremediable.

Envuelto todo en voraces llamas, quedó reducido á cenizas cuanto contenia el edificio,



y se creyó valer mas que cuanto se quemó en la abrasada Troya. No pudieron las armas quijotinas deshacer este tuerto que les hizo el inconsiderado conserge: creció el dolor argamasillesco, habiéndose cundido haber sido vecinos de Montiel los incendiarios, sentidos de que se hubiesen sacado de su pueblo las armas de tan valiente patricio: no bastaron providencias políticas ni militares, para contener á los de Argamasilla, que combatieron á los de Montiel alegando que don Quijote no era de aquella poblacion, por cuya causa no debian parar allí sus armas, sino en la Argamasilla donde era académico, y tenia su alcurnia como hijo de Anton Quijano, cuadrillero de la Santa Hermandad. Ultimamente, el juez á quien se encargó la pacificacion de estos pueblos, fijó un cartel declaratorio que decia; que el valeroso don Quijote no tuvo patria, que solo se supo habia nacido en la Mancha, segun lo cual todos lo podian llamar su patricio; y que maese Nicolás entregase el yelmo, dándole la Argamasilla seis ducados por una vez, el cual se custodiase en las casas de ayuntamiento, para memoria de las armas pertenecientes al famoso don Quijote: en esto pararon armas tan lucientes, y academia tan brillante y respetable.

CAPITULO XII.

En que se prosiguen los sucesos de Sancho, y se apunta la tentacion en que el mal demonio le tuvo á pique de caer; y lo que pasó entre el cura y el barbero, para salir del empeño en que los puso la mala tentacion de Sancho.

Juro, dice Cide-Hamete, empezando este capítulo, que estoy por no creer lo que escribo; porque ¿cómo he de creer que no contenta la fortuna con haber hecho consultor á Sancho, lo asomase á la ventura de poder ser marqués, y luego por fines que se dirán, lo pasa al gremio de barones? Fortuna, fortuna, ¡cómo te burlas de los mortales! Haces bien pues puedes, y ninguno tiene arbitrio de caminar en este mundo miserable sin tu gusto.

Dice la historia, que á pocos dias del recibo de la carta de Teresa, entró Sancho en el cuarto de la duquesa, y la dijo: señora, estoy como fuera de mí con lo que dice Teresa en su carta, de que compre el marquesado de las monjas, sin pararse esta muger en si tendré ó no para comprarlo! ¡Ahí es nada lo que las madres mias pedirán por él! ¿y como he de juntar yo pres-

tado lo que sea? porqué aunque V. A me ayude con algo, siempre será mucho lo que habrá que dar: ¿con qué la vestiré despues, si lo que gano se me va en pagar á quien debo? Dejarla de vestir no puede ser, porque andar desnuda una marquesa es cosa muy fea, y parece mal. Dices bien, Sancho, dijo la duquesa; pero al fin reconoceré mis alzados, y puede ser que halle para prestaros algun dinero, que á bien que en casa nos quedamos, y tú me lo pagarás poco á poco calladamente, porque no es justo que se sepa ni el préstamo, ni haberlo comprado así; pero es menester saber primero lo que vale para hablar en ello: en cuanto á ropa no tengais cuidado que yo tengo muchos vestidos desechados que están por repartir, y supliré enviando á Teresa y Sanchica los bastantes para presentarse como corresponde: cuando le escribas no le toques nada de esto, que yo en mi carta se lo diré; y si lo haces, encárgale mucho el silencio, que importa mas de lo que pensais en este caso: mañana haré disponer un baúl con la ropa que les pueda servir, y le enviaré con Ginesico, que ademas de ser muchacho de mi confianza, sabe el camino y conoce á Teresa, por ser quien le llevó la sarta de corales y demas que la remití en otra ocasion, con eso va seguro, y tú puedes escribirla lo que te parezca.

Quiso Sancho arrojarse al suelo para besar los pies á la duquesa, pero no lo consintió, antes le dijo: vete y escríbele, que yo voy á lo

mismo antes que el duque venga del otro castillo á donde ha ido para disponer se me traigan algunas cosas con que adornar este, y que venga doña Rodriguez, que me hace bastante falta.

Quedó Sancho como pasmado, y con tanta humedad en los ojos, que hilo á hilo le caian las



lágrimas, porque mejor que un pesar suele á veces provocarlas cierto interior regocijo, y el que él sentia era grande, asi por la generosidad de la duquesa, como por la llaneza y sencillez con que le hablaba en sus propios intere-

ses y acrecentamientos. Al siguiente dia se dispuso el baúl con las ropas, y la duquesa de su propio puño escribió la siguiente

Carta á Teresa Panza.

«Amiga Teresa: Sancho me ha hecho leer «vuestra carta, y en cumplimiento de ella en-«vio esas ropas mias que podrán bien serviros, «y á Sanchica. En cuanto al marquesado se está «trabajando con adelantamiento, pues hay quien «preste el dinero, que no es poco; pero no sa-«bemos cuanto es lo que las monjas piden por «él, que es menester me lo digas prontamente: «tambien es preciso decirle al señor cura que «haga sus oficios con el convento, para que lo «den con equidad, y que diga cómo os habeis «de llamar en marquesando, que eso es cosa «que allí se ha de hacer, procurando que no se «halle otro marqués del mismo título, y decid-«le de mi órden que haga dibujar vuestras ar-«mas de familia, con espresion de campos y «colores para hacer los reposteros y el escudo «mayor, que es regular que esto como hombre «instruido podrá enviarlo segun debe venir: na-«da mas tengo que decirte; adios Teresa—*Tu «amiga la duquesa.*

Con dicha carta fué otra que escribió Sancho y decia:

«Doña Teresa mi esposa, salud, etc. S. A.

«presta el dinero para el marquesado, pero «punto en boca que conviene, á maese Nico-«lás que vea á las monjas al instante, que si ha «tenido un disgustillo, como me has dicho, que «no tenga cuidado, que en habiendo salud todo «es menos. Al señor cura mis memorias, tam-«bien á Sanchica; y no puedo escribir mas, por «que el bachiller ha salido, y un page que me «escribe no puede detenerse : en otra seré mas «largo, Dios te guarde, como le pide tu esposo —*El consultor Sancho Panza.*»

Despachóse al conductor con el baúl, su llave y la carta de la duquesa, á quien Sancho entregó la suya para quela pusiese en él, como lo hizo: encargósele elmayor cuidado, y que no se detuviese en la vuelta Dice la historia que tambien se le previno lo que habia de hablar, y que cuandollegó al pueblo estaba Teresa peinándose á la puerta de sucasa conun desdentado peine de box, y que Sanchica salia del gallinero trayendo en el halda, siete ú ocho huevos, cuyonúmerofijonunca pudo averiguarse, porque al oir las buenas nuevas de su padre, se olvidó enteramente de sí, y levantando las manos para encrucijarlasy decir, como dijo: benditoseaDios, que tanto nos favorece, dejándonos volver á ver á este señor, se le cayeron al suelo: su madre qnedó ni mas menos absorta viendo el baúl, y oyendo al gentil-hombre le traia carta de su señoraladuquesa, yque cuandoabrióel baúl pensó

perder el juicio de contento, porque ya tomaba un vestido, ya probaba otro, y Sanchica, queria para sí los mas pintados. Avisó Teresa al cura la novedad y cartas que habian venido de Sancho para que las leyese; pero hay quien dice que Sanchica fué de voluntad propia, por que su madre en realidad estuvo muy cerca de perder el juicio á la vista de los trages, y no se acordó de las cartas. Llegó el cura inmediatamente, y luego que vió las tales vestiduras y leyó las cartas, al llegar á lo de marqués se paró, y limpiándose los ojos con ambos puños, porque hubo de creer soñaba, volvió á leerlas muy despacio, vió la firma de la duquesa, miró de arriba á bajo al conductor, volvió á leer la carta, se santiguó, arqueó las cejas, y se quedó confuso sin poder hablar en un rato,

El page, que como se ha visto, era desenfadado y advertido, vió la suya y empezó á hacer su deber como se le habia prevenido, señoreando á Sancho con Teresa, y cuando esta hablaba de las ropas, decia: poquito me encargó su señoría el que no se mojasen, y aun don Sanson el caballero secretario de su señoría tambien me lo encargó eficazmente: es cierto que cuando su señoría tomó posesion, fué una funcion que no se ha visto otra; pero ¡qué gordo se ha puesto su señoría en el poco tiempo que allí está! no hay quien le conozca, es un contento ver á su señoría: con esto el pobre cura no obstante sus órdenes, estudios y reverendas, creyó y mas

creyó que la fortuna que hace sus picardigüelas, habia hecho la de hacer señoría á Sancho Panza, y mas se ratificó en ello, porque habiéndose llevado al page á su casa por la estrechez de la de Teresa, le contó la ceremonia y jura de la plaza, lo que el duque lo queria, y las bellas providencias que habia dado en los pueblos del estado, de donde acababa de llegar.

Maese Nicolás, sabiendo la venida de aquel gentil-hombre, pasó á ver al cura, y como oyó de los vestidos y las señorías, tuvo por cierta la tal consultoría de Sancho, pero cuando oyó de la mismísima boca del cura la diligencia que habia de hacerse con las monjas para la compra del marquesado, quedó estático; y recobrado un poco empezó á hacerse tantas cruces, que el page temió, y se le puso en la cabeza que el tal que las hacia, cuyo barberil carácter no hàbia llegado á su noticia, veia alguna legion de espíritus infernales, y precipitadamente hubiera huido de la casa, si el cura no le hubiese detenido.

No se las tenia todas consigo el incrédulo barbero, y para que se cerciorase, acompañado del cura pasó á casa de Teresa, donde vió las ropas que aun estaban esparcidas. No pesó la venida á aquella, porque deseaba hacer de ellas alguna prueba para que la viesen galana: allí fué la confusion del cónclave para atinar la verdadera aplicacion de cada cosa: allí fué donde los entendimientos del señor cura y

el barbero se oprimieron como en un grande caso impensado y dificil de resolver: creció la confusion al llegar á los adornos capitales, cuyas raras elevaciones, caidas y formas, las creian propias de otras gentes, y de otra marca mas agigantada: todo era admiracion y nada se resolvia, hasta que por fin se determinó que todo ello se fuese alzando, mientras llegaba de la córte una persona que se esperaba, la cual podria informar el uso de cada una de ellas por haber estado en París.

Despedidos ambos de tan penosa operacion sin sacar fruto; dice la historia, que el cura llamó á su casa al barbero, y estando en ella leyendo la carta de la duquesa á Teresa, le dijo: verdaderamente, maese Nicolás, que os llamo por quien sois, por vuestros estudios, y por vuestra inteligencia en esto de encargos romanos, en lo que habeis hecho patente á todos, vuestro entendimiento y discurso, para que reuniendo todo esto á un punto céntrico de resolver bien, me ayudeis á la mayor empresa que hasta de presente me ha ocurrido en mi ocupacion parroquial, porque la carta de la duquesa que habeis oido, y el marquesado de Sancho, me tienen fuera de sentido: decidme vos, maese, ámpliamente para sosiego mio, ¿qué debo hacer en este formidable caso, de que no he visto ejemplar?

¿Qué sé yo de duques ni de condes, dijo el barbero, y mucho menos del marquesado de

Sancho Panza, en quien no hay aquellas cosas que dicen debe haber para esta dignidad? Pero si las habrá, siguió diciendo, porque á no haberlas, ¿cómo la duquesa habia de querérselo comprar? Todo es confusion lo de este mundo, y es lo que puedo responder como hombre de bien.

No obstante, maese, dijo el cura, vos mejor que yo podeis hablar sobre esto, que al fin habeis estado en la córte cuando vuestro exámen, y allí todo se habla y dice, y mucho mas en vuestro ejercicio, en quien es indispensable la conduccion de novedades y noticias de una á otra parte. Señor cura, dijo el barbero, repásese la carta de la duquesa, y por partes irémos discurriendo: hízose así, y en vista de ello maese Nicolás habló al cura de esta manera.

Tres son los encargos que se presentan en esta carta: el primero que se le dé título al tal marquesado: el segundo que se compre con conveniencia: y el tercero que se envie un dibujo de las armas de Sancho: nada mas hay, dijo el cura; pues si nada hay mas, digo, señor cura, que es punto concluido, respondió el barbero.

¡Oh, maese mio, si eso fuese, qué feliz seria yo en este dia! replicó el cura, y maese Nicolás sin detenerse prosiguió: para dar título á un marquesado, no hay campo mas ameno que unos almanaques donde los santos del cielo están dispuestos para que los elijan, sin que ninguno hasta de presente se haya sentido de ello: el

segundo de que se dé con conveniencia, no es dificil conseguir, porque el vicario que las gobierna, será visto, y hablado por la tendera su devota, y por su mano bajo de secreto se le ofrecerá algo que abulte poco, y valga mucho; y creo que se conseguirá, porque es un bendito: yo le visitaré, y haré conversacion casual, y diré..... Verdaderamente, reverendísimo padre vicario, que es una verguenza lo que se habla en el pueblo sobre ese marquesado que tiene el convento; y aun hubo quien de él dijo: nada me espanta mas, sino que teniendo esa santa comunidad un padre vicario tan docto como santo, permita que haya en los cláustros religiosos de él, adonde se acogieron esas siervas del Señor, huyendo del mundo y de la vanidad, una cosa tan profana como es un marquesado, cosa que debian desterrar de su santa comunidad, aunque lo diesen por paja á pagar por agosto; el diablo que es sutíl como él solo, quien sabe como tentará á las pobrecitas almas de aquella casa, con la ocasion marquesil de que no está libre la muger mas recatada.

Esta arenga se esforzará por mí, como que la digo por su propio crédito en el pueblo, y me temo que ha de surtir efecto, y mas si la tendera esfuerza tambien por su parte el que el padre incline á las monjas á la tal venta. En cuanto lo tercero, las armas, los escudarios de ellas dirán al instante las que son, porque viven de eso y es su oficio.

Respiré, amigo maese, respiré, y siempre creí, dijo el cura, que me sacariais de mi conflicto: tengo por amigo y por paisano uno muy conocido, y mañana, pues se vá el correo, llevará carta para él: en esto se quedó, y al siguiente dia escribió el cura esta carta.



«Muy señor mio, mi amigo y paisano, salud «y gracia, &c. los que estamos con estos cargos «de curas párrocos, no estamos libres de imper-«tinencias de unos y de otros: un amigo feligrés «mio piensa en hacerse marqués, porque le ha «salido un marquesado de lance, que como tal «lo darán barato, quisiera que me dijera vd. «que título tomaria que fuese altisonante, y lle-

«nase la familia. Tambien me ha de decir vd. el «orígen y armas del apellido Panza, que tiene «este amigo, y todo cuanto sea de esta casa, «porque hay que hacer escudos en grandes re-«posteros; y avíseme vd. de todos los costos de «la diligencia; porque, amigo, mi encargo no «quita los derechos parroquiales correspondien-«tes, que enviaré al instante: vd. perdone y «mande, como puede, á su afectísimo paisano, «su amigo.—*El licenciado Pero Perez.*—Señor «don Casimiro.»

Puesta la carta en la estafeta, habló el barbero al padre vicario, hízolo fuerza el argumento que le puso: la tendera fué tambien hablada y persuadida, ofreció el sí del padre Vicario, porque conocia la fuerza de sus palabras con él, respecto de su bondad; y á pocos dias de todo esto llegó la respuesta de don Casimiro á nuestro cura, en los términos que verá el que leyere lo siguiente.

CAPITULO XIII.

En que se sigue la materia del antecedente, y se dá razon de la alcurnia Panzina, y de otras cosas tan inauditas como verdaderas que sucedieron hasta que Sancho fué creado baron.

CARTA AL SEÑOR LICENCIADO PERO PEREZ.

«Mi estimado amigo, y mas querido paisano:
«recibí en los últimos del pasado la carta de vd,
«á que no he respondido hasta hacer la diligencia
«de su encargo; y hecha, me he alegrado de ha-
«ber hallado tanto bueno en la esclarecida casa
«de los señores Panzas, casa gallega, y una de
«las primeras familias: su fundador fué Ruger-
«Lanza, que hizo fuertes hazañas en la guerra
«contra moros, tuvo portentosas fuerzas, como
«se evidencia de la accion que hizo reinando
«don Ramiro el I, por los años de 843, porque
«encontrando un moro disfrazado que venia de
«espia, lo asió del bigote para traerlo al real del
«rey; pero le tiró con tanta fuerza, que le arran-
«có con él media cara, y el moro allí de ello
«cayó muerto á sus pies, y por esta hazaña le
«dió el rey por armas unos bigotes en campo

«rojo, que es el cuartel en gefe del escudo de «estos señores: tuvo un hijo muy esforzado que «se llamó Ruy-Lanza de Bigotes; aunque hay «autor que dice, que el Bigotes que usaba era «por ser hijo de una señora francesa llamada «madama de Bigot, y otros de Bigotes, que es «el célebre escudario Rolando. Ruy-Lanza de «Bigot tuvo por hijo á Garci-Lanza, menino el «mas querido de la señora reina doña Ximena, que «hizo á esta casa muchos favores, aumentándole «el escudo de armas con otros blasones, porque «estando la reina un dia sentada al sol con sus «gallinas, en que tenia mucho gusto, porque «eran moñonas, segun el mismo Rolando, las «embistió un perro, y aunque la reina procuró «espantarlo, no lo consiguió, antes sí le despeda- «zó una, y le mordió en el guardainfante, de que «se sobresaltó mucho: entonces el valiente me- «nino, invocando el nombre de San Roque, y to- «mando un dardo de los de la guardia, entró en «fiera y desigual batalla con él, y lo mató: en «el dia de esta accion, dice el cronista que es- «cribió este caso, cumplia Garci-Lanza diez años, «la reina le pidió al rey le diese por trofeo del «escudo tres gallinas y el dardo, porque parece «que solo eran tres las que envistió el perro. El «rey se lo concedió, y su padre pidió fuese por «dardo una lanza, por razon de su apellido, que «así lo concedió: este escudo usaron, dividiendo «la lanza y los bigotes de las gallinas, mas des- «pues la misma reina consiguió del rey el au-

«mento de cinco berengenas, con sus hojas en «campo azul, porque el mismo Garci-Lanza siendo mayor de edad, combatió á unos moros que «las llevaban, los hizo huir y dejarlas, y se las «presentó á la reina, cuya aficion á ellas era «grandísima, porque este fruto era recien venido del Africa.

«Cayó despues esta casa en Sancho Lanza, «hombre singular, de mucho vientre y estatura, «que hizo muchas salidas contra moros; con «tanta felicidad, que asegura el cronista Rolan«do, que nunca fué herido, y reinaba entonces «don Ordoño II, porlos años de 920; y un dia «que venia de una refriega con ellos, llegó tan «sofocado al real del rey, así de sus muchas «carnes, vientre y peso de las armas,que casi «no podia hablar al rey el encuentro que con «ellos habia tenido: el rey lo recibió gustoso, «y conociendo la causa le dijo: (porque debia «estar de buen humor) Sancho, tú no debias «llamarte Sancho Lanza, sino Sancho Panza, ha«bla y dí. Entonces dijo: señor, así lo haré, hin«cóse de hinojos y le besó la mano, recibiendo «como en merced el apellido dado, por el que «desde aquel dia usó como sus descendientes, «como apellido dado por merced, deque ha ha«bido pocos ejemplares, segun las historias.

«Consta por los escritos y notas de don Si«sando, autor bien conocido por de verdad y «firmeza entre los escudarios antiguos, y aun «modernos, que Sanchez, ó Sancho de Lanza, de

«quien hemos hablado, casó con una señora de «la casa de Gui de Borgoña, casa fraucesa de «primer órden, y aun hay autor que lo cita, «uno de los doce pares; parece se llamaba ma- «dama Papin de Urot, y tuvo por hijo á Lain «Panza Papin de Urot, que fué comendador del «órden de la Estrella, aunque la misma órden «no le dá este apellido de madre, sino Papin «Orot, pero se conoce ser yerro de pluma del «cronista, y así lo anota Pierres Rolly, en la se- «gunda edicion en que enmendó varios defec- «tos de la primera, y tambien lo dice el mismo «don Sisando en sus obras póstumas, y que estos «señores Panzas vinieron y poblaron en la Man- «cha, aunque no señala en donde; por lo cual «es evidente que todos los que tengan este «apellido en ella, son los dichos señores, antes «Lanzas y despues Panzas.

«Fueron los ilustres Panzas, alcaides en el «reino de Galicia, del célebre castillo, llamado «el de la Coliña, á la vista del mar, que duró «hasta que fué destruido por los moros en tiem- «po del rey don Bermudo III, que despues ree- «dificó el rey don Sancho II, aumentándole mas «fortificaciones; que dió con el nombre de al- «caide perpétuo á un hijo natural del conde Gá- «ton, llamado don Berenguel, como su padre, «que fué hermano de doña Munia, hija legítima, «habida en doña Equilona su esposa, cuya hija «parece casó despues con don Bela el tarta- «joso.

«Esta alcaidia la confirmó despues doña Ur-
«raca, y dicha confirmacion dice que dicho cas-
«tillo habia sido de Diaz Lanza, y nunca habia
«salido de las personas del mayor lustre. En cuyo
«contenido no hay que dudar, porque don Sisan-
«do y sus obras, y aun las póstumas, siempre han
«sido apreciables, tenidas por seguras, y por
«norte de los escudarios antiguos y modernos.

«He dicho á vd. cuanto se puede decir en
«el asunto de la alcurnía, armas, blasones y
«circunstancias de los señores Panzas; pero si
«vd. ó ese caballero determinase que se haga
«certificacion en forma, se hará una cosa de
«gusto, que vestiremos con mejor ropage, por-
«que acá gustamos de que la cosa vaya bien he-
«cha, y á gusto de los interesados. En cuanto al
«costo de la diligencia, sea lo que vd. gustáre y
«acerca de los nombres de título para marque-
«sear, vea vd. esos cuatro que van en la esque-
«lita, y son de buen gusto, que por ahora no
«tengo mas: á cuatro reales cada uno es lo cor-
«riente; pero vd. es dueño, y me devolverán los
«tres sobrantes, que servirán á otros; y en lo
«principal ya vé vd. que no es instrumento fe-
«haciente la carta; pero tiene el trabajo que vd.
«mismo conocerá ha sido grande, y me ha lle-
«vado muy malas noches. Y por lo que hace al
«escudo, es precio corriente, cada figura chica
«con grande, son dos ducados, *los bigotes* que-
«dan á voluntad de vd. porque la tarifa no los
«pone, tal vez por dejarlos á voluntad de las

«partes, por ser blason muy especial de que «hay pocos puestos en armas: últimamente, envie v d. por todo ocho ducados, cuando me re«mita la esquelita de los tres títulos sobrantes, y «el aviso, si se ha de hacer certificacion con «sellos, firmas, signos, &c. para que se vaya «trabajando: y siempre mande vd. á su muy «afectísimo amigo y paisano.—*Casimiro.*»

Leyó el cura la carta al barbero, que por casualidad estaba ejerciendo su oficio con él, cuando llegó el mozo del correo con ella, con tantas demostraciones de gusto, y con tantas lágrimas de regocijo de ver la oculta nobleza que tenia en su feligresía, que aseguró el mismo barbero tuvo recelos le sobreviniese algun accidente, porque humedeció los paños con las lágrimas y destilacion que á un mismo tiempo le caia; y sin esperar á mas, marchó con ella á casa de Teresa; pero al barbero, como hombre político le pareció preciso el acompañarle hasta ella, como lo hizo.

Oyó Teresa la carta, y así como al cura le sobrevinieron lágrimas, á Teresa le sobrevino una seriedad de tal modo, y una vanidad tan sin término, que porque el barbero no le dió la señoría le puso para pelar: sintió el cura este envanecimiento de Teresa y aun hay quien afirma sintió mas haberle dado la noticia, porque de ella resultó hacerse insufrible con todos, menos con él, á quien dispensaba la señoría, y no

se atrevia á decir cosa, aunque el cura la reprendiese su vanidad tan sin tiempo.

Maese Nicolás dijo al cura en voz baja: señor, la plaga ha enviado Dios á este pueblo con estas señorías, porque si esto hacen, y así se hinchan no siendo marqueses, ¿qué harán despues? nos tratarán de villanos, hartos de ajos y aun si en eso queda no será poco. Callad, maese Nicolás, dijo el cura, que Dios será servido no sea así; y dejemos á esta muger, que creo ha de dar en la locura de nuestro don Quijote, aunque por diferente estilo, y despidiéndose de ella, dejó la carta, previniendo escribiese á Sancho por mano de la duquesa, y le enviase la misma carta de don Casimiro, para que la leyesen y guardasen como oro en paño.

Salió el cura con el barbero á la calle, y este le dijo: en verdad, señor cura, que si Dios quiere que este año me pinte bien el haza de trigo de la cañada, que todo lo he de gastar con ese don Casimiro, para que me diga quien soy, y mis armas, porque ¿qué sabemos si en adelante los muchachos saldrán algo de provecho? Pueden aplicarse y pasar á hombres de importancia, y es bueno sepan quien son: el oficio está cada dia peor, hay uno de la facultad en cada esquina, y para morirse de hambre mejor es no trabajar, y buscar oficio mas descansado. Me interesaré muy gustoso en ello, dijo el cura, porque quiero mucho á mi paisano, que es hombre de bien á todas luces, trata verdad, y

servirá al señor maese, cuyos elevados pensamientos aprecio yo sobre las telas de mi corazon, y al decir esto aplicó la mano á la parte izquierda del pecho.

Consta por la historia, que Teresa escribió á Sancho por medio del monaguillo, cuya carta no sabemos qué decia, sí solo se sabe que dirigió original la de don Casimiro dentro de ella; y que tambien escribió á la duquesa, bajo de cuya cubierta iban todas; pero no consta si las llevó el page que condujo las ropas, ni qué se hizo este en el tiempo que medió, ó si fueron por la estafeta; pero sí que las leyó el duque, y aunque sabia que lo del marquesado era solo entretenimiento, no obstante, por causas que se dejan descubrir, resolvió que el tal marquesado no pasase adelante, y llamando á su cuarto á Sancho, á quien ya le habia leido las cartas, le dijo en tono sério estas palabras: Sancho, Sancho, ¿qué es esto de marqués que esta carta dice? ¿de donde ó como ha de venirte el dinero para pagarlo? ¿Es cosa de pedirlo prestado sin tener de donde satisfacerlo? y esto de buscarlo á título del oficio que teneis, ¿qué es si no haceros esclavo de quien os lo dió, y vender la justicia para adquirirlo? ¿Es esto lo que jurasteis en público de cumplir con vuestro cargo? ¿Qué seguridad podré yo tener de un hombre que esto hace al público, y pierde la vergüenza? Y si esto ejecuta á vista del mundo todo, ¿qué hará en secreto? ¿qué no habrá de rega-

los, colusiones y simonía? ¿Qué será verse torcer la recta administracion de justicia, pues ninguno dá porque se haga lo justo, si no porque no se haga? Yo, Sancho, te he traido á mi casa para aquello y no para esto, y mucho menos te he traido para que haciéndote marqués te hinches de vanidad, oprimas y estafes á mis vasallos, faltando á la obligacion que tanto te encargué para seguridad de mi conciencia: por no poder yo estar en todo, te nombré mi consultor: si os consiento esas demasias, nos llevará el diablo á ambos, á mí porque lo tolero, y á vos porque lo haceis: ademas, Sancho, no os conoceis ¿no os dará vergüenza, si os conoceis, que os miren y señalen las gentes, y á espaldas vuestras (si acaso no lo hacen á la cara) digan, ahí va el



marqués de tal, que ayer... vean vds. á que estado han llegado las dignidades? esto, Sancho, es mas que cuerdo estar loco, y si lo estais, como el caso lo manifiesta, ¿cómo os he de tener á mi lado? Hilo á hilo se le caían las lágrimas á Sancho, dice la historia, y aun estaba para llorar á moco tendido, creyéndose ya reducido á su primer estado, segun la indignacion y severidad que mostraba el duque: viendo lo cual éste, y pareciéndole templar un poco el hipo de Sancho, prosiguió diciendo: yo, Sancho, no entro en el marquesado; pues los marqueses tendrian queja de mí porque lo consiento, y con justísima causa; fuera de que para tener la señoría que tanto desea Teresa, segun estoy informado, hay otros medios y títulos, como el baron de tal, ó caballero de cual, y no es tan reparable, porque caballero lo es cualquiera que hace buenas obras y se porta como tal, y baron es el que en su casa es el primero de su familia por línea de baron: en fin, marqués no hay que pensar en eso, y si lo pensais, os ireis de mi casa, porque no quiero en ella quien tan vana y locamente piensa. Señor, dijo Sancho, haciendo pucheros, como otros tan desnudos y porros como yo..... Ninguna disculpa quiero oiros, Sancho, esto se ha de hacer por vida de la duquesa.

Al pronunciar el duque esta palabra, entró la duquesa que sabia el caso; pero lo disimuló, y tomando de su cuenta á Sancho, que lloraba

como un niño, dijo: duque, nunca quiso Sancho otra cosa que la que vos dispusieseis; si no es vuestro gusto, y quereis que la señoría que intenta dársele por autorizarle la persona de para poco que tiene, sea cambiada y permutada en baronía, yo en nombre de Sancho, lo admito y os doy las gracias, y en esto ningun marqués tendrá que decir; y así perdone V. A. á Sancho, que yo lo suplico, y el pobrecito no supo lo que se marqueseó

Pues vos, señora, lo quereis así, Sancho es perdonado y será baron, ó ha de trastornarse todo el órden de naturaleza dándome Dios vida, que para esto no se necesita dinero, y si alguno fuere necesario lo daré gustoso; y entonces la duquesa, tomando á Sancho de la mano, que aun lanzaba unos tristísimos suspiros, le dijo: Sancho, besad la mano al duque vuestro señor, que ya sois baron, aunque no declarado ni publicado; pero se escribirán cartas convocatorias á unos barones estrangeros que han venido á tomar aguas, y son visitas de casa, los cuales convidarán á otros, y os baronizarán, corriendo el gasto de mi cuenta, que lo mismo os han de estimar siendo baron de Casa-Panza, que marqués de la ínsula Barataria, porque las acciones dan la estimacion á las gentes, y no los títulos.

Así es, alta y soberana señora mia, dijo Sancho, porque aunque la mona se vista de seda mona se queda; oyendo lo cual el duque se salió del cuarto, dejando á la duquesa con Sancho,

que no acertaba con las palabras de puro agradecido , y maldecia y daba al diablo á Teresa por su acuerdo de marquesear tan sin tiempo. La duquesa lo volvió á consolar, diciéndole, que Teresa como no impuesta en las precisiones marquesiles, creyó que el ser marqués era cosa de poco mas ó menos; pero que pues ya habia abjurado de la marquesía, era mejor olvidarlo; que hablar sobre ello.

CAPITULO XIV.

Cuéntase el marcial aparato con que se celebró la baronizacion de Sancho, con otros sucesos que sabrá el que los leyere.

Pasados algunos dias, dispusieron los duques que su mayordomo secretario, hiciese la creacion de barones que habian de baronizar á Sancho, cuyas pruebas solo consistieron en las que hicieron de venirles bien un bastante número de petos, espaldares, morriones de encaje, brazaletes, y otras cosas que en la armería del castillo tenia el duque, y eran de los lanceros con que aquel castillo servia en las guerras contra moros, y á que estaban obligados los señores de vasallos, y dice Benengeli, que á no haber habido en el castillo tantos criados desocupados y de mas, hubiera él hecho papel de baron de la Mauritania; pero que no lo fué por esto, y estar ocupado en retocar escudos de armas y adargas, que el tiempo habia borrado, porque el duque quiso que con todo primor y lucimiento se hiciese el acto de la baronía de Sancho Panza.

Tocóle, dice nuestro puntual historiador, á

don Roque la disposicion del acto, y ensayar á los barones su entrada y ceremonia, y al mayordomo el presidirlos con el nombre de baron de Letesbed, baronía bien conocida en las cuatro partes del mundo: todo se hizo con el mayor disimulo, porque el bachiller Sanson Carrasco no cayese en la cuenta de la burla, y Sancho estuviese creido en que real y verdaderamente eran barones verdaderos: cuyo secreto fué una de las cosas que merecieron el aplauso de los duques, porque nunca creyeron que habiendo dueñas, y andando al rededor doña Rodriguez, pudiese guardarse tanto tiempo un secreto tan importante sin que se publicase.

Llegó el dia señalado de la funcion, y á la madrugada salieron todos disimuladamente para venir formados, y en ceremonia al castillo; las ocho señalaba un cuadrante que habia en un esquinazo de él, cuando en confuso y como á lo lejos, se dejaron oir unos clarines y timbales con otros instrumentos que no pudieron conocerse por la distancia cuales eran, hasta que habiéndose acercado se conoció alternaban con los timbales y clarines, trompas, flautas, panderos, albogues y otros instrumentos marciales, que al mismo tiempo que agradaban al oido, alentaban el ánimo, inmediatamente subió toda la familia á la torre del homenage y plaza de armas, á ver y notar la comparsa baroniana que se acercaba con lentos y graves pasos á la puerta principal del castillo: su número era bastante creci-

do, su adorno armas completas, morriones plumados, rodelas, adargas ó escudos segun tocóla suerte á los barones; pero todos con sus respectivos blasones: cual traia un murciélago, cual un perro, otro un gato, aquel un árbol, el otro un cuco, y los demas, ya sierpes, lunas, soles y aun rayos. El escudo de Sancho que conducia uno, al parecer enano, sobre una bandeja cubierta con un tafetan verde, con puntilla de plata, tenia sus bigotes en el primer cuartel, la lanza en el segundo, y su orla eran las cinco verengenas con sus hojas, y como cuartel sobresaliente á los dos, las tres gallinas, dos pintadas de blanco y negro, y una cenicienta; pero todas con moños, como afirmó tenerlos el escudario, referente al coronista Orlande.

El duque y la duquesa autorizaron con su asistencia el acto, que se celebró en el propio gran salon que se hizo en la audiencia, y estaba igualmente adornado que el dia de la jura, con la diferencia de haberse levantado un espacioso tablado cubierto con alfombras, y capaz de contener mas barones de los que vinieron: tenia dos filas de bancos rasos, cubiertos de tapetes, y en medio á la parte que hacia frente, un sillon de brazos, cubierto de tela carmesí, con ribetes blancos, cuyo asiento debia ocupar el baron presidente.

En la parte opuesta al sillon, se habia hecho una especie de tribuna con lienzos pintados, en la cual estaban los duques sentados para ob-

servar mejor la pomposa funcion: principió esta por la entrada de los barones de dos en dos, cubiertos por traer caladas las viseras: cada cual traia su lanza y escudo como se ha dicho, guardando entre sí el mayor silencio; paró la música militar que traian, finalizada la entrada, y rompió la orquesta del duque, una muy grave y patética armonía, en que se oian, sin saber de quien, unos cánticos y letras alusivas á la exaltacion del consultor Sancho, en cuyos medios resonaba la señoría baronil con voz mas erguida y levantada; pero siguiendo el compas.

Sancho, durante este canto estuvo hincado de rodillas en una de las puntas del tablado, á donde lo condujo su padrino el baron de Drismilbis, que le sacó de un aposento donde lo esperaba igualmente vestido de acero con morrion, pero sin espada ni escudo. Finalizado el canto, que duró como un tercio de hora, el mismo baron de Drismilbis presentó á Sancho al baron presidente que lo esperaba sentado *pro Tribunali*, calada la visera: alzada ésta, y haciendo á los demas barones una cortesia en torno, para lo que se levantó sostenidas las manos en el sillon, peroró de esta manera.

«Altos, formidables y potentísimos barones: «ya que por la divina providencia nos hallamos «en este ducal castillo á celebrar capítulo para «baronizar á un manchego liso llano, y sin nin«gun tropiezo, porque sea de nuestro gremio «baronil, en cuya diligencia y pruebas ha sido

«encargado el magnánimo baron de Gombodos, «que actúa de secretario: concededme si os pla«ce, aquel permiso y fiat que se requiere, se«gun nuestras loables constituciones: su voca«cion á señoría es perfecta, su renta no llega á «cóngrua suficiente, su escudo aun tiene mas «blasones de los que se requieren: por lo cual «espero de vuestras señorías, muy señorías, que «para autorizar este acto de baronizar á este no«vel caballero, me den unánimes aquel fiat, que «hace la fuerza y dá la autoridad.»

Fiat, fiat, señoría baronil: dijeron todos á una voz, que repitió con suave melodia la música, á que respondieron los clarines y timbales; y entonces el baron de Manalans, que era el maestro de ceremonias, salió de la sala y entró despues con dos pages de gineta que traian sobre dos bandejas grandes, en una el escudo de armas, y en otra un círculo dorado, que parecia aro de tambor, en cuyo contorno se ondeaba una cinta encarnada: estas dos bandejas presentaron los pages al baron presidente, hincados de hinojos y puestas sobre una mesa que delante tenia, haciéndole una muy grande cortesía se retiraron.

Tomó el presidente con mucha mesura, primero el escudo y despues el aro, que enseñó, las manos levantadas á todos los barones, y tambien á infinito número de gentes que habia al rededor del tablado, entre cuyo concurso estaba el bachiller Sanson Carrasco, que en su mi-

rar manifestaba su confusion y atolondramiento; dejólos sobre la mesa, y el baron de Manalans, como á quien correspondia, tomó á Sancho de la mano, y le hizo hincar de rodillas al siniestro lado del pié del sillon del presidente.

Levantáronse todos los barones en pié, crugiendo á un mismo tiempo las armas, y subiendo y bajando á un mismo compas las viseras, tres veces, cuyo sonido uniforme daba el mayor pavor: entonces el presidente sacó la espada, y dijo unas gruñidas palabras sobre el morrion de Sancho, y le dió con ella tres veces sobre el lomo á cuyo acto entonó la musica: «Humillad «baron, vuestra soberbia, acordáos que sois pol«vo y ceniza,» por tres veces, con un cántico triste y melancólico. Luego preguntó á Sancho: ¿Sancho, baron que has de ser de Casa-Panza, abjuras de toda renta mundana, prometes vivir en pobreza? Si abjuro y prometo, dijo Sancho, advertido de que lo dijese así por el baron maestro de ceremonias. ¿Disputarás la señoría, le dijo el presidente, en todas cuatro partes del mundo? Si haré, respondió, porque así aquel se lo mandó. Y sin embargo de esto ¿juras, prosiguió el presidente, defender que ninguno de tu familia, se dedique á arte ú oficio por honesto que sea, prefiriendo que aumenten el número de holgazanes, vagabundos, inútiles en la república para todo, aunque muera de hambre? Si juro. Entonces el mismo presidente tomando la espada en la mano y besando la cruz, la dió á Sancho que

la asió con la derecha, dióle el escudo que tomó con la izquierda, y poniéndose el aro sobre la cabeza y morrion plumado que tenia, se sentó en su sillon, quedando en pié los demas barones, y en tono grave y magestuoso dijo: «Baron «de Casa-Panza: en virtud de mi señoría y por «la virtud que mi señoría tiene, yo te baronizo «por todos cuatro costados con señoría, unida «para siempre jamás, amen.» Tocaron en esto amenes, que repitió la música, los clarines, y despues de haber abrazado á Sancho todos los barones, menos el presidente, éste hizo una reverencia á los duques, y formados como vinieron volvieron á salir del castillo, y pararon en la inmediata casa de campo, que cerca de él habia, propia del duque, donde se les tenia dispuesta comida, porque parece que esta congregacion baronil tiene por instituto no comer en ningun castillo ni fortaleza, y sí en cualquiera otra parte.

Los duques dieron á Sancho la enhorabuena y ordenaron que en celebridad de la baronía que acababa de obtener, hubiese aquella noche un baile público para diversion de la familia: con esta órden, cada cual se retiró á su habitacion: desarmóse el tablado, previnose el salon de luces para la noche, y venida esta, se dió principio á una de las funciones mas lucidas que en él se vieron; porque, segun afirma Benengeli, asistieron los duques disfrazados, y gustaron que doña Rodriguez bailase con Sancho, que ya

desnudo de las armas baroniles, tenia su vestido marcial, y dice estas mismas palabras: «Sancho en el baile con la dueña hizo lo que pudo; «pero la maldita vieja setentona hizo aun mas de «lo que se debia.» Despues se siguió una suntuosa cena, en que se brindó á una por la salud de los duques, y conservacion de la baronía de Sancho Panza.

Al siguiente dia se fueron conduciendo al castillo las armaduras y demas que se habia sacado, y se colocaron con el mayor cuidado. Los duques dijeron á Sancho que escribiese á Teresa su nueva dignidad, y que para mayor confirmacion enviase á su pueblo el escudo de armas, mediante á que él no lo necesitaba allí, y que le dijese que podia ya como muger de baron llamarse la barona, pues así como las mugeres de condes y marqueses se llaman condesas y marquesas, no habia dificultad en que las mugeres de barones se llamasen baronas. Tambien se mandó al bachiller escribiese al cura, sobreseyese de la compra del marquesado, porque ya no se necesitaba, y que devolviese la carta del escudario, para que se guardase y conservase en la familia Pancina, como auténtica del escudo.

Todo se hizo así, ni mas ni menos como se ordenó, y el bachiller se dilató algo mas en su carta, contando al cura la ceremonia del baronato de Sancho, cuya carta con la vista del escudo que condujo un mensagero, hizo al cura volverse á enternecer de puro gozo. En este punto

dice el puntualísimo historiador, me faltan palabras para dar á entender el grande que causó á Teresa y Sanchica la noticia y posesion del escudo que contenia los blasones de su ilustrísima casa, (y despues de haber cortado al parecer, la pluma, sigue con letra mas menudita y algo carrasposa, diciendo) porque me aseguró el mensagero qne llevó las cartas y escudo (que no obstante usar la sastrería, era hombre fiel y verdadero) haber faltado poco para atarlas, pues andaban de casa en casa enseñándole, y aun insultando á las mas distinguidas, diciendo: vénganse conmigo á fiestas las hidalgas, que á fé que saldrán cardadas, vean, vean como se verifica aquel refran que no se dijo á humo de pajas, y dice: debajo de una mala capa hay un buen... y no digo mas, porque no quiero que con la costumbre me falten al respeto y tratamiento que se me debe, como á barona que soy de Casa-Panza, por mar y por tierra: con estas decia otras cosas propias de muger sin juicio; pero cuando se creyó que enteramente le tenian rematado, fué cuando se trató del sitio donde se habian de colocar los bigotudos blasones, para que perpétuamente fuesen manifiestos á todos: en las casas de ayuntamiento no les parecia serian tan vistos como deseaban, y estuvieron para ponerlos en el rollo que estaba en medio de la plaza, á no haber llegado Maese Nicolás, y dicho que su correspondiente y propio lugar, era sobre la puerta principal de la ca-

sa, donde al menos debian estar en el ínterin, y hasta tanto se hacia un grande y vistoso escudo de piedra mármol, con sus orlas y follage de alabastro, cuya proposicion se aprobó, bajo la condicion de que se la permitiese alumbrarles con un candil, mientras se daba disposicion de traer dos hermosos y grandes faroles de cristal de Venecia.

CAPITULO XV.

En que se satisface la curiosidad de los lectores, con la continuacion de los sucesos del capitulo antecedente, y uno tan cierto como no esperado, pone fin á esta grande y verdadera historia.

Bien fuese haber maese Nicolás creido todo cuanto oia y veia acerca de la baronía y escudo de Sancho, ó bien que tuvo siempre altos y grandes pensamientos: montó en cólera sobre el descubrimiento de su alcurnia, y dijo al cura escribiese á don Casimiro, que aunque el haza de la cañada no pintase bien como esperaba, las igualas del vecindario suplirian el gasto, y que le previniese era para uno que habia sido curial romano, por si hacia al caso esta circunstancia. El cura escribió cuanto en esto le dijo el maese Nicolás, y como esta alcurnia no pertenece á esta historia, se ha omitido ocurrir á los anales manchegos para saberlo; pero como Cide Hamete en cuanto escribe de esta historia, lo hace teniendo á la vista documentos seguros, pone una nota que dice: No obstante que digo, que por no ser de esta historia las armas del maese Nicolás, no he ocurrido á los anales, puedo decir de oidas, que las armas que don Casimiro envió

al barbero, fué una sierpe ó culebra grande, y un caldero volcado en el suelo con algunos carneros al rededor, y que su aplicacion es que un décimo abuelo del dicho maese, tambien de la propia facultad, estando en el real del rey godo Chindasvinto, habia en él escasez de víveres, y como se ofreciese premio en el ejército á quien trajese algunos, este tal ascendiente de nuestro barbero, hombre astuto y de idea, discurrió hacer un serpenton de cañas, y lienzo y pintándole como lagarto se metió dentro, dejando para caminar las manos libremente: esperó al medio clarear el dia, y saliendo de un bosque hácia unos pastores que apacentaban un grueso rebaño de carneros, fingiendo con la boca unos bramidos estraños, repararon ellos al ruido en tan disforme animal como se les acercaba, y sin mas esperar ni discurrir que clase seria, huyeron precipitadamente dejando volcado el caldero de lo que guisaban, y el ganado á la discrecion del furor del mónstruo que vieron: este luego que los miró distantes, salió de su forro, cogió el caldero y las guias del ganado, y lo condujo al real del rey á quien contó su hazaña: el rey le dió por armas la serpiente y el caldero que han usado siempre los de su familia y apellido, del cual trofeo es partícipe, segun voz y fama; maese Nicolás. Así concluye la nota Benengeli, y sigue despues anudando el roto hilo de su historia, diciendo: que Teresa, ya barona de Casa-Panza, puesta á las mil maravillas con

las ropas que le envió la duquesa, empezó á retirarse del trato de sus iguales y vecinas, y á olvidarse de quien habia sido y lo que podia volver á ser: todo la disgustaba, nadie la daba gusto, y solo se complacia con aquellos que oian sus simplezas y celebraban las opulencias y grandezas que contaba de su casa, que aun casi no pudieron existir en la imaginacion, por lo que vivia solo visitada del cura y maese Nicolás disfrutando los socorros que el duque en nombre de Sancho le enviaba. Sanchica estaba enteramente subida á mayores con igual vanidad que su madre, se ensayaba como habia de sentarse pomposamente en el coche, tratar á sus pages, despreciar á los lacayos y reñir á las criadas; pero la fortuna, que suele al mejor tiempo y cuando menos se espera mostrar su inconstancia, desbarató todas estas fantasías, manifestando lo poco duraderas que son las felicidades humanas. Si las que así se llaman en este mundo no estuviesen sujetas al rigor de la parca, con razon merecerian mas alto nombre; pero como no hay algun humano que esté exento de su jurisdiccion, así se atreve á todos los que disfrutan las mas sublimes dignidades, como á los desvalidos y desdichados: á todos se atreve, á todos empareja, y á todos igualmente con su cortante guadaña siega, corta y hiende, como, cuando y donde se le antoja, el vital hilo de la humana vida. ¡Oh si las glorias del mundo fuesen durables! ¡oh si el fin á todas las cosas no

viniese! ¿Qué mayor felicidad podian apetecer los hombres acomodados? Sancho, consultor ducal, y baron de Casa-Panza, estimado de los duques, querido de muchos, perseguido de pocos, hombre de historia, es asaltado de la misma muerte cuando menos lo discurre. ¡Oh fiera parca, ó cruel esfinge, podrás quitar la vida á los héroes, pero no borrar su memoria! Matáste á Séneca, al grande Alejandro, á Homero y al mismo Sancho Panza, mas ¿cuándo conseguirás que estos dejen de vivir en la memoria de los hombres?

Y tú, fortuna, que improvisamente lo elevaste al alto grado que por tí logró, ¿por qué consientes que la muerte desbarate de un golpe lo que labraste con tantos? Mira, muerte, que ofendes á la fortuna, mira que dejas á Teresa Panza pobre y afligida, mira.... Pero para qué te digo que mires si sé que no miras ni distingues respetos humanos.

La mutacion de humores que provienen de la mudanza de aguas y alimentos, el esceso algunas veces en esto, y lo que es mas, darse por cumplido el plazo de vivir, dispuso que la última noche de vida de Sancho se escediese en la cena, comiendo demasiadamente ubre de ternera cerril, manjar sabroso, pero muy espuesto á insultos: así fué, y así lo dice el presente desgraciado caso, porque habiéndose acostado con algunas fatigas no avisó de esto, y creyó que con el sueño se aliviarian; pero no fué así sino

que sofocado el lento calor del estómago con tan pesada carga, la soltó de una vez en una fuerte apoplegía en que vino á dar su esceso.

Al siguiente dia por la mañana viendo que no despertaba á su comun hora, el bachiller se le llegó y lo halló en tan fatal accidente: avisan al duque, que inmediatamente vino al cuarto, se llamaron médicos, se aplicaron los varios remedios que dan en estos casos; pero la naturaleza mas y mas caida, mostró, según la declaracion que de ello hicieron, que el mal era de muerte: sentian los duques esta desgracia, y mucho mas que Sancho muriese sin disponer de su alma; pero la divina providencia que á ninguno desampara, hizo que á fuerza de medicamentos, Sancho volviera despejado, pero no seguro: hizo, como era justo, todas las disposiciones de pedir á Dios misericordia, y á los duques que la tuviesen de su pobre Teresa y Sanchica: el duque le dijo, que como criados suyos no tenia necesidad de que los encargase, y que estuviera seguro que no les faltaria en ningun tiempo: recordó al duque los buenos deseos del bachiller Sanson Carrasco, con cuyo fin lo habia llevado en su compañía, é igualmente el duque le ofreció no lo desampararia, y sin poder contener las lágrimas, salió del cuarto de Sancho á preparar á la duquesa del terrible dolor que la esperaba, porque queria á Sancho con estremo; pero aun antes que llegase al cuarto de la duquesa, espiró Sancho visiblemente delante



de los médicos, el bachiller y doña Rodriguez, que lloraba como una niña.

¡Ya murió Sancho! esclama Benengeli, lustre y blason primero de su casa, y presto será perpétuamente sepultado en el olvido de todos: en esto paran las mayores glorias; al olvido se dejan los mayores héroes, y pues tenemos á la vista el desengaño de lo poco que duran nuestros dias, prevengámonos á esperar la muerte cierta, para que vivamos eterna vida.

Quisieron los duques, sigue Benengeli, manifestar con aparato y pompa funeral la estimacion que les merecia Sancho, y aun estuvo puesto el borrador para las esquelas de convite, y dadas las demas disposiciones de campanas, dobles, confusion de religiosos, multitud de luces, vistosos estandartes, rica y relumbrante caja, y numerosísimo acompañamiento; pero se contuvieron porque creyeron con mejor acuerdo se honraba mas al muerto con menos aparato, mas sufragios y socorro de su familia, que no gastando en pompas vanas y comunes, un dinero que las mas veces hace falta para otros fines visiblemente mas necesarios y justos. Enterróse en un convento de observantes que tenia la poblacion inmediata al castillo, y donde muchas veces solia ir Sancho á pedir á Dios misericordia y cumplir con las obligaciones de cristiano. El Rucio, que no poco papel ha hecho en esta historia, se remitió á Teresa con todos los haberes de su marido, y señalamiento del medio sueldo

que gozaba Sancho, y á Sanchica medio escudo diario mientras se ponia en estado: para lo que la ofrecieron dote competente ó colocacion á su marido, si fuese á propósito, en ocupacion del servicio de su casa, y esto el mismo duque mandó al bachiller lo escribiese á la viuda, y á él le confirió un gobierno de un pueblo que tenia tambien administracion de granos, á lo que quedó el bachiller tan reconocido como pagado de sus andanzas y aventuras.

De todo se dió cuenta al cura de órden de los duques, suplicándole diese la noticia á Teresa, y aviso de quedarle á ella y á su hija con que vivir. El hijo de maese Nicolás, que ya en este tiempo parece que su padre habia recibido



un buen por qué de nobleza del don Casimiro, quiso que se enlazáran ambas casas para unir sus blasones: así se hizo mediando el cura, y el hijo de maese no queriendo seguir el oficio sanguinario de su padre, ocurrió á los duques noticiándoles su enlace con Sanchica, su alcurnia y deseo de servirles. Los duques cumpliendo sus generosas ofertas les dieron lo ofrecido, con mas, una escribanía que tenian vacante en sus estados, con asignacion de sueldo, porque quisieron así manifestar lo que apreciaban á Sanchica, por los buenos servicios de su padre.

Despues se supo que Teresa Panza, desengañada de las vanidades de este mundo, y que Dios no la habia criado para las dignidades que su difunto esposo habia empezado á probar, se dedicó á cuidar de una ermita que estaba fuera del lugar, consagrada al glorioso san Lázaro, donde acabó ejemplarmente sus dias.

Así concluye Benengeli su historia, poniendo el epitafio que se puso en el sepulcro de Sancho, con caractéres góticos, que vueltos en latin, dicen:

HIC JACET
SANS. PANS.
GUBERN. OPT.
OB. ET VIV.



Cide-Hamete Benengeli.

MEMORIAS

DEL ESCLARECIDO

CIDE-HAMETE BENENGELI.

Recogidas por Melique Zulema,

AUTOR IGUALMENTE VERDADERO QUE ARABIGO.

---

1. Nació Cide-Hamete Benengeli, (dice Melique Zulema, que escribió en arábigo esta obra que se traduce) en Máscara, poblacion famosa del Africa, y pátria tambien de los insignes escritores Abberroes y Rasis el menor: dióle la fortuna por padres á Muley Benengeli, que ejercia la sastrería, y á Fatima Aben-Amar plañidora de muertos, y barrendera de la mezquita.

2. Crióse robusto y sano desde sus primeros años, y á los diez empezó á aprender el oficio de su padre: no obstante esta ocupacion, fué inclinado á los libros; y por este medio consiguió una mas que mediana instruccion, que acabó de perfeccionarle su tio Benancél, moro bien cono-

cido por su ciencia física, en aquel pueblo y otros comarcanos.

3. Hay dos autores árabes, y entre ellos Rasis el menor, que dicen escribió siendo jóven la historia de Calianos, pero cotejado su estilo con la que escribió del valiente manchego don Quijote, caballero de los Leones, es menester confesar que son de distintas plumas, bien que se hacen cargó los cotejadores de las distintas edades en que pudo hacerlo, pues cuando escribió la de don Quijote, ya era de madura edad.

4. No parece siguió siempre el oficio de sastre, porque cuando escribió los hechos de don Quijote, lo hallamos titulado Cide-Hamete, que quiere decir Xeque ó capitan, lo que pudo haber sido por nombramiento del rey á quien tal vez vestiria; porque no hay duda tuvo habilidad, y un alquicél cortado de su mano se distinguia entre muchos por su aire de caperuza, cuyo mérito pudo haberle premiado el rey con este nombramiento.

5. Su persona era bien dispuesta, de regular estatura, no de muchas carnes, algo quebrado de color, pero muy pintado de viruelas: tenia un modo de mirar figurando cortedad de vista (que no tenia) porque para mirar á alguno que le hablaba, ponia los ojos como entreabiertos y levantaba la cabeza ; la barba era poco poblada y entre rubia, pelo negro, nariz roma y algo abultada, la boca mas grande que

pequeña, los lábios gruesos, los dientes claros, y los de la parte de arriba algo sacados: porque parece que siendo muchacho no habia querido dejarse sacar los primeros, y sobre ellos le habian nacido los segundos: en todo lo demas era proporcionado, aunque cojeaba de la pierna izquierda de resultas de una coz que le dió un caballo; pero esto solo era en los cuartos de luna.

6. Su genio era alegre, chancero y aficionado á burlas: á él se le debió la de la doncella Altisidora, la de los lelíes, cuando se tuvo noticia del desencanto de Dulcinea, y la que se hizo á don Quijote con la gatuna batalla de la reja del jardin de los duques, que pudo haber tenido peores resultas: nunca se le notó bajèza en el decir, y sus sales y picantes siempre las gobernó con modestia y cuidado.

7. Como sus primeros años estuvo aplicado á la sastreria, la tenia inclinacion, y aun hay quien dice escribió un tratado sobre ella, enseñando por clases á las muchachas pobres este oficio, que hacia por moldes y muñecas de todos tamaños, de cuyo modo variándolas y dejando en la primera clase el cosido de cualquiera modo, iba arreglado en las siguientes, segun seguian los tamaños, el punto del cosido y lo demas correspondiente á este arte, que siempre miró (como toda ocupacion de aguja) impropia de hombres con barbas, y muy propia de mugeres, á cuyo sexo decia era me-

nester estancar ciertos oficios, para que se pudiesen mantener solteras, y casadas ayudar á sus maridos; pero siempre con reglas y economia en el cortado, y que asi se hallarian en todas partes sirvientas útiles en esta ocupacion y otras indispensables en las casas, de que resultaria tambien desterrar las variaciones de cortados que llaman modas, y destruyen aquellas por seguir estas: de que solo los mahometanos están esceptuados porque su trage cortado y cosido siempre ha sido uno.

8. Y á la verdad sirvió bien esta habilidad de Cide-Hamete en casa de los duques, porque él ideó los trages que sirvieron para las distintas transformaciones que aparecen en la historia de don Quijote, de varias colgaduras viejas que le dieron para este efecto; siendo lo mas particular que pudo atraer para su cosido á las sirvientes que tenian los duques, que no fué poca hazaña; porque á la verdad esta clase de gentes son poco aficionadas á la aguja, y algunas suelen por no tomarla prender con alfileres los ruedos de sus vestidos. Tal vez se dirá de esto que escribió un tratado de sástreria para enseñar á las mugeres este oficio, porque hay autores que para escribir no se paran en averiguaciones de la verdad, sino que dan por cierto lo que oyen.

9. Ocupóse Benengeli en el corso como comunmente hacen los de su nacion, y en una de las ocasiones que lo ejerció cayó en manos

del señor Horacio Fregeli, baron de este título, de nacion genovés, que venia en una poderosa fragata á un presidio de España, donde conducia víveres, desde cuyo dia tomó ojeriza formal á todos los barones: quejábase mucho de la soberbia y vanidad de su amo y de su mal trato, porque cuando no le tenia á ayuno, le hacia comer carne de borrico por de vaca, con cuyo nombre metia las que traia de provision; pero como era su esclavo, aunque la conocia bien, no la comia y callaba, porque no le quitase la vida, como intentó hacer con otro esclavo de la misma presa por menos motivos. A todos los vendió en el presidio, al primer dinero que le ofrecieron, y la fortuna hizo que Benengeli y otro fuesen regalados al asentista, quien despues le vendió á un capitan español que allí estaba de comision de la córte, el cual desde el primer dia lo aplicó á su cocina, de modo que en corto tiempo nuestro Benengeli pasó de capitan á doctor condimentario por solo voluntad de la fortuna.

10. El capitan, de vuelta á España, pasó á la córte á dar cuenta de su comision, la que habiendo sido desempeñada á satisfaccion del rey, le valió en premio una encomienda en el reino de Valencia, de donde era natural, y habiéndose retirado por sus achaques al de Aragon, la estuvo disfrutando muchos años sin salir de él, hasta que por complacer á unos duques sus parientes, que se hallaban á la sazon en unas

casas de placer inmediatas al principal castillo ó palacio de sus estados, pasó á verlos llevando en su compañía á nuestro Benengeli, por la mucha estimacion que de él hacia y se habia grangeado con su travesura de ingenio; pues en el tiempo que estuvieron en Aragon se habia dedicado á escribir los hechos del ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha, que en aquel tiempo andaba desfaciendo agravios y enderezando tuertos con general aplauso, y no los habia continuado por haberse divertido en otras ocupaciones, á su parecer, mas útiles; bien que guardaba en apuntaciones la continuacion de sus aventuras: prendados los duques de las buenas partes é ingenio que para todo mostraba Benengeli, entraron en deseo de tener en su cocina un gefe de tan buen gusto y disposicion, para que desempeñase su opulenta mesa, y por medio del mayordomo solicitaron que el capitan lo vendiese; este, á pesar de la falta que le hacia, quiso generosamente regalárselo á los duques, mas estos de ninguna manera lo consintieron, y el capitan por hacerles obsequio consintió en la venta, aunque con harto sentimiento, asi por el mal nombre de ella, como por el mucho cariño que tenia á Benengeli, el cual nunca supo el precio en que le habia vendido, y si lo supo lo calló por fines que no pueden saberse: muchas veces decia que sus amos los duques lo quisieron mucho; pero aun el mayordomo, quien le hacia partícipe de va-

rias confianzas domésticas, y de algunas empresas de consideracion, no siendo la menor la de concederle tiempo y proporcion para que continuase la historia de don Quijote, con arreglo á sus apuntaciones, y otras que el mismo mayordomo le dió, y habia hecho de órden de los duques, desde que la fortuna habia deparado á la duquesa el feliz encuentro de los principales héroes de ella en la caza de altaneria, lo que desempeñó tan puntual y verídicamente, como admira todo el mundo.

11. El arte de guisar le poseia perfectamente, en lo cual fué bastantemente celebrado, y muy particularmente en disponer y hacer el alcuzcuz y el azemite, (que yo aprendí por él) y en el guiso almoronía se escedió mas, como que fué su inventor, cuyos tres condimentos son los únicos que como reliquia se han conservado en España de los inventados por los mahometanos.

12. Tambien puso en regla fija el guiso tan provechoso como económico de las acelgas, que hasta su tiempo variaba en perjuicio de las comunidades de religiosas, y á él solo deben la composicion cocinal de este regalado manjar, declarado laxante en segundo grado por los médicos mas afamados.

13. Fué algo inclinado á la música, y con especialidad al pandero de cascabel, á cuyo son bailaba la zambra con mucho primor, y enseñó á muchas mugeres manchegas este baile que

redujo despues á seguidillas, á causa de no poder bailarlo por el embarazo de la ropa, y agradó tanto este nuevo é importante descubrimiento, que solia decir muchas veces se propagaria por toda España, y no habria funcion de candil ó araña en donde, como por desahogo ó estraordinario, no se bailasen las tales seguidillas. Aprendió á tocar la gaita gallega, é hizo en ella tan rápidos progresos que á su idea se debe aquella adicion ó apacible bajo del cañon que sube y descansa sobre el hombro izquierdo, que llaman bajo de moscon, porque lo imita en el sonido; por cuya imitacion que le dá tanta melodía, le ponen borlas y flecos, como en señal de aprecio, y ha llegado á tanto estremo, que se espera se coloque en el número de los instrumentos aéreos de capilla, en cuya pretension está la nacion gallega para entrar como otras en el catálogo de inventora, de cuya escelencia está desposeida, habiendo inventado el instrumento gaita, citado por muchos autores músico-líricos.

14. Alguna aficion tuvo á la pintura, pero no quiso seguir el estilo de su proto-maestro Orbaneja, pintor de Ubeda (ciudad no distantante del famoso rio Guadalquivir, y muy célebre en su tiempo) que para mayor claridad al pié de lo que pintaba ponia su significado, v. g., este es *gato*, este es *perro* &c. Mas Benengeli no quiso hacerlo así, porque gustaba que costase trabajo el determinarlo, en

lo demas fué su imitador perfecto, aunque lo usó poco por estar destinado á mayores empresas.

15. Sus buenos servicios, crecida edad, y muchas lágrimas que vertia por volver á su patria, movió á los duques á darle su libertad por ante escribano: diéronle dinero para el viage, y cartas para unos redentores que se prevenian á pasar á Africa á redimir cautivos, y en ellas abono del costo de navegacion: acompañóle en parte de su viage un tal Tosilos, de nacion gascon, y de ejercicio lacayo, que iba á solicitar un empleo honroso en que acabar sus dias, para lo cual llevaba buen número de escudos, y amen de unas patentes de cofradias que habia servido, un auténtico testimonio ó certificado de haber sido el mismo lacayo Tosilos, que armado de caballero salió al palenque á combatir con el bravo don Quijote, con lo que creia (segun aseguraba Benengeli) seria bien despachado y mejor atendido.

16. En la despedida de Benengeli hubo muchas lágrimas en parte de la familia que le amaba tiernamente, y los duques y mayordomo sintieron su ausencia: quedó en escribir su llegada y no lo hizo, porque su mucha edad y trabajos padecidos en la mar, le conciliaron algunos achaques que se lo impidieron al principio, segun se supo de los redentores, de los que debió de morir, si no es que incurrió en la comun ingratitud de los que logran la perdi-

da libertad, que luego se olvidan de su servidumbre, y aun de quien les concedió prenda tan amable.—Firmado: *Melique Zulema.*

Están fielmente traducidas segun su original.



INDICE.

Pag.

CAP. I. De lo que el cura, el barbero y Sanson Carrasco hicieron para sacar á Sancho Panza de la miseria en que estaba despues de la muerte de Don Quijote, y como lo consiguierou por medio de los duques. 7
CAP. II. En que se resuelve la duda que tantas veces se ha tocado en esta memorable historia, acerca de discurrir Sancho unas veces como sábio y otras como ignorante, y como la fortuna le deparó un maestro de civilizacion. 22
CAP. III. Prosigue el civilizado maestro sus embustes. 34
CAP. IV. Empieza Sancho á tomar las lecciones pedeográficas, y un inaudito suceso hace no quede perfectamente instruido en ellas. 46
CAP. V. Cuéntanse algunas cosas que deben tenerse presentes, y como Sancho marchó al castillo de los duques. 62
CAP. VI. Dáse cuenta de lo que pasó en la venta, y como encontró Sancho al mayordomo que le salia al encuentro. 78
CAP. VII. En que se cuenta la llegada de Sancho al castillo, el ridículo recibimiento que se le hizo, los admirables blasones que allí vió, y tierna despedida de la dueña doña Rodriguez. . . . 88
CAP. VIII. Pasa Sancho al palacio de la residencia de los duques, y toma posesion de la consultoría con el mas estraño y rigoroso ceremonial que se ha visto. 105

Cap IX. Cuéntase el grave y magestuoso razonamiento que la academia de la Argamasilla dijo en loor de Sancho y otras cosas dignas de tenerse en memoria 119
Cap. X. En que se cuenta como salió Sancho á inspeccionar los pueblos del duque: las maravillas que vió en la casa de un beneficiado: las acertadas providencias que dió, con otras cosas que deben saberse 131
Cap. XI. Donde se cuentan las discordias ocurridas sobre la adquisicion del yelmo de Mambrino, y como se colocaron en la academia de la Argamasilla las armas de su individuo Don Quijote con gran pompa y regocijo. 148
Cap. XII. En que se prosiguen los sucesos de Sancho, y se apunta la tentacion en que el mal dimoño le tuvo á pique de caer, y lo que pasó entre el cura y el barbero, para salir del empeño en que les puso la mala tentacion de Sancho. 158
Cap. XIII. En que se sigue la materia del antecedente, y se dá razon de la alcurnia Pancina, y de otras cosas tan inauditas como verdaderas que sucedieron hasta que Sancho fué creado baron 170
Cap. XIV. Cuéntase el marcial aparato con que se celebró la baronizacion de Sancho, con otros sucesos que sabrá el que los leyere. 182
Cap. XV. En que se satisface la curiosidad de los lectores con la continuacion de los sucesos del capitulo antecedente, y uno tan cierto como no esperado pone fin á esta grande y verdadera historia 192
Memorias de Benengeli. 205

